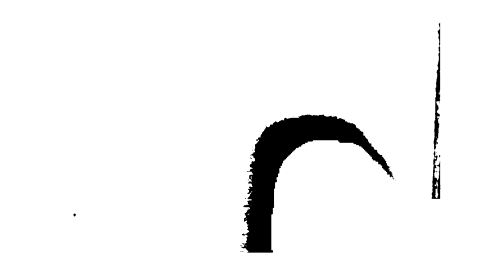




INDVCCIONES

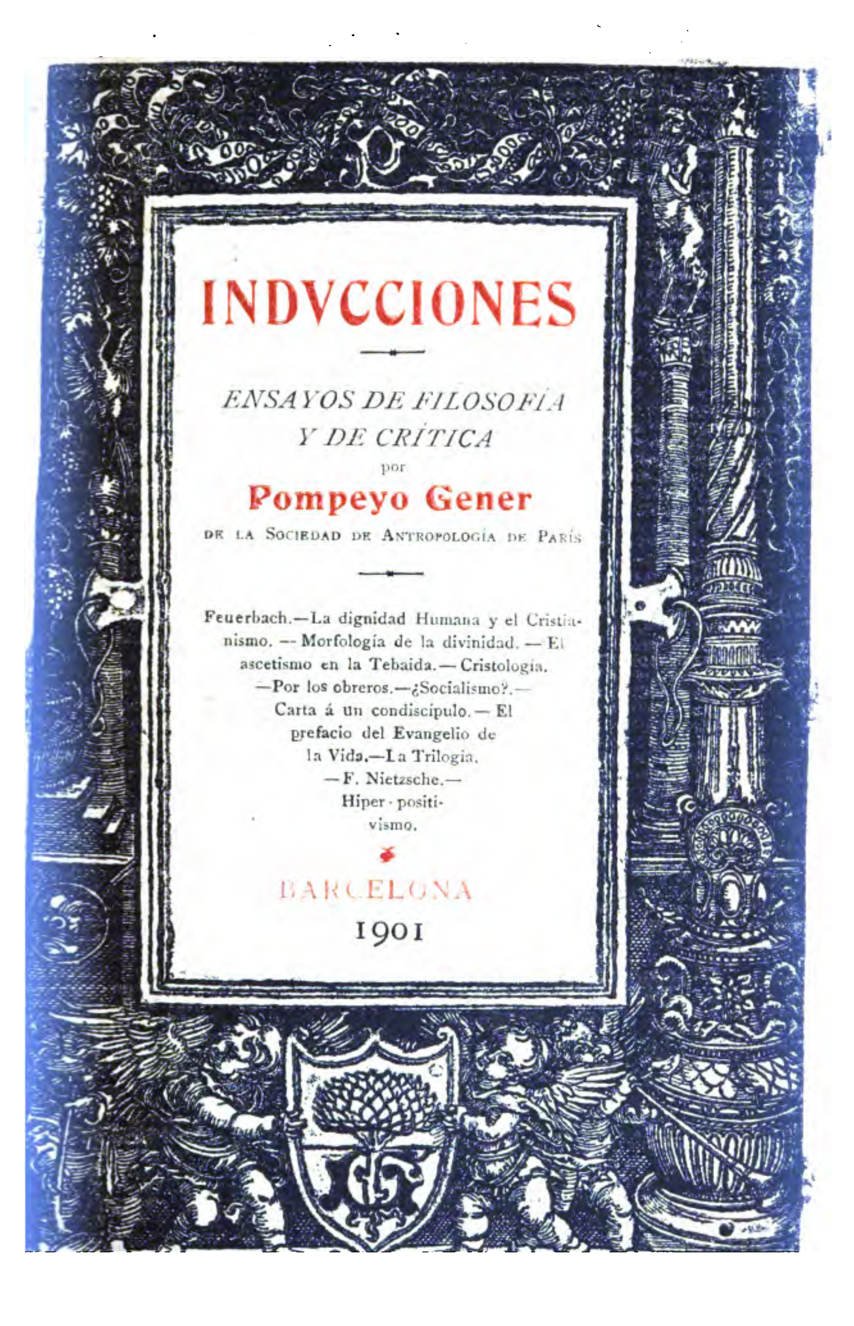
ENSAYOS DE FILOSOFIA Y DE CRÍTICA, CON FRAGMENTOS DE EL EVANGELIO DE LA VIDA, POR POMPEYO GENER



BARCELONA



INDUCCIONES



INDVCCIONES

ENSAYOS DE FILOSOFÍA Y DE CRÍTICA

por

Pompeyo Gener

DE LA SOCIEDAD DE ANTROPOLOGÍA DE PARÍS

Feuerbach.—La dignidad Humana y el Cristianismo. — Morfología de la divinidad. — El ascetismo en la Tebaida. — Cristología. —Por los obreros.—¿Socialismo?.— Carta á un condiscípulo. — El prefacio del Evangelio de la Vida.—La Trilogía. —F. Nietzsche.— Hiper-positivismo.

BARCELONA
1901

A la Juventud intelectual de las Américas latinas.

P. G.

PROLOGO

El Hombre es la medida de todas las cosas.

PROTÁGORAS.





AL LECTOR



LA presente obra es una colección de estudios filosóficos sueltos.

Antes de que termine el siglo XIX he querido publicar algunos de estos ensayos que tenía en cartera, escritos en sus últimos lustros.

Disquisiciones filosóficas ó críticas, obtenidas por el método inductivo, son todos los trabajos que publico. Siempre, desde mi salida de las aulas, el método inductivo ha guiado mi

inteligencia; él me ha preservado de caer en el vacío de las meras concepciones ontológicas.

Estos estudios los he escrito en diversas épocas de mi vida: algunos en mi primera juventud, otros más tarde, y otros recientemente; y los he escrito estando en diversos países. Por esto pongo el lugar y la fecha en la portada de cada uno de ellos.

Desde que empecé á escribir de Filosofía y de crítica, el Intelecto humano ha evolucionado. Su evolución ha venido á dar la razón á nuestro sistema, el positivismo, ó, mejor, al método inductivo. Las especulaciones metafísicas se han venido abajo. El último especulador del Intelecto, Nietzsche, ha dado la razón á las Ciencias experimentales. Siguiendo la razón pura, sólo se especuló fuera de los límites y fuera de las leyes del espíritu humano.

Desde A. Comte ya no es permitido, á nadie que sea serio, pensar más allá de lo comprensible; y, como seres limitados que somos, sólo podemos apreciar una microscópica parte de las leyes del Universo: causas primeras, ninguna; ni sabemos si existen. Tal vez este nombre sea sólo una ilusión, una forma pura de lo limitado de nuestro Intelecto, que se aplica al todo lo que

sólo corresponde á la parte ó sea al fenómeno.

Hoy día la Filosofía es ya sólo el resultado del conjunto de todas las Ciencias. Es el producto del estudio fenomenal, de la evolución aproximativa del dinamismo cósmico. *Todo es movimiento*: he aquí la conclusión última.

Estos estudios míos discurren sobre distintos temas. Alguno lo hice para incluirlo en mi libro *La Muerte y el Diablo*. Algún otro formará parte del libro que pienso publicar el año próximo en francés y en París, *El Evangelio de la Vida*. Otros como la *Cristología* son solo el plan de una obra que me proponía escribir. En los primeros estudios se notará aún la influencia de la izquierda hegeliana, y una cierta dureza, que no he querido corregir para no quitarles la espontaneidad con que fueron escritos.

Hay varios que versan sobre asuntos de los que forman parte de las creencias corrientes en España. Como la Filosofía no debe pararse ante dogmas ni ante conveniencias sociales, he venido en formular las conclusiones que me ha producido el sistema científico; y éstas, contrarias ó favorables, á lo que creen las mayorías, las formulo lealmente y de buena fe, tal cual debe de hacer un filósofo que se respete. La hipocre

sía ó el disimulo, en este caso sería el mayor de los crímenes.

Sí, he de declarar que ningún espíritu de secta, de partido, de dogma ó de agrupación me ha movido al formular mis pensamientos. El Intelecto debe de marchar adelante sin odio alguno, impasible ante lo que derriba, y sin curarse de lo que pueda surgir de lo que siembra. Especulando sobre la realidad fenomenal, si algo hunde es que no estaba bien cimentado. Llevando por guía el superior interés humano, la Vida, intensiva, extensiva y ascendente, sólo obras vitales puede producir. Si algo aleja, serán sólo fantasmas del pasado.

No escribo para los timoratos ni para los de mente débil ó subyugada por prejuicios. Éstos, que no me lean. Escribo para los espíritus fuertes y libres, y sobre todo para los jóvenes. Sí, para la juventud, que es la flor de la Humanidad, la simiente de la nueva vida, que precontiene en estado latente las energías futuras.

Para ella escribo, y en especial para la juventud de las Américas latinas, que tanto afán siente por seguir el progreso de las ideas. Si llego á despertar algún espíritu superior en germen, si mis trabajos hacen adquirir la virtud

ar á alguna inteligencia seria, me daré ısfecho. Seré dichoso, pues no habré en vano!

París, Octubre de 1900.



EL BARÓN DE FEVERBACH Y LA IZQUIERDA HEGELIANA

Homo sibi Deus.

L. DE FEUERBACH.



FEUERBACH
Y LA
ZQUIERDA HEGELIANA.



REGUNTARÁN muchos: «¿quién es Feuerbach? ¿qué significa este nombre por que en Alemania se le dé tanta importancia?» Y estas preguntas no han de cau- la menor extrañeza, ya que en España ıoy se había considerado la Filosofía como upación impertinente que á nada bueno :onducirnos, pues para pensar estaba ya cia oficial, y, las cuestiones más graves :l Universo y el Hombre, ya las daban

Hegel no sacó la consecuencia de su sistema, lo mismo que el Protestantismo no fué el que recogió los resultados del libre examen que proclamara. Nada hay en esto de particular, pues comúnmente el inventor no conoce toda la potencia de su invento, por lo cual no saca de él todo el partido posible, y esto es lo que le sucedió á Hegel.

Habiendo muerto en 1832, la escuela hegeliana se fraccionó en tres, á causa de que los discípulos más adelantados quisieron sacar consecuencias que al maestro no se le habían ocurrido. Los más reaccionarios declararon la antinomia permanente é irreductible, y algunos quisieron conservar la teoría tal cual el maestro la dió, manteniéndose en un equilibrio poco menos que imposible. Los primeros se declararon *ateos*, los segundos *deístas*, y los últimos *panteístas*.

La *derecha hegeliana*, como se la llamó en Alemania, ó sean los deístas, fueron los que, espantados de los resultados que la antinomia podía darles si llegaban á verificar la síntesis, la declararon permanente é irreductible, como ya hemos dicho, y que, por lo tanto, había *Naturaleza* y *Dios*, *espíritu* y *materia*, *cuerpo* y *al-*



:c., etc., y que, dado que estas cosas eran y diferentes por su esencia, la síntesis era ible.

:ntro *hegeliano* ó sean los panteístas, qui- conservar la teoría del maestro sin pro- ni retrogradar, y dijeron: «*Dios* está in- ıte en la *Naturaleza*. El *espíritu* está unido ımente á la *materia*. El *alma* (parte del *espí- iversal)* va unida al *cuerpo* (parte de *la ma- ıiversal)*, y juntos al morir se diluyen en el el cual forman parte.

ɔr fin, la *izquierda hegeliana* la formaron los alizando la síntesis, dijeron: «*Dios* y *Natu-* ɜon dos ideas incompletas. *Dios* es el *In-* uesto fuera del *Universo*, y la *Naturaleza* *niverso*, del cual se ha extraído el *Infi-* Así es que, haciendo la síntesis, declararon *Universo* era *infinito* y que, por lo tanto, ía otro *Infinito* fuera de *él*.

íritu y *materia*—añadieron—son dos con- ıes hijas de una excisión arbitraria que cosas hicieron los teólogos, las cuales no ɔonden á dos substancias distintas, sino á pectos bajo los que se ha mirado una substancia. Sólo existen objetos ó seres gún sean más ó menos complicados y

perfectos, se les considera como más espirituales ó más materiales; de modo que se puede formar una serie desde la cosa más grosera á la más perfecta, cuya diferencia sólo consistirá en su mayor ó menor complicación. Así, la división de *cuerpo* y *alma* en el Hombre es arbitraria, pues el Hombre no es dual: es un cuerpo animado, y más animado que los demás, por ser el más complicado de cuantos hoy día existen; pero la animación y la corporalidad no son dos substancias, sino dos modos de ver á una persona misma. Cuando el cuerpo humano se disgrega no quedan el *cuerpo* y el *alma* separados el uno del otro, no; lo que hay es disgregación de elementos, y, por lo tanto, lo complicado se descompone en sus componentes sencillos, y cada uno se va, en virtud de su animación inmanente, á formar otra organización distinta, cuya resultante será una animación más ó menos complicada.»

Esta escuela *izquierda*, que pronto se pronunció en *extrema izquierda*, es la á que pertenece Feuerbach, y de la cual fué la primera figura. Pertenecieron también á ella Michelet de Berlin, Strauss, Bruno Bauer, Arnold Ruge, el célebre Max Stirner (el cual, aunque fuese en



rigor discípulo de Fichte, en sus desarrollos se guiaba también por la antinomia) y otros varios profesores que aun hoy día están desempeñando sus cátedras en Bonn, Heidelberg, Leipzig, Berlín, etc., etc.

Feuerbach, realizando la síntesis en el terreno de la Historia, sentó que la Edad Antigua había sido un movimiento positivo, esto es una tesis: Afirmación de la superioridad de fuerza del conjunto sobre el Hombre: *Fatalidad.* Afirmación de la *forma* en el Arte. Y afirmación de *la Vida en la Tierra*, pero para unospocos elegidos.

Sentó que la Edad Media había sido un movimiento negativo, ó, lo que es lomismo. Afirmativo en sentido contrario del antiguo. Nada de sujeción á la Tierra. La vida del Espíritu ante todo. Redención del Hombre y *Providencia*, ó sea negación de las fuerzas naturales en pro de la emancipación espiritual del Hombre. Negación de la forma en pro del *Espíritu.* Y negación de la Vida sobre la Tierra, pero para todos; *Igualdad en la Muerte.*

Y dedujo que la Edad Moderna debía verificar la síntesis haciendo nacer la *Providencia* de la *Fatalidad*, ó sea haciendo concurrir las fuerzas inconscientes de la Naturaleza á la emancipa-

ción del Hombre, lo cual realizan los inventores por medio de la *Industria;* y que la Vida, con los medios que concurren á producirla, debíamos gozarla todos, lo que es declarar la *Justicia en este mundo*. Por lo que afirmó que la Revolución debía de ser la síntesis de la Edad antigua con la edad media; ó, formulándolo en términos hegelianos: en la Edad antigua el Hombre *fué*, y *dejó de ser* en la Edad media, para *pasar á ser* en la Edad moderna.

Dijo además que la Religión actual era la Ciencia, que poseía la revelación segura que suministra la experimentación y el cálculo, y que á la contemplación sucedía el trabajo.

Negó la excisión entre la Idea y la Naturaleza, afirmando que la Idea sólo era el resultado de la impresión que la Naturaleza producía en su parte más perfecta, que era el Hombre.

«El Hombre—añadió—es el *salvador*, el *redentor*, el *juez*, y, si la palabra *Dios* corresponde al ser más perfecto, *el Dios* de sí mismo, *«Homo sibi Deus.»*

«En cada época la Humanidad ha tenido su *Biblia*, que el Hombre ha escrito para hacer constar lo que conocía, sabía y creía; y es un crimen querer privar á una época de escribir su

Biblia con el pretexto de que otra época anterior ya le legó la suya.»

Arnold Ruge, discípulo de Feuerbach, y Max Stirner fueron más lejos que el maestro. «La *antropolatría*—dijeron—al fin y al cabo es una Religión, y por lo tanto debe desterrarse. El *antiteista*, ó sea el que hace la guerra á la Religión y á Dios, no es más libre que el Judío que come jamón ó el Mahometano que se emborracha con vino. La cuestión no es de luchar en contra de las religiones, sino de olvidarlas, pues no merecen que ningún Hombre que piense se ocupe de ellas.» Stirner llevó la cosa al colmo al sentar que toda idea general aplicada como un molde al individuo en concreto, al *Unico*, como él le llama, es ya una tiranía. Así predica un egoísmo extremado, y declara absurdas y perjudiciales hasta las ideas de Moral, de Deber, de Humanidad y de Justicia.



Esta escuela se desembarazó de las fórmulas convencionales que hasta allí había adoptado la Filosofía y que sólo eran inteligibles á los filó-

sofos, y pasó á hablar alto y claro para que la entendieran todos.

Esto, como se comprenderá fácilmente, produjo en los conservadores de Alemania un grito de anatema en contra de la nueva Filosofía.

Alemania estaba, en el primer tercio de siglo, dividida en protestantes y católicos. Mientras la Filosofía no se salió de sus fórmulas inaccesibles al vulgo, se le toleró que lo pensara todo y que lo dijera todo. Pero, en cuanto empezó á hablar claro, comprendieron, católicos y protestantes, que les iba á arrebatar su influjo sobre las masas, y en lugar de la controversia pidieron al Estado su exterminio. La persecución vino, y con la persecución se agravó el conflicto; pero el exterminio fué imposible, pues la nueva escuela tenía ya minada la generación joven.

Al primer decreto de persecución, los maestros empezaron á filosofar sobre política y negaron la autoridad; y la extrema izquierda hegeliana se convirtió en la extrema izquierda revolucionaria. El socialismo y el ateísmo se habían dado la mano, y en 1848 empezó la efervescencia. Estallada la Revolución en Francia, estalló también en Alemania, y, al marchar los obreros á las barricadas, fueron con estudiantes y profesores,

y las Universidades quedaron desiertas y las academias mudas, pues los discípulos y los maestros habían trocado la pluma por el fusil, y convertido sus argumentos en disparos. Días hacía ya que duraba el combate, y las tropas reales no adelantaban ni un paso. Era que los ingenieros de la Revolución habían contrarrestado á los del ejército. Las barricadas estaban blindadas, tenían su castillo, su foso y contrafoso, se cruzaban los fuegos y se protegían mutuamente, y era imposible el tomarlas ni el destruirlas. Conociólo así el gobierno y propuso una transacción. Los sublevados, extenuados por la fatiga del combate, la aceptaron, y se estipuló, entre otras cosas: el no perseguir á ninguno de losque habían combatido por la libertad del pensamiento en toda su latitud; la expresión de sus ideas en la prensa y en el libro, en cuanto no atacaran personalmente al gobierno ni á las personas reales; el derecho de armas;la igualdad del servicio militar; y la entrada de profesores de la escuela nueva en las Universidades del Estado hasta formar la mitad de su personal, con el derecho de poder presentarse á concurso y obtener cátedra todos los adeptos á estas ideas.

Como sanción de todo lo cual se condujo al Rey de Prusia delante de las barricadas, y se le hizo saludar los cadáveres en presencia del pueblo y del ejército.

Muerta la república en Francia, la reacción se acentuó, algunos demócratas emigraron al Norte América, la opinión pública se apartó de la Filosofía, y el más profundo silencio reinó en torno de las Universidades de Alemania. Sólo en el interior de éstas continuaba el trabajo empezado.

La Filosofía entonces sufrió el fenómeno de la mariposa: se encerró la escuela hegeliana izquierda en la crisálida de las Universidades, y salió al cabo de algunos años metamorfoseada en una escuela más potente y más brillante, que pronto fué objeto de controversia en toda Europa y á la cual se la denominó *Escuela materialista.*

¿Cuáles fueron los elementos que transformaron á la escuela metafísica en escuela científica?

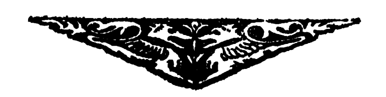
La Física, la Química mineral y la orgánica, la Fisiología, la Astronomía, la Geología y, en una palabra, todas las Ciencias físiconaturales. El materialismo, hijo del consorcio del hegelia-



nsmo izquierdo con la Ciencia, ha encontrado, el terreno preparado ya por su padre, gracias á lo cual ha constituído una escuela *fecunda* y *potente*, según confesión propia de leales adversarios.

Como se habrá podido ver, Feuerbach y su escuela revelan, por decirlo así, una especie de materialismo abstracto, animado por la idea revolucionaria, adquirido, gracias á la dialécticia por el raciocinio y la serie lógica de las ideas. Un crítico francés ha hecho notar que Feuerbach se parecía á Proudhon en sus teorías ideales, y es lógico que así fuera, pues Proudhon filosofó y dedujo por el sistema de la antinomía como Feuerbach, y con causas iguales debían resultar iguales efectos. En España tenemos á Pi y Margall, que se parece á los dos porque también ha pensado siguiendo el mismo método dialéctico.

Este es, pues, Feuerbach, y esta la izquierda hegeliana, de la cual fué jefe al pronunciarse en extrema izquierda.





❧ LA DIGNIDAD HVMANA Y EL CRISTIANISMO ❧ ❧

Munich
1875



Todo error en la teoría produce una calamidad en la práctica.

POMPEYO GENER.





LA DIGNIDAD HUMANA
Y EL
CRISTIANISMO



E ha sentado por ciertos escritores que la dignidad humana, ultrajada por el Paganismo, el Cristianismo la reivindicó. ¿Qué hay de verdad sobre esto?

Examinemos la cuestión, presentando lo que significa la evolución pagana en la historia; veamos lo que fué en sí, y en qué situación puso al Hombre la evolución cristiana; y de la comparación deduzcamos la consecuencia.



Para nosotros el Cristianismo, substituyendo la Providencia á la Fatalidad, sólo fué una protesta, sólo fué un movimiento exagerado y contrario al Paganismo, que obró como impulsado por la ley del péndulo, el cual, desviado en un sentido, no se para en el centro, sino que exagera una oscilación en un sentido opuesto. Esto hizo que, aunque envolviera en sí el sentimiento de la Justicia, ésta no se realizara, efecto de su error de cálculo.

Bajo la ley de la Fatalidad, el Hombre antiguo se sometía á lo que le dominaba. La Justicia existía ó no; pero aun cuando existiera, acataba el hado calculándolo como algo absolutamente superior á él é ineludible; sólo preponderaba el hecho: el *Fatum* era omnipotente. El cristianismo se levantó y dijo: «¡Esto es injusto! El Hombre no debe estar dominado por la Naturaleza:» Pero, en vez de proclamar la Justicia como una relación humana; en vez de decirle: «No hay justicia, pero debe haberla y tú debes realizarla»; le dijo: «No hay justicia, pero resígnate, que te la harán. Si no la obtienes acá en la Tierra, es porque pecaste—pues habiendo Providencia, sólo se comprenden los males como castigos.— Reconcíliate con tu Creador, y la

[illegible] te será hecha.» Y, en lugar de enseñar al Hombre á progresar por el trabajo, exclama: «¡Ora y espera!»

¿Fué otra cosa esto que prolongar el statu quo bajo una forma peor?

La dignidad del Hombre fué proclamada pero nada más. ¿La tuvo? No, pues se la subordinó inmediatamente á lo absoluto; se centralizó la Justicia fuera del espacio, y, al hacerla trascendental y ultramundana, se la hizo imposible.

En la Edad antigua, el Hombre, en pos de gloria, ó para defender su patria, lanzábase á la lucha, y, una vez vencedor, oprimía al vencido, que uncía á su carro triunfal; porque, bajo la ley de la fatalidad, el vencido no era un Hombre, era una cosa, y, por lo tanto, habiéndola adquirido el vencedor, podía disponer de ella á su antojo, era su propiedad, la podía vender, la podía destruir, tenía sobre ella el derecho *utendi et abutendi*.

En la edad media, el Hombre reflexiona, conoce que se extralimitó, y retrocede; pero tanto, que sólo se atreve á postrarse de hinojos y á exclamar: «*¡Miserere mei Domine!* ¡Misericordia, Señor!» Y tras de la época del pecado viene la

época de la penitencia, y el cristiano renuncia á la Vida que para él es ya condenación eterna.

Así, el Cristianismo, queriendo corregir la sed de gloria del pagano, que atentaba á la dignidad humana, predicó humildad y mansedumbre y atentó á ella en diverso sentido. Abolió el esclavo y creó el siervo. ¿Emancipó al Hombre? No; ni tan sólo le hizo adelantar un paso en el camino de su emancipación.

El cristiano fué esclavo voluntario, así como el antiguo sólo lo fué forzado, y la esclavitud continuó bajo una faz distinta.

Dentro de la ley cristiana, el Hombre tan sólo debe hacerlo todo para servir á Dios «*ad majorem Dei gloriam*». Debe considerarse indigno de todo, y debe afectar una humildad tan degradante, que bien pronto le conduce al servilismo con el nombre de *santa obediencia.*

El cristiano no tiene derecho alguno; tan sólo tiene el deber de bajar la cabeza y pedir perdón. Lleva en su cuerpo el origen de la culpa: si se libra de ella es sólo por la divina gracia. La conciencia, iluminada por el saber, es declarada impotente; el Hombre, por sí mismo, tan sólo puede errar. Porque el cuerpo le condujo á la pasión, y de ésta al sensualismo, se le echa el

sambenito: la carne es declarada inmunda, y por lo tanto objeto de mortificación para sujetarla así al espíritu. El Diablo debe ser encadenado delante de Dios. Tal es la solución cristiana de ese dualismo. De aquí el que el verdadero cristiano, el asceta, se aisle del mundo, no quiera que el exterior impresione sus sentidos, atienda sólo á la vida interior (sin ver que ésta solo es representación de aquélla), y le sobrevenga la carencia absoluta de ideas reales y el más completo embrutecimiento, con la excitación cerebral, el desarreglo nervioso, y su consecuencia: el iluminismo, fuente de todos los milagros.

El cristiano ve las injusticias; y, así como el antiguo, si las sufría, era porque no las veía, él las sufre con resignación, y así las perpetúa. «La vida es valle de lágrimas,—dice.—El hombre, un desterrado. Cuanto más pronto se pase el destierro, mejor.» Y de aquí el menosprecio de la Vida y de los fundamentos sociales, Ciencia, Arte, é Industria. «¿Qué me importa el saber si con creer me basta? ¿De qué me sirven las comodidades sino de regalo al cuerpo y, por lo tanto, de condenación eterna?»

Y, así discurriendo, permanece en el quietismo y retarda su justificación sobre la Tierra, pues

para él aquí no es posible; sólo la tendrá al abandonar su cuerpo, formado de vil materia.

Para determinar mejor el espíritu del cristianismo, investiguemos las obras de arte que las generaciones de la Edad Media produjeron, y por las obras vengamos en conocimiento de las causas morales que presidieran á su producción.

El gran monumento del Cristianismo es la Catedral. Entrad en él: contemplad sus inmensas naves perforadas por ojivas, las cuales sólo permiten que la luz cruce las tinieblas, que albergan en su interior, amortiguada por los vidrios colorados de sus ventanales; observad esos cristos demacrados y lívidos coronados de espinas, desgreñados, todos llenos de llagas, que muestran el costillaje debajo de su piel verdosa, á cuyos pies está la Virgen angustiada llorando lágrimas de sangre; ved la luz trémula y ondulante de las lámparas brillar en el espacio aisladas, cual si fueran almas en el limbo; oíd el terrorífico canto del Dies Iræ, que entona el coro acompañado de los graves acordes del órgano; y decid si todo esto no sobrecoge y aterra.

«La catedral,—se ha dicho,—es grandiosa, su-



[illegible] Es cierto, pero su [illegible] es la de la melancolía, su [illegible] la del terror. Y si investigamos por qué el católico construyó esos edificios tan grandes y sombríos, se [illegible] porque prefirió la [illegible] a la luz, el llanto a la [illegible], la [illegible]. Veremos que todo esto no es más que el resultado de que, por el mero hecho de ser hombre, ya se considera pecador, y en consecuencia culpable, pues la culpa la heredó al nacer con el pecado original; encontraremos que al católico le es necesario entregarse al [illegible], porque su religión, en lugar de fortalecer al Hombre y de hacerle ver lo que vale la colectividad a que pertenece, en lugar de enseñarle que no es perfecto, pero sí perfectible; le ha dicho que era un criminal que tenía el breve plazo de su vida para expiar la culpa que llevaba desde que tomó cuerpo en este mundo; le ha predicado el ayuno, la mortificación y la penitencia; y el cristiano se ha cuidado poco de sí y de su especie, procurando tan sólo salvar su alma en virtud de su egoísmo trascendental, y ha levantado el templo, o sea la antesala del Paraíso, en las condiciones mas a propósito para que el mundo no interrumpiera sus oraciones excitándole su inteligencia.

*

De esta manera la rehabilitación de la especie humana se pasó en figuras; en lugar de plantearse la Justicia, se la formuló en símbolos; la dignidad humana, ultrajada por los Césares, si se prometió reivindicarla, fué en el otro mundo. La igualdad se proclamó, pero sólo delante de Dios. Y, entretanto, la única realidad terrestre que nos quedó fué la mortificación, y el trabajo como signo de nuestra supuesta maldad nativa.

¡Sí! el trabajo también fué subordinado á la misma idea; fué considerado como el castigo del pecado original, como un estigma impreso sobre la frente del Hombre por su criminalidad innata; fué el sello de infamia echado sobre la Humanidad por el Todopoderoso.

Así se le definió diciendo, que era la falta de armonía existente entre la Tierra y la organización humana de orden de la Providencia, para que el Adán rebelde tuviera que hacer brotar los medios de su subsistencia regando el suelo con el sudor de su rostro. Por esto el ocio místico fué considerado como el estado de mayor perfección, y el noble rehusó el trabajo por vil é infamante.

Y ahora preguntamos: ¿Provino de otra cosa todo esto que del error especulativo que acerca



de la naturaleza del trabajo hizo concebir el pie forzado de la Providencia? Á no haber sido por la teoría providencialista, se hubiera visto que el trabajo es el resultado lógico de la misma organización natural; que el animal debe trabajar para construirse su guarida, nido ó agujero, lo mismo que para procurarse el alimento, y si no trabaja perece; que, cuanto más superior es el animal, sus necesidades son más y más exigentes, y de consiguiente mayor y más perfecto debe ser el trabajo que emplee para satisfacerlas; que en la especie humana, que es la cúspide de la Naturaleza, el trabajo debe ser de un orden superior, tanto más cuanto más inteligente sea el individuo que lo practique; que el trabajo, en lugar de envilecer al Hombre, es el único medio que tiene para satisfacer sus necesidades y perfeccionarse; que por él se emancipa moral y materialmente; que con él domina la Naturaleza, la pone á su servicio y se libra así de la fatalidad terrible.

No es el trabajo pena impuesta, ni producto de un deber, sino una producción, una creación natural, forma y esteriorización de las humanas energías en el individuo sano y fuerte, fuente de placer, multiplicador de la Vida, si se

Por esto proclamó la resignación la Iglesia; por esto la santificaron los teólogos. Era necesaria para que no se pidiera Justicia inmediata; era necesaria para que el siervo besara la mano que le azotaba y el pechero la que le cobraban el feudo, los diezmos y las primicias.

Pero acabada la *santa obediencia* y agotada la *resignación*, la Justicia es proclamada, el papado se estremece, los tronos se derrumban, los explotadores tiemblan, la Revolución empieza, la Humanidad pasa á redimirse á sí misma.



En conclusión.

La antigüedad tuvo razón al decir «Hay fatalidad». Se equivocó al sacar por consecuencia el que no se la podía dominar y, por tanto, el deber de acatarla, haciendo partir el derecho del hecho.

El Cristianismo proclamó una verdad: «Debe haber Justicia, debe reivindicarse la dignidad humana.» Pero la hizo imposible al fijarla fuera de nosotros, haciéndola depender de un Juez



exterior á la Naturaleza, y al crear este Juez Supremo imaginario declarar á la Humanidad criminal de origen.

El Cristianismo, en la ineluctable ley de la Historia, ha sido la penitencia que debía suceder al pecado; ha sido la noche precursora del nuevo día, la muerte necesaria á la producción de la nueva vida, el reposo de la Humanidad antes de emprender la carrera de la emancipación definitiva.

El Paganismo se había extralimitado, y á esta extralimitación debía corresponder otra en sentido opuesto; pero, pasada ésta, viene la Revolución, y, en lugar de la Gloria del Hombre antiguo, y en vez de la Santa obediencia católica proclama la Dignidad del hombre, haciéndola posible al declarar la Justicia mera relación humana, evaluación de equivalencias y de diferencias, declarándola, por tanto, producto del conocimiento más aproximativamente exacto de las cosas.



MORFOLOGÍA DE LA IDEA DE LA DIVINIDAD EN LA MENTE HVMANA. SVS CONSECVENCIAS

BARCELONA
1875

El Ateo, no es el que niega los dioses de la multitud, sino el que comparte las opiniones del vulgo relativas á la Divinidad.

EPICURO.



I
EVOLUCION
DE LA IDEA DE DIVINIDAD



A personificación es la primera figura poética del salvaje: quiere explicarse las acciones de los elementos naturales y lo hace por medio de lo más complicado, es decir, suponiéndoles resultado de una voluntad consciente. Además, estas acciones de los elementos le causan daño, lo cual hace que, como no las comprende, las tema, juzgándolas dirigidas contra su persona. Ve animales que le devoran, peñascos que al caer le aplastan, el Sol que le abrasa, el viento que le derriba, el mar que le

ahoga; no conoce la causa; y, necesitando una explicación de todo esto, su inteligencia primitiva se figura que los elementos tienen acción porque tienen voluntad, ó que se mueven porque hay alguien que los mueve.

Como ve que le dominan y él se halla impotente para luchar contra ellos, les rinde culto para aplacar su cólera, convencido de que, si destruye unos cuantos seres voluntariamente, les satisfará, evitando así el que ejerzan acción alguna en contra de él.

El pueblo salvaje, pues, empieza á adorar seres superiores á él, (seres que él mismo se forma), impulsado por el temor á aquello que le puede dañar, para que no le perjudique, dando origen así al Fetichismo, que es como si dijéramos un boceto de Religión.

Aumenta el instinto de sociabilidad, aparecen las primeras Civilizaciones, se observa algo la Naturaleza, se ve que todo es activo, se supone todo resultado de un Ser universal que toma varias formas, y nace el *Panteismo* Indio concediendo alma hasta á cada átomo para verificar sus acciones, cuya alma es una pequeña parte de la Gran Alma Universal ó sea del Dios Todo (1).

Por efecto de especulaciones analíticas en una



raza maravillosamente dotada del sentimiento de la forma bella, viene después con las razas helénicas el *politeismo*. Se personifican las diversas maneras de presentársenos la Naturaleza, se origina una Mitología antropomórfica y el culto de la forma viene á ser la esencia de la Religión pagana.

Encárnase en los pueblos Judío y Árabe (2) el *Monoteismo*, y el Dios del primero viene á ser la personificación de la fuerza brutal de la atmósfera: sólo se le comprende lanzando rayos, enviando guerras, produciendo hambres y extendiendo pestes, para castigar así colectivamente á todos los Israelitas por sus desobediencias.

Predica Jesús su doctrina, dando á la idea de Dios una tendencia más humanitaria, y adquiere discípulos con los cuales trabaja para fundar una moral enteramente nueva; se extiende el Cristianismo después de las persecuciones inherentes á toda idea que nace; llega con Constantino á ser una religión del poder, perdiendo su primitiva forma; sigue propagándose, y domina por fin la Europa entera en la época en que un Rey regala á un Papa un reino usurpado, con tal de que éste le haga el ungido del Señor. Queda

la sociedad esclava de este régimen de cosas gracias al rigor desplegado contra la libertad de pensar, y se le imponen las más absurdas teorías teológicas. Al primer conato de ataque al dogma, la nobleza del Norte y el clero se levantan contra el impío, viniendo la Cruzada Cistercense á destruir la herejía colectiva y la Inquisición la herejía individual.

Es de observar que hasta aquí se ha ido concentrando y reduciendo la idea de Dios hasta llegar al Monoteísmo. Bajo la forma católica, éste, va descomponiéndose; se conoce mejor la Naturaleza; se explican los fenómenos en virtud de leyes ó sean relaciones adquiridas por la observación y la idea de Dios va disminuyendo sucesivamente en atributos. Empieza su decadencia la época en que la Humanidad despierta del sueño profundo en que yacía; y, tras de la noche de la edad media, con los albores del Renacimiento se inician los primeros tanteos de emancipación intelectual.

En esto surge el Humanismo; el Catolicismo se corrompe, hay Papas que juran por sus dioses, y la Religión anda mezclada con la crápula.

Viene la Reforma, ataca la autoridad de la Iglesia, siente que todos los hombres tienen el



derecho de examinar é interpretar las Sagradas Escrituras, y se plantea resueltamente el Libre-examen. Después de la protesta de los reformados, el Catolicismo vuelvese duro apoyado por los reyes de la casa de Austria desde España. Resurgen los Epicúreos en Francia é Italia; Campanella y Gassendi enseñan en París, y aparece la duda cartesiana y las profundas genialidades de Cyrano de Bergerac, que niega el que la idea de Dios resuelva ante la razón el problema del origen de las cosas, la inmortalidad del alma, y un sin fin de ideas de moral cristiana aceptadas en su época como indiscutibles; no ocurriendo nada de particular hasta el siglo XVIII, en que aparece la Enciclopedia.

Se recopilan todos los trabajos científicos dispersos, se toma inventario de todo lo hecho hasta allí, se filosofa sobre los restos de sociedades pasadas, y, partiendo de esto, se empieza á atacar al Antiguo Testamento y al dogma católico. Se hace ver que Moisés era un dictador del Pueblo judaico, al cual tenía sujeto por medio del terror y del engaño, valiéndose de diferentes medios naturales para aparentar que obraba milagros; se empieza á analizar el Génesis, y se ve que sólo era la recopilación de los conoci-

mientos y creencias de aquella época, conocimientos que, como todo lo humano, estaban sujetos á equivocación y de consiguiente á ser reemplazados por el resultado de ulteriores observaciones; se considera á Cristo un reformador sublime que, predicando el Amor, en lo concerniente al sentimiento y á la moral, adelantó infinito, pero que era Hombre, y que no modificó las ideas sobre la constitución y origen del Universo vertidas en los libros judíos; se estudia la naturaleza humana, se conocen sus necesidades, se fijan sus derechos y se reivindica su dignidad, que había sido subordinada á lo absoluto por todas las Religiones; y, por fin, la consecuencia de la Revolución en las inteligencias viene á ser la Revolución en las calles. La Revolución Francesa, aunque hija de la Enciclopedia, se presentó intolerante como no podía menos de suceder, pues la explosión siempre corresponde á la presión, y la intolerancia absolutista debía producir la intolerancia revolucionaria. Fué sólo la segunda parte del Cristianismo, un Cristianismo de en frente.

El estado proclama el culto de la Diosa Razón tan tiránico como el del Dios de los ejércitos, y esto es causa de que venga la reacción deísta



con Robespierre y, en nombre del Ser Supremo se lleve á los sabios librepensadores á la guillotina. Un delirio sanguinario se había apoderado de la Nación francesa.

A principios del siglo actual, Laplace compone una gran obra de astronomía en la cual describe la formación y mecanismo de todos los Universos; la presenta á Napoleón I; y, al ser preguntado por éste por qué en toda la obra no hablaba una palabra de Dios, le contesta que para explicarse la gran máquina sideral no había tenido necesidad de tal hipótesis.

Viene la Restauración en Francia y el Constitucionalismo en el resto del continente europeo; y, dentro de este régimen ecléctico y doctrinario, empiezan los ensayos de conformación entre la Ciencia y el Génesis. Se atacan los argumentos de los enciclopedistas, yéndose á la Ciencia, como a un arsenal, á buscar armas para defender la fe, partiéndose en todos estos ensayos de ideas preconcebidas, apoyadas en interpretaciones acomodaticias de la geología; se da forma naturalista moderna á las viejas afirmaciones del Antiguo Testamento; y se lleva esto tan allá, que se llega á hacer adular á Moisés por los mastodontes, según la gráfica expresión de Vic-

tor Hugo. Pero la Revolución intelectual, que parecía muerta, no estaba más que sofocada, y no tarda en aparecer de nuevo el método científico *á posteriori;* se descubren nuevas leyes; la cosmografía y la geología adelantan hasta el punto de poder describir la formación de los diversos planetas, y la de la Tierra en especial; se forma la serie zoológica, llenándose los vacíos que dejan entre sí ciertas especies, con animales fósiles, cuyos restos han sido descubiertos; adelanta terreno la teoría de que la animalización, lo mismo que la vegetación, son tan sólo dos evoluciones que se equilibran, pero evoluciones necesarias y fatales en el globo, demostrado su movimiento; y, después de muchas controversias, se obliga á los deístas á refugiar su Dios detrás de las causas naturales. Ya es sólo, para unos, *la causa inicial del movimiento;* ya es, para otros, *la razón de ser de la progresión constante;* ya no es inmóvil; ya no tiene representación exterior; y Ernesto Renán viendo que todo continuamente se perfecciona y considerando á Dios perfección la suprema, exclama: «*Dios se hace*», mientras que Spencer lo llama el *Incognoscible.*

Vienen los fisiólogos, y, apoyados en la Química orgánica, que se ha desarrollado extraordi-

nariamente, dan á conocer interesantes experimentos sobre fisiología cerebral. Los físicos más eminentes, tras de muchos experimentos, conciben y prueban que nada se pierde ni se gana, ya sea en materia, ya sea en movimiento; que nada se crea, pues tan sólo existen cambios de forma; y se sienta que el calor, la luz y la electricidad son movimientos de los cuerpos, ondulaciones análogas á las del sonido, distintas sólo en rapidez y amplitud.

Los principales naturalistas alemanes primero, y después los de los demás países, sienten que no puede existir fuerza ó acción separada del cuerpo agente, como no existe ni puede existir peso separado del cuerpo pesado, ni tampoco calórico sin substancia caliente; en una palabra, que no tiene razón de ser la propiedad como substancia ó entidad aparte.

De todo esto, se induce que materia y fuerza son dos meras abstracciones, y que lo que existe en realidad son sólo actividades en evolución perpetua, lo cual produce el organismo universal. Se concibe que, no pudiendo ser creado ni un solo átomo, ni comunicado el más leve impulso del exterior, el conjunto, el total, ha existido, existe y existirá siempre, siendo de

consiguiente, en el espacio, infinito, y, en el tiempo, eterno.

Llegado á este punto, como se ve claramente, si por Dios se entiende un Ser exterior y creador de la Naturaleza, el naturalismo niega su existencia, considerándole como un producto de la razón humana, el cual es la síntesis de las creencias de la sociedad que lo concibe.

El naturalismo moderno ha venido formado por tres escuelas: la *panteista,* la *positivista,* y la *materialista.* Los panteístas, por mero apego al nombre, exclaman: «El conjunto, eterno é infinito, ó sea el todo activo, es Dios». Los positivistas dicen: «Ya que Dios es una hipótesis que nunca pasará á tesis, porque no puede afirmarse ni negarse, pues la inteligencia humana sólo puede apreciar fenomenalidades, no nos ocupemos de ella, y sí sólo de lo natural y de lo humano, ó sea de todo lo que está en la serie del Universo que cae bajo el dominio de nuestros sentidos.» Los materialistas afirman: «La creencia en Dios concluye con lo sobrenatural al empezar el exacto conocimiento de la Naturaleza; Dios, ó los dioses, han sido, según los teólogos de todas clases, causa, providencia y límite del Universo, es así que el Universo no tiene causa, pues es



eterno, ni límite, pues es infinito, ni providencia, pues es activo de por sí: luego Dios no existe.»



Esta es, pues, en resumen la Historia de la idea de la Divinidad.

Empieza de una manera imperfecta bajo la influencia del miedo á las acciones de la Naturaleza, y da origen al *Fetichismo*. Viene el *Panteísmo* (todo Dios); luego el *Politeísmo* (muchos dioses); después el *Monoteísmo* (un Dios), que comprende el *judaísmo*, del cual se derivan el *cristianismo* y luego el *mahometanismo*. Judaísmo y Mahometanismo se quedan estacionarios, y el Cristianismo se descompone en *Protestantismo* (que niega la autoridad de la Iglesia); *Enciclopedia* (que niega la Divinidad de Cristo y ataca á la Biblia); *Deísmo* (creencia en un Dios no personal iniciador de la Naturaleza ó razón de ser del movimiento eterno); y *Naturalismo* (que

niega á Dios como á causa exterior á la Nat
leza misma ó que lo considera un mero r
bre, una hipótesis con la cual se designa lo
jamás podrá ser comprendido, y que por t
no puede ser objeto de la Ciencia).





II
CONSECUENCIAS



L barón de Feuerbach ha dicho: «Dios es una utopia que la Humanidad no puede ya tolerar por más tiempo». «Dios es el mal», añadió Proudhon. Y otros revolucionarios han exclamado en estilo más sentimental que reflexivo: «Dios es la fuente de todos los errores, la causa de la perpetuación de nuestros males, la sanción de las grandes injusticias, el origen de toda inmoralidad en la Historia.»

La sociedad, contemplándose á sí misma en el espejo de su conciencia, ha creído un ser distinto lo que tan sólo era su propio espectro, y, tomando el efecto por la causa, ha dicho al

Hombre: *Eres hijo de Dios,* cuando Dios era lo que había sido formado por el Hombre.

Como ya hemos dicho, todo pueblo primitivo por miedo á los agentes de terrible naturaleza exterior, y, para que no le dañaran, creyéndolos concientes, los adoró y engendró el fetichismo. Las razas helénicas primero, y las latinas después, deificaron sus abstracciones, á las cuales el Arte dió forma humana para hacerlas comprensibles. Las tribus judaicas, embrutecidas por la servidumbre, reconocieron por imposición á un Dios cruel y vengativo, autor de pestes y guerras. Los cristianos, humanizando la idea de Dios y divinizando á un Hombre, cayeron en pleno misticismo; y, por fin, viene el deísta, y concibe á su Dios sin atributos, como causa ó razón de ser de todo lo creado. De modo que el Dios varía según varía el Hombre.

Esta concepción en la Ciencia, sólo ha sido un instrumento dialéctico, inútil ya hoy día, ó, lo que es lo mismo, la suprema hipótesis que ha explicado todo aquello á lo cual la ignorancia del Hombre no hallaba la razón de ser. De modo que la palabra Dios, en Ciencia, ha equivalido siempre á *no sé*, es decir, á la negación de la misma.



Como consecuencia lógica de tal hipótesis han venido las religiones (sistemas con organización práctica para cultivar los deismos de que dimanan), las cuales han perpetuado la ignorancia para hacer necesarios á sus respectivos dioses, y lo que sobre ellos formulaban como verdades absolutas.

Esto en el terreno científico; pero, en el social, ¿de qué ha servido?

El Dios supone dogma; el dogma tiene la pretensión de encerrar en sí la Verdad absoluta; y, dada la Verdad absoluta, ya no hay que experimentar ni calcular: la Ciencia está de mas y la Filosofía es inútil: con observar el dogma, basta y sobra.

Pero la razón protesta: la Vida es activa, el entendimiento humano es progresivo, el hombre necesita perfeccionarse, y, hallándose enfrente de la religión inmóvil, sobreviene el dualismo y con él la guerra.

No pudiendo progresar ni transformarse, pues créese la Verdad absoluta inamovible, la religión dice al Hombre: *cree;* el Intelecto humano le responde: *pienso;* y se traba una lucha que sólo puede terminar con la desaparición de uno de los combatientes.

Así es que el individuo que vive en el seno de una religión sólo tiene dos caminos: la rebelión ó el embrutecimiento; sólo puede ser estúpido ó excomulgado. Porque la religión exige al hombre que abdique su voluntad, su dignidad *(Domine non sum dignus)*, su personalidad, en aras de una segunda conciencia que le forma para que soporte la gran pirámide de jerarquías artificiales que sobre él pesa, cuya cúspide es el *Todopoderoso.*

Sí: mientras el Hombre tenga por norma de acción el mandato de lo alto, comunicado por un sacerdote, no juzgará por sí mismo; y, mientras no obre en virtud de sus juicios inductivos, no habrá libertad posible; sólo será un miserable instrumento al servicio de la teocracia de la religión á la cual se haya afiliado; su inmoralidad será tanto más profunda cuanto mayor sea el celo que tenga para servir á su ídolo, es decir, cuanto mayor sea su religiosidad. Al creyente todos sus actos le parecerán justos, por criminales que sean, con tal de que estén dirigidos *ad majorem Dei gloriam;* pues de un principio, como la idea de Dios impuesta en concreto, que todo lo explica y todo lo justifica, todas las consecuencias son legítimas.

O, si no, abrid la historia y leedla. En nombre de un dios, todo pueblo primitivo ha inmolado sus víctimas; en nombre de Jeovah, el pueblo judaico asesinaba á sus enemigos; en nombre de Júpiter, se echaba á los cristianos á las fieras en los circos; en nombre del Cristo, se ordenó la gran matanza de Jerusalén, en nombre del mismo se verificaron las degollaciones en las juderías; en su nombre, los frailes y cruzados de Monfort devastaron á Alby; en nombre de Dios, la Saint-Barthélémy; en nombre de Dios, las quemas del Santo Oficio. ¿Qué más queréis? ¿No fué en nombre del Ser Supremo que Robespierre hacía funcionar las guillotinas?

Dios, el dios personal, el dios positivo, la Verdad en sí, el de la Justicia absoluta, el de los ejércitos, el que extiende pestes, ocasiona guerras, envía hambres y fulmina rayos, el que crea infiernos, el que castiga á Prometeo, permite que sufra Job y destierra á Adán del paraíso terrenal, bajo cualquier forma que se nos presente, Pan, Brama, Mitra, Júpiter, Jehová, Alá, Todopoderoso ó Ser Supremo, no puede ser sino causa de guerra, discordia, miseria, inmoralidad é hipocresía, en una palabra, no puede ser sino el enemigo del individuo hu-

mano; y, por lo tanto, la Humanidad debe rechazarlo con todos sus misterios y religiones, con todos sus templos y sacerdotes.

¡Oh Suprema personificación, la Ciencia ya no te necesita, pues no le sirves para explicar los fenómenos; la Filosofía te rechaza, pues como instrumento dialéctico ya eres inútil; la Justicia te es contraria, pues has desarrollado por doquier injustas jerarquías; el trabajo se organiza á pesar tuyo; ya no inspiras el Arte; tu reinado se acaba; vas á ser enterrado en el Panteón de la Historia, pues la Humanidad, cansada de esperar en tu providencia, pasa á proveerse á sí misma.



¿Es que la Ciencia destruye el universal misterio, ni que esto se oponga al progreso de la Vida?

No lo creemos. La Ciencia, en su progresión constante, sólo puede conocer encadenamientos

de fenómenos, series fenomenales. El noumeno le es *incomprensible*. El Intelecto humano es limitado y no puede comprender el Todo; la única realidad afirmable es la apariencia, la representación cósmica que en él se pasa. Sólo sabemos que, al final de todo, la Verdad absoluta no es objeto de la Ciencia.

Formamos parte de un compuesto activo en evolución continua, he aquí la más universal de nuestras leyes; y la consecuencia es que lo moral es la Vida, el impulso progresivo, el desarrollo de esa actividad interna que sale de lo profundo de la existencia, y no su cohibición, su destrucción, su anulación en nombre de un Todopoderoso. Si á ese incomprensible, á ese misterio, si se le quiere llamar á eso que no cae, ni puede caer nunca por entero dentro de los límites de nuestra inteligencia á eso que es eternamente vivo, omniactivo y omniforme, si á eso que siempre tiene un más allá, un más alto y un más profundo, si á eso se le quiere llamar Dios, no nos opondremos por cuestión de nombres, pero fíjese bien la idea para no deducir de ella consecuencias erróneas. Entiéndase que Eso no es el Dios á imagen del cual fué por El creado el Hombre; que no es el Dios de la Biblia que ma-

[illegible] separado, pro-
[illegible] director
[illegible] teatro;
[illegible] religiones positi-
[illegible] Verdad absolu-
[illegible] metafísico de los
[illegible] total ener-
[illegible] de sus
[illegible] el Todo, el
[illegible] todos los seres.
[illegible] lo que no po-
[illegible] Y sus dictados
[illegible] la ce-
[illegible] manifesta-
[illegible] humana, y ce
[illegible] puede llegar
[illegible] humano; no
[illegible] sacerdotes
[illegible]

existencia, para dar paso siempre á la nueva Vida. Es, como decian los filósofos del antiguo Egipto, *El que eternamente rejuvenece;* en él vivimos y nos movemos, de él formamos parte y somos lo mejor sobre el planeta Tierra.



neja la Naturaleza, de lacual está separado, produciendo sus trasformaciones como un director de escena cambia las decoraciones de un teatro; no es el Dios de ninguna de las religiones positivas que se creen en posesión de la Verdad absoluta, ni siquiera el Dios abstracto y metafísico de los deístas. No es providencia más que de total energía; no gobierna el Universo en beneficio de sus creyentes; nada, nada de eso. Es el Todo, el incomprensible del cual salen todos los seres, todas las formas, todas las cosas; es lo que no podemos saber ni sabremos nunca. Y sus dictados sobre el planeta Tierra son: la actividad, la organización, la vida ascendente; y su manifestación superior, la individualidad humana, y de ésta, la genial y heroica. No se le puede juzgar por ninguna facultad ó atributo humano; no pide la sumisión y la obediencia á sacerdotes que él inspire: nada de esto. No consagra verdades absolutas, ni dogmas, ni ritos, ni fórmulas mágicas, ni poderes inamovibles. No escucha plegarias, ni se irrita con las blasfemias, ni con las investigaciones. Es eterna evolución, cambio perpetuo, acción, movimiento, individualización creciente; hunde lo viejo, destruye lo débil, absorbe lo que no tiene condiciones de



existencia, para dar paso siempre á la nueva Vida. Es, como decian los filósofos del antiguo Egipto, *El que eternamente rejuvenece:* en él vivimos y nos movemos, de él formamos parte y somos lo mejor sobre el planeta Tierra.



NOTAS

(1) Los panteístas modernos son al reverso de los antiguos; aquéllos concedían un alma animando al Todo y éstos creen que el alma y la conciencia sólo es un resultado del Todo.

(2) Mahoma tomó sus teorías monoteístas de un monje nestoriano que encontró en una feria de la Síria, cuando tenía solo catorce años, así el Islamismo resulta un Cristianismo de reflejo.



EL ASCETISMO EN LA TEBAIDA Y SVS CAVSAS COSMICAS

París
1876

Verdad, realidad, mundo de los sentidos, son cosas idénticas. El ser sensible, es solo verdadero, solo él es real. El mundo de los sentidos, es la única verdad y la única realidad para nosotros. Fuera de éste, el espíritu es una quimera.

L. de Feuerbach.





EL ASCETISMO EN LA TEBAIDA



N el final del Imperio romano hubo una verdadera epidemia moral, una locura colectiva contagiosa. Todas las provincias á él sometidas, viéronse cubiertas de monjes que extremaban sus prácticas ascéticas de una manera inaudita.

Los conventos brotaban del suelo como una generación de criptogamas después de un gran cambio atmosférico. Los puntos más atacados por el ascetismo fueron los países meri-

dionales, siendo el verdadero foco el Egipto. ¿Obedece esto á alguna ley? Motivos hay para asegurarlo (1).



El doctor Charbonnier-Debatty dice (2) que los prodigios de misticismo sólo son posibles más allá de cierta latitud. Donde el frío riguroso hace indispensable una gran cantidad de carbono, la abstinencia no puede existir. Nulo en el Norte, muy raro en los climas templados, va haciéndose más común á medida que se avanza hacia el Mediodía, y es frecuentísimo en los países que se acercan á los trópicos, en los que la temperatura del medio ambiente suple el calor que da al cuerpo humano la combustión del carbono que entra en él con los alimentos. La abstención mística viene, pues, determinada por la latitud. Hay una línea isotermo-mística que el Hombre no puede traspasar. Pero esta línea no es fija, pues la temperatura de los he-

misferios varía con el cambio de los movimientos de la Tierra.

Es ya sabido por los geólogos que los hielos de los polos se mueven avanzando los del Norte y retrocediendo los del Sur, y viceversa, en virtud de la precesión de los equinoccios, combinada con el movimiento de la línea de los ábsides, contribuyendo á ello también la variación de la excentricidad de la órbita de la tierra, y la variación de la oblicuidad de la eclíptica (3). En virtud de estas leyes astronómicas, en 1248 el hemisferio boreal alcanzaba la mayor temperatura y el mínimum de extensión de sus hielos polares; habiendo alcanzado el máximum de frío á diez mil quinientos años de esta fecha.

El misticismo se acentúa cabalmente á partir de ocho siglos antes de la primera fecha citada (4), creciendo hasta el siglo XIII, en que alcanzó el máximum el poder teocrático, época de los grandes terrores eclesiásticos. Á últimos del siglo IV, la línea isotermo-mística coincidía con el paralelo que pasa por el alto Egipto; y, acentuándose al calor en nuestro hemisferio, fué subiendo gradualmente, hasta que en el siglo XIII el ascetismo invade el Mediodía de Europa y el misticismo es posible yá en el Norte. A partir de

1248 el hemisferio bajó y con él el fervor místico;las naciones del Norte fueron las primeras que se emanciparon. En Holandas urgía Spinoza, en Inglaterra hacía prosélitos Lutero, y Alemania rebosaba de herejías, cuando Teresa de Jesús admiraba aún á España. Buscad el verdadero ascetismo hoy día, y sólo lo hallaréis en la baja India ó en el Africa.

Si el alto Egipto fué en el siglo IV el foco del ascetismo, puede suponerse con fundamento que se debió á estas leyes cósmicas. (4)



Todo el Sud de Alejandría, la montaña y el desierto de Nitria, las orillas del Nilo y la isla de Tabenna, viéronse invadidas por una multitud de escépticos de la Vida que huían del mundo abandonando toda clase de comodidades para alcanzar la gloria eterna. Un ideal de ultratumba les llevó á habitar los vacíos que en las

canteras quedaron después de la extracción del pórfido y del granito. Cada día era mayor el número de los que á tales sitios acudian. La melancolía, la superstición y las ideas místicas se habían ya generalizado en Imperio. La tendencia al celibato se acentuaba de día en día. El Diablo estaba en el amor humano; por medio de él entraba en la familia. «El matrimonio es sólo una prostitución enmascarada», había dicho un santo. «El que sea casado que viva con su esposa en castidad completa, como si fuera su hermana. Las vírgenes que se consagren á Dios. Los hombres que se aislen en el desierto: aislándose, la tentación es más difícil.»

Los ánimos estaban cada vez más decaídos. Los que recibían algún desengaño, preferían abandonar la sociedad á seguir combatiendo con valor en la lucha para la Vida. A más, si la Vida perfecta *la vida eterna* sólo se hallaba después de la muerte, ¿para qué combatir por ésta Vida temporal tan llenade maldades?

No eran pocos los que partiendo de esto no querían batirse por la patria: la noción de patria no tenía ya sentido. Otros acudían al desierto huyendo de los bárbaros, para encontrar allí un refugio.

Con la perspectiva de una gloria celeste, impelidos por un egoísmo transcendental sin límites, creyendo que la Naturaleza iba á perecer tras de sus dioses, estas gentes sombrías é insocíables, dando lo suyo á los mendigos, desaparecian de sus casas, abandonando sus mujeres, sus padres, sus hijos ó sus hermanos menores, sin que nadie volviera á saber nunca más de ellos.

Una vez en el desierto, salían sólo de él para dirigirse á los poblados á hacer prosélitos. Allí predicaban la insensata promesa de una eternidad de felicidad á cambio del corto bienestar presente; y después de haber reclutado algunos jóvenes de imaginación desarreglada ó de corazón destrozado, y algunas infelices mujeres que así creían reparar su vida loca, volvían á entrar en sus madrigueras solitarias para no volver á salir de ellas en mucho tiempo.

¿Qué importaba que al padre se le llevaran su hijo único, á la hermana el hermano, ó á los niños su madre, si esto era para servir á Dios? Dios los reclamaba, y Él, que se los había dado, tenía derecho á quitárselos.

Así los siervos de Dios iban poblando el desierto. Nitria llegó á tener cinco mil. Pacomio



por la Pascua reunía cincuenta mil en Tabenna (5). Oxirrincus contaba dentro sus muros diez mil cenobitas y veinte mil penitentas: toda la villa no era más que un convento. Imposible era saber los que hormigueaban por las orillas del Nilo. Las arenosas llanuras de la Libia contenían un enjambre; y no habiendo ya bastante espacio para ellos, desbordaban sobre la Etiopía.

Hallábaseles entre las rocas, en los huecos de las montañas, en las cavernas de las agotadas canteras de pórfido, en el interior de los hipogeos, en los templos arruinados, debajo de las palmeras; en fin, en todas partes. Era ya más fácil hallar en Egipto un santo que un Hombre.

Allí se dedicaban á alcanzar su gloria eterna, á perseguir el bien absoluto. Lo sobrenatural habíales hecho concebir una noción del bien y del mal asaz extraña. El mal para ellos era la Belleza, el placer, la satisfacción de las necesidades, la Naturaleza, ó, como llamaban ellos, el Mundo y la Carne, tras de lo cual estaba siempre el Diablo (6). El bien era, pues, todo lo contrario: el aislamiento, la mortificación, el Cielo. ¡Ah! ¡Qué lucha más encarnizada sostenían contra el cuerpo y los sentidos! ¡Qué de austeridades para dominar la carne!

Lo primero que hacían era aislarse de todo lo profano. Y aun entre sí relacionarse lo menos posible. Con relacionarse con Dios ya les bastaba. El vínculo de amor, de amistad, de parentesco, desapareció ante el amor divino. Aquellos corazones, endurecidos por la fe, rechazaban las afecciones terrenales con resolución implacable. Un joven convertido por Pacomio negóse á recibir á su madre que desesperada iba á verle (7). Eufrosina, escapada de su esposo y de su padre, vistió traje viril y escondióse entre cenobitas. Su padre anduvo años buscándola por todas partes. Un día llegó á su convento y desolado la pidió consuelo, en su desdicha, creyéndola un monje; y ella, que lo conoció, se limitó á decir que tal vez un día Dios le permitiera ver á la hija que había perdido allá en la Gloria (8).

Los cenobitas vivían en común, regulados por una disciplina dura é implacable.

Sus pensamientos, sus palabras, sus acciones, todo tenía sus límites fijados. La arbitrariedad del superior era la ley suprema. La más leve falta en la observancia, aun inconsciente ó involuntaria, era castigada cruelmente. Azotes, ayunos, largos encierros en pozos ó subterrá-



neos, humillaciones infamantes: hé aquí la manera de perfeccionar á aquellos santos. La primera virtud era la obediencia ciega y absoluta. Y para ponerla á prueba se apuraban todos los recursos á fin de ver si se acababa la paciencia del cenobita. Para agotar su resignación los abades daban órdenes extravagantes y aun criminales: pisar carbones encendidos á pies desnudos, trasladar pesadas rocas, echar agua en pozos que comunicaban con el mar ó con el río, no dormir en muchos días, etc. Sólo podían acostarse en el suelo sobre una estera de palma, reclinada la cabeza en una piedra, y por la noche varias veces les truncaba el sueño el cuerno ó la trompeta que les llamaba para que oraran. Vestían un sayal de tela burda, y un capuchón les cubría la cabeza. Lavarse era un pecado; peinarse ó afeitarse, un crimen. Con menos de media libra de galleta pasaban todo el día.

Pero todos estos rigores eran nada al lado de los anacoretas, morando entre rocas como San Antonio, ó encima de una columna á la intemperie, como Simeón *el Estilita*. Vestían sólo tosco saco de estera de palma (9) ó una piel de carnero, cuando no iban en cueros, cubiertos sólo por sus cabelleras y barbas, y por las cadenas y



silicios con que ceñian sus decrèpitos cuerpos.

A unos pasábaseles el dia en èxtasis en una posiciòn difícil, á otros azotándose, ó haciendo genuflexiones ó reverencias bajo los rayos caniculares del sol de las llanuras de Africa. Algunos, como Alejandra, encerrábanse por meses dentro de oscuras tumbas. San Macario metiòse desnudo en un pantano y estúvose en él seis meses expuesto á las terribles picaduras de los insectos carniceros. Su perfecciòn era no moverse, no hablar, no dormir, pasarse sin comer, no satisfacer necesidad alguna y sufrir lo más posible. Jamás el salvajismo llegó á grado tan bajo.

¡Qué espectáculo debió ofrecer aquella revista de anacoretas que S. Atanasio pasó en Tabenna! Salió de Alejandría una mañana para ver las fuerzas con que podía contar para hacer frente al arrianismo. Remontó el Nilo el tal obispo, y al llegar á la isla se la encontrò cuajada de fervorosos siervos de Jesucristo. Allí estaba Pacomio, que acudía á la playa confundido con una multitud inmensa de santos, flacos, desencajados, esqueléticos, sucios, cubiertos de pieles de carneros, arrastrando cadenas, la faz tapada por el negro capuchòn, aullando himnos de coraje



contra el arrianismo, pidiendo furiosa y tumultuosamente correr á Alejandría para ahogar las herejías con la sangre de los herejes.

La escasa y mala alimentación, el no dormir, en una palabra, el no satisfacer las necesidades naturales, no tardaban en producir en ellos la alucinación, el éxtasis, el vértigo y la pesadilla. La vida antisocial é indigente que llevaban, ocasionábales la anemia, y sabido es que muchos estados patológicos del sistema nervioso nacen de ella. Difícilmente el que se nutre bien tiene visiones. *Mens sana in corpore sano,* dijeron los antiguos.

La voluntad de ver lo sobrenatural se les transformaba en deseo imperativo; á su impulso la imaginación ganaba en claridad y fijeza todo lo que perdía en sensibilidad el sistema nervioso; sólo percibían sensaciones ilusorias derivadas de la alucinación que experimentaban. La imaginación les reproducía las quimeras con la misma limpieza y viso de realidad que si procediendo del exterior las recibiera su cerebro a través de los sentidos.

En sus mortificaciones, frecuentemente presentábaseles el Diablo, á cada uno según sus tendencias, como dice San Antonio. El que era

de temperamento ardiente atormentábale el Demonio de la carne; al que había sido soldado Satanás le presentaba ejércitos; al que había estudiado los grandes filósofos antiguos, Luzbel le ponía argumentos y silogismos, ó le exponía sistemas más satisfactorios á la razón que el Cristianismo; para el que era goloso tenía el maligno manjares; riquezas para el que las había apetecido; honores para el que había andado en pos de ellos. Y para tentarles el Belzebú no se daba punto de reposo. ¡Cuántos de estos ascetas estuvieron á punto de caer y aun cayeron en sus emboscadas! Sólo lograban burlarle vigilando siempre, no durmiéndose, porque durmiendo se apoderaba muchas veces de ellos. Los incubos y los sucubos eran los que triunfaban más fácilmente de los monjes. Pacomio, en la peroración que dirige á los suyos, díceles que no duerme ni reposa, y se mortifica la carne, de miedo que por ella el maligno no le lleve á las penas eternas del infierno. (10)

¡Qué de terribles visiones pasaban por tales cerebros reblandecidos! Ya se les aparecía el Diablo como un gigante negro cuya cabeza llegaba cerca de la bóveda celeste, el cual con sus garras se esforzaba por coger al vuelo las almas

que subían al trono del Eterno. Ya eran horribles animales fantásticos, cuyos miembros pertenecían á diversas especies; ya eran culebras ó dragones alados; de repente los jeroglíficos de aquellos monumentos, oscilaban, se animaban, crecían, y, destacándose de la pared, les hacían muecas ó les embestían. A veces el diablo se les presentaba invisible: entonces sentían sólo sus garras, les estiraba los nervios, les gritaba al oído, ó, haciéndoseles visible, tomaba las formas provocativas de una mujer de belleza arrebatadora.

Aquellos anacoretas, jóvenes y libertinos algunos de ellos, habían mudado de repente de modo de vivir y de costumbres; y, como ninguna serie en la Naturaleza se trunca, como no es posible un cambio violento, á pesar de su nueva manera de vivir, la imaginación continuaba presentándoles las imágenes que tenía por costumbre, durante algún tiempo. Cuando un organismo viene ejerciendo una función, aunque se le cambien las condiciones sigue ejerciéndola hasta que está adaptado por completo al nuevo medio; y ellos, hijos de paganos, llevaban en sí, además del hábito, la herencia, y no podían dejar de apetecer de repente la Be-

lleza. A pesar de la ferocidad de su virtud, el Diablo les tentaba. San Antonio no venció el de la carne hasta los treinta y cinco años, diez y seis después de estar en el desierto.

Pero estos diablos sensuales no eran siempre subjetivos. Iban á veces á turbar el retiro de estos santos impúdicas paganas, adoradoras de Astarté, de Cibeles, de Salambó ó de Isis, que salían las noches de luna á recorrer los campos ebrias de deseo, en busca de alguien con quien celebrar los misterios del amor y la fecundación, en honor de la Gran Diosa. Y los santos se persignaban y huían de ellas cual del maligno, cuando no sucumbían á impulsos del demonio de la carne.

Mas á quien el Diablo atormentó con mayor saña fué á San Antonio (11). Al declinar el día reza para ahuyentarle, porque es por la noche casi siempre que le ataca. Por esto la noche le sobrecoge y aterra. De cara á Oriente, al caer la tarde, eleva su plegaria al Altísimo, con los brazos abiertos; y el Sol al ponerse le alumbra por la espalda y proyecta su sombra larga sobre la arenosa llanura. La sombra proyectada va alargándose, el horizonte enrojeciéndose, el firmamento se obscurece; el Santo se horroriza. En su



sombra ve un [illegible] que va agrandándose sucesivamente, hasta abarcar la longitud de la llanura: ve el rojo resplandor de las llamas del infierno detrás de las montañas más lejanas, y las tinieblas encima de su cabeza; y ora para que desaparezca aquella vision terrible. Por fin la obscuridad le envuelve, la vision ha desaparecido: pero le sucede otra. Ve la luz divina: dentro de su cerebro brilla el Cristo resplandeciente. El iluminismo dura toda la noche, y al amanecer terminan su extasis, los rayos del Sol, que le hieren en la cara. Lo objetivo borra lo subjetivo, la fuerte impresión externa disipa la alucinación; pero el santo se enoja é increpa al Sol porque con sus fulgores eclipsa la verdadera luz, que él veia brillar con los ojos del alma (12).

Otras veces no es el èxtasis lo que por la noche le embarga, sino la pesadilla. El demonio silbador del huracán le llama exhalando ayes lastimeros ó rugidos furiosos. Del interior del hipogeo salen gritos; se acerca, y le increpan á voces desde las tumbas. Los animales sacros de las paredes le hacen muecas, las esfinges le hablan, los Annubis le miran con ojos de fuego, aquellas caras de chacal parecen querer devo-

rarlo, la figura de Serapis le arremete, Isis se le abraza, Osiris quiere estrangularle, todas las figuras del muro saltan y se le vienen encima rodando en torbellino: aquello es horrible. Pero el santo exclama: «¡Atrás, espíritus malignos!», y la visión desaparece. Cristo le ha salvado. Todo vuelve á estar en su sitio (13). Mas el hipogeo le repugna, allí parécele estar acompañado entre tantas figuras; y él quiere estar solo. Decide aislarse entre unas rocas á orillas del mar Rojo; pero también allí le persiguen los malignos. De noche siéntelos cernerse sobre su cabeza cual águilas ó buitres rapaces. Le pican, le destrozan, le azotan á aletazos, hasta que, llegando la mañana, huyen y él se halla intacto, salvado por Jesucristo milagrosamente.

Vuelve al desierto el Santo y se fija en una barraca encima de una altura. Allí asimismo el tentador le persigue, que para él no hay tregua. Ya se le aparece como un niño negro y para envanecerle le dice: «Ve: *yo soy el Espíritu de la fornificación*, que tú has vencido.» Ya es un abad que le trae apetitosos manjares; ya un centáuro que le ofrece transportarlo en su grupa á donde desee; á veces es una reina hermosa que



llega reclinada muellemente en una suntuosa litera que se balancea sobre los hombros de cuatro etíopes, seguida de elefantes y camellos cargados de ricos presentes. Viene á contarle la voluptuosidad en que se abrasa; viene, atraida por su nombre, á pedirle que le permita morar en su compañía, y se le ofrece en cuerpo y alma.

Otras veces es un sabio filósofo ó gnóstico que le opone sus argumentos ó su teogonía delirante para hacerle abandonar la religión verdadera. A veces el viento que silba le finge voces suaves, insinuantes murmullos, palabras halagadoras; y si él no quiere escucharlas, silba con más fuerza y el vendaval le hace oir alaridos y blasfemias.

En las palmas que se balancean ve mujeres cuya cabellera flota á merced del viento; en las mimosas, gigantes. La curva del río que refleja la luz de la luna, parécele la hoja de un gran alfanje que Satán le ofrece para exterminar á sus enemigos. Trasládale con gran frecuencia á grandes festines; paséale en rico barco, por entre los nenúfares, lotus y cactos del Nilo, recreado por las brisas que aquellas flores embalsaman; ó le conduce al palacio del Emperador,



en donde éste le da honores y le presenta á los Arrianos en el tormento. Otras veces, Satanás, con odio implacable, le evoca el demonio de la conciencia. Entonces el Santo recuerda á su madre y su hermana abandonadas, tal vez muertas de desesperación por haberlas dejado! Otras veces le presenta un vaso de oro en medio del camino entre la arena, que desaparece cual húmo cuando él se persigna. Los siete pecados capitales le ofrecen escenas que se suceden en su cerebro como los cuadros disolventes de una fantasmagoría. En fin, Satán recurre á todas las formas que en aquella mente caben para tentarle. Con su imaginación, San Antonio puebla el desierto árido y estéril; lo llena de diablos, lo anima; crea formas nuevas que sobrepujan á las de la Naturaleza; transforma las naturales; no hay cuerpo, no hay ser, no hay vibración siquiera, ni rayo de luz, ni ruido, en que no distinga un aliado del Maligno; aquella inmensidad vacía y estéril es para él un inmenso campo de batalla lleno de enemigos de Jesucristo, por quien él combate.





NOTAS

(1) A este estudio es al que me refiero en el *apéndice 1.º* de mi obra *La Mort et le Diable*. No lo publico íntegro tal cual lo escribí, y publiqué en una Revista extranjera, porque lo más substancial ya lo incluí en la dicha obra, especialmente en el indicando apéndice.—Nota del autor en 1900.

(2) Véase «*Maladies et facultés diverses des mystiques.*» Memoire publiée par l' Academie Royale de Medicine de Belgique.—1875.

(3) Véanse los calculos de Stone, James Croll y Carrich Moore, en Lyell *Principles of Geology*. 10.ª edit. Londón 1867.

(4) Nietzsche, en su *Crepúsculo de los ídolos*, dice que el Cristianismo fué debido a una depresión de la Humanidad, en virtud de alguna infección ó de alguna ley sideral, que no conoce. Esto en 1888. Nosotros en 1876 ya decíamos y hacíamos notar las leyes siderales que habían motivado esta gran decadencia apoyandolas en los estudios que citamos.—Véase *la Mort et le Diable*.— Apéndice 1.º, al cap. VII del libro. 1.º.— Nota del autor en 1900.

(5) «Codex regularum» edit. Julius Holstenius.— Roma, 1661.—T. I, pág. 61.

(6) San Crisóstomo partiendo de esto decía que sólo los elegidos y los salvados eran los monjes.— Libro I, págs. 55 y 56.

(7) Véase el «Flos Sanctorum» del padre Rivadeneyra. San Pacomio.

(8) Montalembert. «Les moines d' Occident» cap. Des Peres du desert.

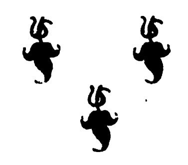
(9) Así vestía San Pablo ermitaño.

(10) Vit. St. Pacomii, cap. 46.

(11) S. Atanasio.—Vit S. Antonii.

(12) Bossuet.

(13) P. Rivadeneyra.—«Flos sanctorum» Vit. S. Antonii.



CRISTOLOGÍA

Ginebra
1886

..... Quiero decir de la manera cómo la leyenda de Jesús fué escrita.

E. RENAN.

Sólo me propongo investigar la parte que el Judaísmo tuvo en la formación del Cristianismo.........................

..... evolución que se cumplió en un medio ambiente griego, por medio de traducciones griegas y de libros originales escritos en griego.

La Revolución que transforma el mundo Helénico en el mundo Cristiano nada tiene de brusco, nada que parezca un milagro ni que sea un misterio. El Cristianismo estaba ya en gran parte precontenido en el Helenismo, y de él salió naturalmente.

E. HAVET.

Jesús y su pasión son una fábula, una alegoría arreglada en Nicea... el modelo está en Egipto. Allí había un Dios hijo Salvador..,

Si San Pablo hubiese vivido en la época de Nicea, el Concilio de Constantino habría hecho quemar al apóstol.

El Cristianismo fué muerto cuando se inventó Jesús en 325.

L. GANEVAL.





I

ORIGEN DEL CRISTIANISMO



A historia de los orígenes de la religión cristiana ha ocupado gran número de pensadores como Strauss, Renan, Havet, Ganeval, Reuss, Clermont-Ganneau, Soury, etc., etc. Toda la escuela de Tubinga le ha dedicado sus estudios. Los primeros orientalistas modernos conságranse á ello. Vamos á intentar resumir la

evolución que la idea del Cristo ha sufrido á través de la conciencia de los cristianos, según los documentos que nos quedan de cada época, hoy sabiamente recogidos, seriados, traducidos, interpretados y comparados por los antedichos autores. (1)



Según las últimas investigaciones de Ganeval, Havet y otros, el Cristianismo sería anterior á la época en que se fija el nacimiento de Jesucristo; y en lugar de ser judaico, resultaría de origen greco-egipcio.

Platón había dado la teoría del *Logos*, (la Inteligencia) emanación de la divinidad en el Hombre. Los alejandrinos habían formulado la teoría del Dios Bien, el Agathos. A lo que parece, los griegos, durante el reinado de Ptolomeo Philadelfo, quisieron transformar la religión de Osiris, llegada ya á la concepción de Serapis, el Dios solar, bajo el aspecto de hijo, en Religión

universalista, para tener una [illegible] de Imperio, que sometiera todos los pueblos a su gobierno, especialmente los asiáticos y africanos, que no podian pasarse de mitos. Identificaron, pues, el *Dios hijo* que baja a la Tierra con la emanación del *Dios Agathos*: el *Logos*, y le llamaron los Helenos *El Xrestos*, es decir, *El Bueno* y los judios helenizantes, luego, con Filon, *El Verbo*. Ambos grupos, partidarios de tal teoría, según resulta, fueron los primitivos cristianos. Sabese de ellos que, apoyados por el elemento oficial del Imperio griego de los Ptolomeos, partieron en diversas direcciones, desde Alejandría, a predicar la *buena nueva*, o sea el *Evangelio*. (2) Éste, el primitivo, no es ninguno delos cuatro que la Iglesia admite y enseña, sino uno titulado *Protoplasta*, del cual sólo se conservan trozos citados por Focio.

El Cristo, en esta primitiva época es impersonal; es la pura emanación de la Divinidad en este mundo, *Luz y Vida*, que da la inteligencia y produce la generación. Como mito, para el vulgo, era el Dios solar que baja a la Tierra, vivifica la Naturaleza durante la mitad del año en que el dia crece, y muere con ella cuando en la otra mitad decrece; que baja á los infiernos, a



los lugares subterráneos, cuando el sol se pone, y resucita cuando se levanta radiante en el espacio, como los muertos que bajan al profundo, y, según se supone, resucitan con él.

La impersonalidad del Cristo y su esencia filosófica eran enseñadas en unos misterios análogos á los de Eleusis, y á los de Isis. En este conocimiento de la divinidad, que se comunicaba sólo á los iniciados, estribaba la *Gnosis*. Y cada cual escribía su Evangelio según comprendía el Cristo.

Lo que se enseñaba en tales misterios, al triunfar los judeo-cristianos, apoyados por el Emperador Constantino en Nicea, fué destruído. Se escogieron los cuatro Evangelios que más analogía tuvieran entre sí y que más coincidieran con la personalidad real del Cristo. Se eliminaron de ellos los resabios de *Gnosis*. Se substituyó á la palabra *Xrestos* el nombre *Iesus*. Y se quemaron todos los demás Evangelios divergentes, que eran muchos. Así desapareció este Cristianismo primitivo; pero, á pesar de esto, encuéntrase aún en mil escritos de los primeros cristianos. Las destrucciones, mutilaciones é interpolaciones de los católicos no han privado á la crítica exagética moderna el que haya podido



reconstruirlos. Los vestigios hállanse hasta en los documentos ortodoxos. El mismo Evangelio de San Juan, tal como está hoy, no es más que la relación de un drama ontológico, escrita por un alejandrino del siglo II, partidario de la impersonalidad del Cristo.

Según resulta de los textos de los que después santificó la Iglesia, lo mismo que de los que declaró heresiarcas, hasta cerca del siglo IV, el Cristo no tuvo personalidad real. San Pablo dice que el Cristo viene formado por la reunión de todos los cristianos: así, «Todos somos miembros del Cristo». Según San Clemente, «El Verbo no se ha encarnado, sólo se ha aparecido», y lo llama «El que preside la generación.» Para Orígenes «no es ni masculino, ni femenino», y «su alma es la misma que la de Adán», es decir, Él es el que produjo y continúa produciendo el género humano, *Xresto impulsore*. Ideas análogas tienen de El, San Panteno, San Teognoste, San Eulogio, San Metodio y aun San Ireneo. Para todos es el *Logos*, el *Verbo* de Dios, no distinto de Él, que en el mundo es sabiduría, razón y vida, que produce la generación de todos los seres, y todas las relatividades terrestres que no puede producir el Dios

único, el *Agathos*, por ser uno, inmutable é impasible. Este no puede nunca descender á la fenomenalidad sin emanarse, y al emanarse viene á ser *el hijo* que produce la fuerza reproductriz y la fuerza comprensiva, y se le llama XRESTOS, EL BUENO.

Pero, en esto, una idea de los Neoplatónicos coincide con otra idea de los judeo-cristianos: el *Alma del mundo*, el espíritu motor del Universo, de los Alejandrinos, viene á identificarse con el *Espíritu Santo* de los Beni-Israel.

El Espíritu Santo no es más que el desdoble de la diosa que antiguamente formaba la sagrada pareja con Jehová, ó sea su hipóstasis femenina. Esta diosa, representada con alas, símbolo de la Vida del Espíritu, como la Astarte Fenicia, ó la Baalat Babilónica, desdoblóse en mujer que baja á la tierra y personifica á la Naturaleza pasiva, la Tierra fecundada, el mar, en fin, la Venus mária; y su espíritu, que se queda en el Cielo y toma la forma alada de la blanca paloma de Judea, símbolo sacro del Espíritu puro.

Pues bien: díjose que este espíritu divino, llamado Espíritu Santo, fué la emanación que había bajado á producir el hijo de Dios sobre



la Tierra, encarnándose en su desdoble personal María. Sostuvieron algunos que sólo había bajado para animar y vivificar al Mundo, de una manera impersonal; mientras que otros afirmaron que había descendido sobre la cabeza de un Hombre predilecto al ser purificado por las aguas de un río sagrado. De las tres opiniones quedan resabios en los Evangelios de la Iglesia. El Espíritu Santo engendra al Cristo; produce Luz, Vida é Inteligencia en el Mundo; y baja sobre Jesús en el momento del bautismo.

Y aquí aparece ya el Hombre Jesús, el cual no es el Cristo en este primer período, sino uno de los que encarnan el Cristo, ó sea la encarnación divina. Para los judeo-cristianos, de ciertas sectas, Jesús era hijo de un carpintero de Nazareth; para los elkesaítas un viejo leproso descendiente de Enoch. Los ebionitas le suponían hijo natural de una perfumista samaritana y de un legionario romano. Pero todo esto hállase sólo en documentos de tercera mano, es decir, en refutaciones posteriores de supuestas teorías heterodoxas. ¿Existió Jesús? ¿Qué fué?

Canneval, de Ginebra, opina que no existió; Havet, lo duda; Renan lo afirma. Según Strauss, fué un reformador; según Jules Soury, un en-

fermo de megalomanía que si no lo crucifican hubiera muerto, gracias á la degeneración grasienta de su cerebro. Escritos de Jesús no quedan, pues no escribió. Los romanos no lo mentan. El pasaje en que de él habla Flavio Josefo fué interpolado posteriormente. Los Evangelios judaicos, son *Secundum Mateum*, ó *Secundum Ioannem*, &, es decir, según dice uno que dice que... El mismo San Pablo no lo conoció y habla de El por referencias.

Su personalidad es muy vaga ó, mejor, muy contradictoria. En cada uno de los cuatro Evangelios ortodoxos la tiene diferente. En uno es puramente un ser ontológico. En otro es un taumaturgo que resucita muertos y echa diablos. En otro es un socialista que incita á las turbas á que atenten á la propiedad. Y en otro es un predicador místico que va recogiendo almas para un mundo mejor.

En general su leyenda es la de todos los mitos solares antropomórficos.

Ser real ó ideal, la procedencia de Jesús es judaica, así como la del Cristo es helénica.

Los judíos partidarios del Cristo, es decir, de la emanación de la Divinidad sobre la Tierra, empezaron á propalar que Jesús era el que ha-



bía obtenido la mayor parte de ella, la mayor suma de Verbo posible. Pronto los más exclusivistas sostuvieron que la había contenido toda, y, por tanto, que el Verbo sólo en Jesús se había encarnado por entero, viniendo á ser dicho Jesús el único Cristo. Sobre la época de la encarnación difirieron también. Según unos, el Espíritu Santo se había encarnado en Él sólo en el momento del bautismo. Según otros, en el momento de la generación, siendo consubstancial con el Padre, es decir, siendo el propio Verbo que había tomado forma carnal, que se había vuelto espeso y tangible al caer sobre la Tierra en el seno de un cuerpo femenino predilecto.

Paralelamente á los Judeo-cristianos, los Gnósticos sostenían que la emanación *Xrestos*, no era la única de la Divinidad: que ésta había tenido varias, y que el Cristo era una de las más imperfectas. Los docetistas añadían que, al bajar al Mundo, su personalidad sólo fué una apariencia. «El Cristo es un divino fantasma—decían—que pasó por la Tierra y que sufrió pasión y muerte tan sólo de una manera aparente.» Aun hoy los musulmanes conservan dicha teoría como dogma.

Según Manés, era la emanación buena del

Dios impasible, frente á frente de *Satán*, desprendido también de Éste y soberano señor de la materia.

Pero los Judeo-cristianos, y de entre éstos los que pretendían que el único Cristo era su Jesús, fueron haciendo prosélitos entre la plebe romana. Mitra, Orus, Atis, Adonis, Orfeo y otras personificaciones del nuevo Sol vivificando la Tierra bajo forma humana, prepararon la conciencia de las turbas, que querían un Dios Hombre. Así en Nicea, ayudados por un Emperador, triunfaron de sus contrarios, aniquilando por el fuego todo lo que disentía de su creencia. Luego los filósofos fueron pasados á cuchillo; el Serapeo fué destruído, la Biblioteca de Alejandría quemada, los libros de los Padres griegos expurgados, los Paulicianos asesinados, los Eunomianos deportados, los Gnósticos degollados ó estrangulados. Los mismos San Crisóstomo y San Atanasio fueron objeto de persecuciones. El Catolicismo nació ya persiguiendo.





Vino luego otra confusión. Krestos quería decir el *Bueno*; pero los cristianos de la plebe, en los siglos bajos del Imperio, tradujeron Krestos, por *Kristos*, es decir, el Crucificado, y de ahí el que los judeo-cristianos, ignorantes, inventaran la historia de una crucifixión, suplicio romano, para explicar la muerte del Dios hijo, que venía en el mito solar. Como los Romanos paganos habían sido sus enemigos, les atribuyeron la responsabilidad de toda clase de desastres, y en especial la de la muerte de Jesús, el único Cristo que ellos decían haber existido.

Los cristianos primitivos, para simbolizar la fuerza solar, el fuego divino bajado a la Tierra, que era lo que personificaba el Bueno, *Krestos*, habían empleado, como todos los pueblos de la alta antigüedad, la cruz. La emplearon los hombres de las épocas prehistóricas, maravillados de que con dos maderas cruzadas, frotando la una contra la otra, saliese el fuego y la llama. Creyeron ellos que esto era un milagro hijo de la forma en cruz, que representaba la Divinidad en su forma más simplemente esquemática de los rayos solares, y la adoraron sirviéndoles como símbolo del fuego vital, de la luz

de la Divinidad haciéndose visible sobre la Tierra (4).

Adoraron este símbolo los hombres de la edad de Bronce (5), y tras de éstos los Arios y sus derivaciones: Indos, Persas, Celtas ó Galos Etruscos, Helenos; los Sirios, Fenicios, Caldeos, Egipcios; y los Chinos; y aun se encuentran vestigios de esta adoración hoy entre los pueblos salvajes (6).

Este signo misterioso, pues, ya venerado entre todos los pueblos como imagen de la emanación solar sobre la Tierra, fué uno de los símbolos cristianos más extendidos en el Imperio de Roma, pero considerósele sólo como un símbolo de significación emblemática, sirviendo para decorar la imagen zoomórfica ó antropomórfica del Dios hijo (7) del *Xrestos*, sin que á nadie se le ocurriera el que pudiese significar un instrumento de suplicio, que la leyenda no había inventado aún.

Aquí hay que notar que *crux*, en latín, no significa *cruz*, sino *horca*, y que por crucificar los Romanos entendían ahorcar, ó poner atados á los condenados en postes que terminaban con un travesaño en forma de T. (8) *Crurefaccio* indicaba la horrible función de ir los legionarios

á hacer crujir los huesos de los condenados á martillazos para rematarlos al tercer día, cuando estaban condenados á muerte.

Al inventarse la leyenda de la crucificación del Dios hijo, para nada se quiso hacer alusión al que se le clavara en un instrumento de forma de cruz ó sea tal como el emblema solar. Se quiso decir que se le había hecho morir amarrado á un poste, y esto es todo. El *Xrestos* volviose *Kristos*, el Bueno fué traducido por «el crucificado», ó sea el ajusticiado, el muerto en el poste, y nada más. Precisamente en los primeros siglos la imagen del Cristo se representa con la cruz del fuego, ya sea en la cabeza, como nimbo crucífero, símbolo solar por excelencia, ya sea sosteniéndola con la mano, ya sea como un cordero (y esta es la forma más primitiva) con esta cruz, signo del los rayos del Sol (*agni*) ó como tradujeron, (9) *Agnus Dei qui tollis peccata mundi*, lo cual quiere decir: «Fuego divino, fuerza divina, que quitas ó soportas los pecados del Mundo».

En los tres Evangelios de Lucas, Marcos y Mateo, nada se habla de clavos ni de llevar la cruz á cuestas, y mucho menos en los anteriores, que fueron declarados apócrifos en Nicea.



Sólo en el Evangelio de Juan, que evidentemente es el posterior y el más alterado é interpolado, aparece la leyenda de la crucifixión con clavos, y la cruz llevada por el propio Cristo, siendo así que los condenados eran colgados ó atados en postes fijos, árboles ú horcas.

Ni en las catacumbas romanas, ni en ninguna sepultura, ni en otra parte en los siglos primeros del Cristianismo aparece la cruz como instrumento de muerte, y el Cristo fijado en ella. La cruz, al contrario, como hemos dicho, significa sólo Vida eterna. Al Cristo crucificado, no le encontramos en documento alguno hasta mediados del siglo VIII (10).

En todo el siglo VIII, y á partir del IV, la cruz acostumbra á hallarse sólo detrás de la cabeza como rayos solares, ó como nimbo crucífero, es decir, desde el momento en que Jesús fué declarado el *Xrestos*, ó sea la emanación divina. Antes su cabeza no está así ornada, ni tiene forma antropomórfica. En el VIII se le fija en la cruz con los brazos abiertos, pero con túnica larga. En el X, ésta es sólo una falda que le cubre de cintura á rodillas. En el XI y XII empieza á demacrarse, á tener cardenales, vérsele las costillas, y aparece la herida bajo la tetilla izquierda. Luego

se le ponen greñas, barba larga, corona de espinas, etc.; pero aún sus brazos siguen la lineación de la cruz. Sólo en el siglo XIII y XIV aparece como cayéndose, con los brazos clavados, de los que pende el cuerpo, y las manos desgarradas, chorreando sangre.

Aquí, y á propósito de la fijación del Cristo en la cruz, trasladaremos una opinión de un sabio exageta, y es la siguiente: Puédese que en el Evangelio de S. Juan (que como está probado fué compuesto con un relato Alejandrino, Neoplatónico, ó Gnóstico), hubiese influído lo del suplicio de Prometeo, y más que éste, el de Baal, cuya leyenda de la crucificación era popular en Numidia, tal como lo demuestra una piedra votiva númida, en que el dios Fenicio está muerto de pie con los brazos extendidos, como los Cristos modernos (11).

De todo lo expuesto se induce que la leyenda de Jesucristo tal como se ha venido venerando desde la Edad Media, es hija de haber confundido:

1.° *El Bueno*, con *el Crucificado* y *el Ungido*, por un error de traducción de los judeocristianos.

2.° De haber tomado la *Crux*, poste ú horca,



como cruz símbolo del Sol bajado á la Tierra, y haber dado al instrumento de suplicio esta forma.

Esto es lo que resulta de los concienzudos trabajos exagéticos de los primeros sabios que se han ocupado del asunto. Así, es indudable ya que el Cristianismo primitivo no fué más que la última de las religiones solares, en que el dios hijo bajó á la Tierra á dar nueva vida á los mortales, derivando especialmente, segun todas las probabilidades, de la última evolución del culto de *Serapis* en Alejandría (12).

En cuanto al origen de sus teorías filosóficas y al de su moral, lo tenemos tratado extensamente en nuestra obra *La Muerte y el Diablo* para repetirlo aquí. Así es que en el presente estudio sólo trataremos de su influencia individual y sociológica, es decir de su espíritu.







II
EL ESPÍRITU CRISTIANO



omo hemos dicho en nuestra obra *La Muerte y el Diablo*, el Cristianismo es el resultado: de todas las decadencias de los Imperios asiáticos, con los absolutismos brutales de las religiones del Asia Menor, llegadas ya á la concepción del Dios hijo bajado á la Tierra; el de la decadencia de la Filosofía griega; el de la desesperación apocalíptica, y de la propaganda mesiánica del Pueblo hebreo; y por fin el de las supersticiones y tiranía política de los Romanos.

Juntas todas estas tendencias decadentes y antivitales dieron el resultado que hoy llamamos *Cristianismo*.

A no haber venido bajo esta forma, hubiera



venido bajo otra, Mitrismo, Orfeísmo, Adonismo, etc., etc. En virtud de las causas cósmicas reinantes (13) todo caía, y á la Humanidad se le declaró el deseo de anularse, como nna epidemia.

En todo se manifestó la voluntad de decaer. Véase cómo los mismos que resistían, si no eran decadentes, se batían únicamente á la defensiva.

Los Epicúreos, los más vitales, sólo tomaban el placer como un mero medio de amortiguar el dolor, de hacer llevadero el desastre de la existencia. Los Estoicos se refugiaban en su dignidad, é impasibles no les amedrentaba el peligro. Pero esto sólo eran actitudes dignas de ver las contrariedades de la vida.

Los Estoicos desdeñan la sociedad. Su ideal es una vida inmóvil, impasible, estancada, aislada, desnuda de todo adorno, sin expansión, ni relaciones cordiales con el mundo. Así llevan la vida digna, pero su dignidad es sólo una dignidad á la defensiva, una dignidad de resistencia. El Estoico vive comprimido y vive solo; para él todo lo demás ha muerto.

Su virtud viril no tiene más razón de ser que la necesidad de afirmarse y sostenerse contra el mundo. Se afirma él mismo; afirma su *yo*, pero enfrente del Universo al cual hay que resis-



tir y del cual juzgase diferente. Así la impasibilidad, el *nihil mirari,* viene á ser el fondo de la virtud romana.

Los Epicúreos, de origen griego, al contrario, más conformes con la realidad, con una concepción más exacta del Universo, piden una vida más positiva, quieren gozar de las cosas terrenales, pero sin afección por ellas, pues las consideran en sí mutables, y por tanto no hay que tenerles apego. «Todo placer es un bien,-dicen,- y todo dolor un mal.» Pero no siguen á Aristipo y sus discípulos, que hacían consistir el placer en el movimiento, en lá actividad, en la propia vida que se proyecta. Para los Epicúreos el fin real de la existencia consiste en la paz del alma y en la ausencia de dolor. Su dicha su prosperidad, *Hedoné*, no es más que el saber vivir de los Estoicos, más artificioso, más refinado, más inteligente, si se quiere. Como ellos, consideran al mundo también como contrario, no se ven suficientemente fuertes para dominarlo, y aconsejan el no resistir de frente. Su moral es una especie de escamoteo, de táctica astuta, una guerra en detalle y de emboscada, como la de guerrillas, en que, el mundo siendo el enemigo, es preciso engañarle para sacarle buen partido.



Los Sofistas, enseñando que la Inteligencia de por sí, sin la ayuda de la realidad, y aun en contra de ella, determina toda la verdad de las cosas; los Escépticos sentando que el mundo nada, absolutamente nada, de positivo puede enseñarnos, que todas las relaciones que con él tengamos no tienen realidad ni valor alguno, que las sensaciones no son origen de verdad alguna, y proclamando la Ataraxia, ó la indiferencia, enfrente de la Naturaleza los Cínicos proclamándola enfrente del sentimiento y vaciando el corazón de toda afección mundana; los Neoplatónicos, concibiendo la Creación como obra de la materia, y á ésta como el decaimiento de la esencia divina, del alejamiento de la Divinidad, formularon ya toda la teoría cristiana.

Habiendo creído en el Mundo y encontrándolo malo, los Grecocristianos se retiraron de él. «El dios Pan ha muerto,» dijeron, y todo su funcionalismo intelectual se dedicó á la disolución del Estado, para ellos símbolo y resultado de la suprema organización de la Naturaleza, y se refugiaron en el pensamiento puro de origen divino, en el Espíritu. Así renunciaron á todo, y proclamaron un nihilismo anarquista muy peor



que el moderno. Si no echaron bombas fué porque no las había, pero destruyeron templos, pegaron fuego á bibliotecas, incendiaron ciudades, *y la Res publica* y la familia fueron atacadas como vínculos materiales.

«El que me quiera, que lo abandone todo y que me siga», había dicho Jesús en los Evangelios. «No te entretengas ni á enterrar tu padre: deja los muertos que entierren sus muertos.» «La verdad es la vida del Espíritu:» Esto yá bastaba, esto era todo. He aquí la moral de los primitivos cristianos.

Hasta en la India el Budhismo, considerando la Vida como un mal, hacía *pendant* al Cristianismo de occidente.

El Mundo se venía abajo; lo más natural, lo más fácil, lo más cómodo, era decaer, como en una derrota en que todos huyen, que, el espanto siendo lo general, se propaga de una manera eléctrica. Hay quien tiembla por fuera, y son los más, y hay quien tiembla por dentro y son los menos (como decía el buen Enrique IV), y éstos son los héroes; pero todo el mundo temblaba y estaba aplanado.

Pues bien: ahora que ya todo esto pasó, como verdaderos positivistas vamos á hacer ver lo

inmoral que ha sido, después de haber pasado las causas y las razas que trajeron este movimiento decadente, el perpetuarlo, y lo irracional que es el obstinarse en que sea la ley de nuestra conducta, el origen de nuestras instituciones, la norma de nuestra conciencia.

No culpamos concretamente al cristianismo, pues fué un hecho fatal é ineludible, pero sí lo juzgaremos á la luz del criterio de la Vida y deduciremos todas las consecuencias de ello; y si culpa hay, que la hay, fué ella toda del golpe de Estado de Nicea, de la imposición que allí á la Humanidad se hizo, y de lo que, con insigne mala fe, se mutiló é inventó en beneficio del dogma, eternizando el clericalismo, con la organización positiva represiva y universalista del Imperio romano. La Iglesia primero, protegida por el, y luego substituyéndole, no fué más que la tiranía de las almas, como el Imperio lo fué de los cuerpos.

En cada movimiento, el que predomina es el que lo acentúa, el que más lo pronuncia en el sentido del propio movimiento; todo cae del lado á que se inclina. Entre fuertes, el más fuerte manda; entre nobles, el más noble; entre astutos, el más astuto, etc.; y éste da la norma.



Con la decadencia universal, los más decadentes fueron los primeros, y formularon la ley. Los que resistían eran condenados como enemigos. Así, en la conciencia de todos, asocióse la idea de *Bien* y la de *Verdad*, con la de lo que ayudaba al movimiento descendente de la Vida, y la de mal y de falsedad con la de lo que la apoyaba. Así se invirtió el orden natural de las cosas.

Dominando el Imperio romano y el Paganismo en todo el Mundo conocido entonces, la vida terrestre fué sinónima de continuación de ese Paganismo y de ese mismo Imperio, y como se encontró justo que aquello desapareciera, todo lo vital, todo lo que tendía á perpetuarlo fué tenido por criminal y réprobado. En cambio las grandes virtudes fueron la renunciación, la pobreza, la humildad, la obediencia, todo lo que era antivital, mortífero, todo lo que destruía la personalidad del individuo. Así se organizó una falsa visión moral del Universo, y se consagró con el nombre de *Reino de Dios* ó de *Salvación eterna*. Todas las evaluaciones de la Vida fueron cambiadas. Los mejores fueron los peores; los primeras, los últimos; los ignorantes, los humildes, los mansos, los enfermos, hé aquí el

tipo preponderante de la humana especie. Se proclamó como estado ideal la castidad, esto es, la esterilidad absoluta, el ayuno y la mortificación, es decir, el suicidio voluntario lento. En cambio, el vivir bien, el reproducirse, fué llamado gula, lujuria, vanidad etc.

Se inventó lo más horrible que inventarse pueda: la idea del *pecado*, y éste de origen.

El Hombre es criminal de origen, se dijo, sólo por ser concebido naturalmente!!! ¿Puede darse idea más cruelmente antihumana?

Luego imaginóse á Dios como un esbirro omnipresente, que todo lo escudriña y que se mete hasta en los rincones de la ropa sucia, encontrando manchas donde ni siquiera hay sombras; y se hizo á la propia conciencia cómplice de esa divinidad tan tiránica y bachillera.

Esto vino á ser la consagración de un nihilismo universal, usurpando la plaza á lo vital y á lo divino.

Declaróse una guerra feroz contra el tipo verdaderamente superior del Hombre antiguo. Todo lo que tendía á dar personalidad, á vigorizar el individuo, fué condenado. El réprobo fué el Hombre fuerte y digno, el Hombre que se desarrolla conforme á Naturaleza en su intelecto



y en su cuerpo. Llamóse al revès *fuerte* y *virtuoso*, no al que desenvuelve todas sus energias en un sentido superior intelectual, afectivo y orgánico, y que dirige por esta vía sus impulsos naturales, sino al que los resiste, los destruye, los anula y se macera y arruina así su vida acá en la Tierra, sometiendo su resto de personalidad ya borrada, á la autoridad de emanación celeste.

Pero esto no podía subsistir de una manera absoluta entre razas europeas, entre razas arias, predilectas de la acción y de la Vida, y vino el compromiso, ó sea la transacción. «El mundo actual desaparecerá,—se dijo,—pero será para venir el reino de Dios dentro de mil años, y entonces los que salgan de esta vida, gozarán de una vida superior en lo alto del Cielo.» No pudiendo suprimir el poderoso instinto de Vida, de nuestras razas, se le contentó con la moneda falsa de *otra Vida*, de ultratumba. «Abandonad lo presente, lo terrenal,—se exclamó por todas partes,— Mi reino no es de este mundo, ha dicho el Cristo. Dejad esta vida pasajera. Sed virtuosos renunciándolo todo, venciéndoos á vosotros mismos, que así obtendréis la Vida Eterna.» Así se proclamó la guerra contra uno mismo.

*

El Yo espiritual debía de matar al Yo terrenal, forzosamente. Y el Griego, el Latino, y el bárbaro Germánico ó Saxón, fueron contentados con esta perspectiva ilusoria; (14) y para que no se apercibieran de su falsedad, se les prohibió el pensar, como una herejía, y el observar, y el comunicarse con amor, con la Naturaleza, como un pecado que entrañaba la muerte del alma.

Luego este nihilismo universal, considerando el Hombre decaído de origen, proclamó *ipso-facto* una igualdad funesta; ningún valor terrenal, significó algo, algo que no fuera pecado. «Todos son iguales y nadie de por sí vale nada: sólo la virtud cristiana la renunciación es lo que salva.» He aquí la síntesis de este dogma, demoledor y enemigo de la Vida.

El Griego, que no era cruel, sino muy humano ó sea filántropo como se decía, introdujo la teoría del Amor en el Cristianismo, y delante de la condenación, de la seca Justicia judaica y de la crueldad romana, vino la compasión, la indulgencia, el perdón, á dulcificar las consecuencias de un dogma intolerable.

La suerte de Europa fué que la sangre joven de los bárbaros, viniendo á reforzar la raza instintivamente intelectual de los Griegos y Latinos,

produjo enseguida la herejía, y ésta creciendo, surgieron los nominalistas, los albigenses, los hermanos del Evangelio eterno, la resurrección de la antigüedad en el Renacimiento, el libre examen de las Escrituras con Lutero, etc., etc.

Desde los primeros esfuerzos de los nominalistas, que la Humanidad occidental lucha por descristianizarse. No seamos hipócritas, no obedezcamos á falsas conveniencias, hablemos franco y claro; hay que ayudar á la Humanidad en tal tarea, como habría habido que ayudarla a *desmitrizarse*, ó a *desadonizarse* si los mitos que hubiesen triunfado en la decadencia hubiesen sido el de Mitra ó el de Adonis. Hay que ayudar á todo lo que exalte en el Hombre el sentimiento de la propia energía; hay que apoyar la voluntad de potencia en todas sus manifestaciones de Vida; de vida orgánica, intelectual y afectiva. Hay que tener por malo, y por tanto combatirlo, todo lo que tienda á debilitar, á paralizar, á mortificar, á cohibir, á atenuar ó destruir la Vida (no á dirigirla). Hay que tender al placer, ó sea al bienestar, que es el resultado del engrandecimiento de la propia potencia, de la satisfacción adecuada de las propias necesidades, del aumento de Vida individual y colectiva.

Procurar enaltecer, en lo posible, á los caídos que tengan cualidades superiores, dar la mano para que suban á los bien dotados, apoyar á los genios, á los sobrehumanos, combatir á los decadentes, á los antivitales, á los mortificadores, á los niveladores, á los hipócritas, á los que tengan el vil espíritu de los esclavos ó la autoritaria tendencia irracional y despótica de los tiranos; romper todo lo que enfrene la evolución ascendente, los dogmas, los principios fijos, los absolutos, la verdad en sí, como causa de todo fanatismo y valla á la organización superior de este Planeta; hacer que la piedad y la compasión sean inútiles, que todos tiendan á la diferenciación creciente y á formar la Humanidad por convergencia; este ha de ser nuestro objetivo. La igualdad, que solo es Muerte y negación de valores, debe ceder la plaza á la acción y á la justipreciación de actividades; y que la especie Humana en su evolución vital progresiva produzca una especie superior, como toda especie lo ha hecho en la evolución orgánica. Esta especie superior ha tenido ya sus avanzadas, sus síntomas precursores. La Humanidad no es estéril. Ella prepara el reinado del Hijo del Hombre sobre la Tierra.



La tendencia cristiana, producida principalmente por las tendencias teológicas asiaticas, ha dado por resultado, apoyada en los poderes y en la rutina de las mayorias (es muy cómodo no pensar como hacen los del rebaño), una tendencia antivital decadente, teológica, que, ayudada por la razón, ha subsistido y ha dado lugar á la Metafísica, creando entidades vacías, tiranos espirituales que nos vienen dominando hasta en la forma moderna del pensamiento que ya se cree emancipado. En el fondo, la Verdad absoluta, la Virtud en sí, el Bien en sí, el Deber abstracto, los Derechos separados de la organización, la idea vacía que de la Libertad tienen la mayor parte de los políticos, son otras tantas falsas concepciones, hijas de este instinto religioso dogmático. Los mismos filósofos alemanes, que no proceden de las Ciencias de observación, no han hecho más que elocubrar sobre abstracciones de este género. Las leyes del Intelecto, los imperativos categóricos etc., etc., no son más que otros tantos hijos malsanos de este instinto teológico.

La mayor parte de las abstracciones promulgadas por la Revolución francesa, son sólo prolongaciones de la metafísica cristiana transfor-

madas, supervivencias, atavismos sacerdotales, fantasmas del pasado que reaparecen bajo formas modernas al removerse y hundirse todo el edificio político-religioso de los pasados siglos.

Una de las más funestas supervivencias de estas formas teológicas absolutistas asiáticas es la de la idea del Deber, ó sea de la Virtud imperativa en abstracto. El Deber ó la Virtud debe de ser particularista en su modalidad, debe de ser individual, debe salir del temperamento y constitución fisiológica de cada uno en relación con los demás, debe de poner freno á las pasiones, á las energías orgánicas del individuo, no para anularlas sino para conducirlas, en carrera más ó menos rápida, á los fines superiores de su organización natural. Es como un jinete que debe de montar su caballo y con las riendas y el bocado ser dueño de él para ir allá donde quiera; no ahogarlo con las correas, atarlo y aun matarlo para quedarse desmontado.

Pues bien, el Deber abstracto é imperativo, como el mandato de un dios, la Virtud que no es fuerza, ni energía propia, sino abstracción, renunciación pura, son una tiranía, arruinan

y degeneran las sociedades y los Hombres. Son un vestido estrecho y duro que se aplica á cada uno, y que, mientras á unos les viene bien á los demás les estruja. Su resultado es el sacrificio de lo más noble que tiene el Hombre, su energía evolutiva, en aras de un dios abstracto más cruel que los dioses del Asia, que exigían sólo el sacrificio de los primogénitos de la sangre. Este exige más que ellos, pues impone el sacrificio de los mejores.

Todo deber debe estar cumplido sin pena, y acomodarse á la propia directriz del individuo. Todo acto que indique un sufrimiento, una constricción, es inmoral y antihumano. La Virtud debe de resultar de la propia fuerza, como el trabajo debe de ser adecuado á las tendencias y facultades de cada cual, y, por lo tanto, un goce, y no un sufrimiento como de castigo divino; y lo mismo que decimos de la *Virtud* y del *Deber* podremos decir de los *Derechos*, de esos derechos abstractos proclamados por los demócratas, de esa *Libertad* que no está fundada en la energía vital, y que consagra actos monstruosos, antivitales, por la adoración de una palabra vacía.

Hasta que la Virtud, el Derecho, el Deber, la

Libertad no se funden, ó no se vea que no son más que modos de la Vida, de esa energía interna que tiende á proyectarse, á sobrepujarse, á desdoblarse cons:antemente; de ese instinto de crecimiento, de acumulación, de superiorización, de proyección; de esta fuerza que siendo egoísmo es *tuísmo* ó altruísmo en su plenitud fecunda; hasta que esto no se considere así, las naciones no habrán hecho más que suprimir unos dioses tiránicos para crear otros.

Hasta los naturalistas que han querido sentar un *en sí* de la Naturaleza han sido teólogos, (hablamos de los *Materialistas*). Al querer dar por sentado la existencia de la materia como *substractum* de la fuerza, reconociendo lo vacío del espíritu en sí, cayeron en otro concepto teológico (15).

Así todos los filósofos que no proceden de las Ciencias naturales, de la observación, de la experimentación, de la serie, de la inducción, etcétera, etc., son la continuación del sacerdote, son teólogos disfrazados. Hoy lo que ha triunfado ha sido el método positivo. La observación, la experimentación, la serie, la inducción: hé aquí el camino. Roger Bacon y sus descendientes: hé aquí los grandes libertadores. Litré,

Comte, Darwin, Claude Bernard: estos han abierto la vía de emancipación. Gracias al último, hemos podido formular nuestro criterio y basar el Derecho, y la Libertad, en la evolución de la Vida.

Si la especulación pagana se perdió, fué por falta de método. Los Eleatas lo vislumbraron; pero pronto el mero especular sobre fundamentos puramente intuitivos, el exceso de raciocinar en el vacío, dió lugar á las concepcianes de Platón y Sócrates y preparó la decadencia. La Razón funcionando sóla produjo el triunfo de la Fe, como luego funcionando sobre el dogma produjo la incredulidad, y la ruina de la Fe misma.

Desde el fondo de la Edad Media que el Cristianismo viene descomponiéndose. Diremos más: como nada puede permanecer estático, una vez fijado en Nícea, ya empezó su descomposición. No sólo la herejía de Arrio, sino la teoría activa de Pelagio enfrente de la decadente y arbitraria de San Agustín, marcaron la tendencia. De un lado descomposiciones metafísicas; de otro lado, la personalidad humana fuerte y progresiva, de las razas indo-germánicas reivindicando sus derechos. La Naturaleza no podía tolerar, que se le hubiera extraído el

espíritu, y que se la echara á la ignominia como un *caput mortuum*.

Toda la Edad Media, la Iglesia tiene que luchar con las tendencias lógicas, ó sean puramente espirituales, de sus mismos dogmas; y contra los ataques de los que impulsa el vigor de la propia naturaleza y reivindican la personalidad humana en esta Vida, acá en la Tierra.

En la época moderna, y á partir del Renacimiento y de la Reforma, las primeras, las tendencias á purificar el dogma, á espiritualizarlo, pueden reasumirse en el Protestantismo. Las otras, ó sea las que reivindican la Naturaleza y la personalidad humana, producen el Humanismo, y la Fliosofía que se deriva de las ciencias Físico-naturales.

Y aquí hay que hacer notar una cosa que parecerá una paradoja á los liberales y librepensadores.

El Protestantismo no hizo más que retrasar enormemente la emancipación de la inteligencia y de la conciencia humana con la célebre proclamación del Libre examen: de él nos viene la perpetuación de toda esa ontología vacía y falsa en que se basa toda la Democracia y el Liberalismo moderno.



El Humanismo, en el Renacimiento, representaba la resurrección de la antigüedad, el amor á lo que amaron los Paganos, la supervivencia del Hombre considerado como en Grecia y en Roma, la Belleza como suprema expresión de la Vida. Y el Humanismo, que para los superficiales parecía sólo una buena tendencia literaria, el estudio del Latin y del Griego, y, por lo tanto el cultivo de dos lenguas empleadas por el Cristianismo, invadió las Universidades, y con estas lenguas de fuego venidas de su origen, infiltró en los eruditos el alma Griega y Romana, alma heroica y mundanal, antítesis del alma espiritual triste del Cristianismo.

¿Cómo se condujo el Catolicismo, ó sea el Papado, con el Humanismo?

Reducida ya el Catolicismo á categoría de cosa admitida é inviolable; practicado, ya casi por fórmulas de las que se había evaporado el sentido; reducido en los mejores á un sentimiento del corazón, á un espíritu de caridad y de amor al prójimo; el Papado no juzgó al Humanismo peligroso; al contrario, encontrólo una diversión erudita. Y aunque entrañara virtudes é ideas opuestas, se dijo que no importaban las divagaciones literarias de la mente humana

con tal de que se cumpliera con el culto y de que el corazón se conservara cristiano. Si Lutero no va á Roma, y, como un bárbaro rústico que era, no se escandaliza, en dos siglos más, el mismo Papado cerraba la era cristiana. Lutero vino á interpretar libremente la Biblia cuando Herasmo y Ulrico de Hutten ya habían interpretado libremente la Humanidad.

Pero la Reforma encendió la guerra, y al Papado le fué preciso extremarse para defender su campo. Y el Catolicismo, ya medio pagano y riente, volvióse cruel y triste.

A Lutero opúsose Ignacio de Loyola, el espíritu más duro, más estrecho y más antivital que se haya conocido; y, con la ayuda de un Felipe II, la Inquisición persiguió toda emancipación del Dogma, viniese de donde viniese, y Europa tuvo ya por tres siglos más de atraso.

A más, el Protestantismo, así, ya fué un mal tremendo; con su espíritu purificador y duro, con su estrechez casi islamita (pues Lutero sólo había leído un libro: la Biblia, como el islamita no tiene más que uno el Korán), separó el Intelecto humano del Arte y de la Ciencia de la Naturaleza. La actividad psíquica del Hombre tuvo un gran lenitivo; el *libre examen*. Ya

todo, todo lo podía interpretar, pero solo todo lo que era Biblia y dogma.

¿Qué resultó? Que los dogmas evolucionaron, pero sin salirse de su molde teológico y antinatural, y que hasta los pensadores más geniales que más tarde, procediendo del Protestantismo, se salieron de él á fuerza de pensar, entrando en el racionalismo, no hicieron más que llenar el mundo de vaciedades antológicas, de principios, que en el fondo aun eran teológicos, como algunos de los que proclamó la Revolución francesa, y que hemos combatido. Todo el movimiento idealista alemán de principios de siglo, Kant inclusive, no es más que esto. Y ahora tenemos que debatirnos para desvanecer esas concepciones tiránicas que pasan por humanitarias.

Es claro que hubo progreso con el libre examen; pero, primero por oposición, ya produjo un retroceso enorme en todos los países católicos, pues la Iglesia para defenderse apretó los tornillos y evitó toda manifestación que no fuera literalmente ortodoxa. Llegando el progreso humano por los Protestantes, salió desviado; á fuerza de pensar y de examinar sobre el dogma, se salieron del dogma, sí, pero fué para

crear otras premisas tan dogmáticas como las que habían destruído. Véase, si no, Kant con su *imperativo categórico,* su *razón práctica,* y su odio á la expansión, al placer y hasta al genio.

De los Protestantes proceden esos *Deberes* abstractos, que tienen aún toda la dureza del molde teológico vacío en que fueron concebidos; esa *Virtud* abstracta que siempre está pidiendo el sacrificio de las energías humanas, esa *Igualdad,* que no es más que la igual nulidad de todos los Hombres ante el Dios Judaico de la Biblia, y por tanto de los teólogos, etc., etc.

En cambio, ¿qué ha sucedido con el catolicismo? Prohibiendo el pensar, el discernir, el tener opinión propia sobre el Dogma, ha hecho que la razón humana, que no puede estarse quieta, se ejerciera sobre la Naturaleza. Las profesiones de médico, de farmacéutico, de ingeniero, de artillero, etc., etc., exigían el cultivo de las cosas de la Naturaleza y el estudio de las relaciones universalmente humanas, y en este campo la razón ejercióse no sobre entidades vacías dogmáticas, tomando la forma negativa destructora, sino sobre realidades fenomenales, tomando una forma positiva, relativista ó determinista. Nada de abstracciones:



determinación movimientos, de relaciones, de series; sólo direcciones fenomenales, etc., etc.

Cuando la Iglesia se apercibió de que esto le minaba el edificio, ya era tarde. La Filosofía de las Ciencias físico-naturales había empezado por la Tierra. Los fundamentos del dogma estaban destruidos y se venía abajo en las conciencias sin dejar como residuo ni las formas que dejara el protestantismo. De la Tierra la Naturaleza hacía brotar las formas reales de la vida con la Ciencia y con el Arte, que nada tenían que ver con las formas racionales puras de los metafísicos protestantes.

Así del estudio creciente de los fenómenos se ha visto que no podemos saber su *en sí*, ni de dónde en último término proceden, que siendo nosotros limitados siempre habrá un más allá, que no podemos comprender, el cual, aunque vaya retrocediendo, cada vez comparece más alto y más infranqueable. De ahí que partiendo del hecho y de su observación adecuada, los filósofos de los países católicos han sido positivos: tales Augusto Comte, Littré, Claudio Bernard, etc., etc. Esta Filosofía ha dado vitales frutos pues ha sido directa sobre los resultados del estudio de la Naturaleza.

La protestante, todo lo contrario, ha sido una especulación de segunda mano, pues ha especulado sobre los textos sagrados, los cuales, en último término, eran sólo especulaciones primitivas, no metódicas, sobre la Naturaleza, bajo hipótesis sobrenaturalistas. Así sus productos han venido marcados con este carácter absoluto, autoritario y vacío, tal vez más que los que procedían directamente del dogma. La Filosofía alemana moderna ha venido corrompida por la sangre teológica que circulaba por sus venas.

En honor á la verdad hemos de hacer una aclaración. Esto no ha sido en absoluto. En las naciones oficialmente protestantes ha habido hombres que se han dedicado á las Ciencias físico-naturales que han inducido las grandes leyes de la Naturaleza; pero en sus países respectivos eran mirados con desdén por los filósofos de la razón pura. Inglaterra, con su espíritu práctico es la que ha dado más genios que se hayan dedicado á las Ciencias y que, introduciendo en las teorías políticas y morales el método inductivo de las naturales, las han hecho adelantar enormemente. Ella nos ha dado Darwin y Spencer, Tyndall y Lyell, Stuart Mill y Buckle y hasta

los mismos Carlyle y Ruskin en sus especulaciones idealistas se conforman en un todo con las leyes naturales, y su Dios, viene á ser sólo esa energía total incomprensible, que se revela en los espacios siderales,como en el cerebro de los Hombres sobrehumanos. Y lo que decimos de Inglaterra podemos decirlo de los Estados Unidos respecto á Draper y á Emerson.

Otra observación personal que haremos aquí sobre la acción antivital del protestantismo. Hemos notado, en nuestros viajes, en general, que el Arte, sobre todo el arte plástico, pintura y escultura, florece más en los países católicos que en los protestantes. El Catolicismo, habiéndose vuelto pagano en el Renacimiento protegió el Arte, sin ver que esta Belleza, expresión suprema de la Vida, era esencialmente anticristiana. El Protestantismo, más lógico, más inflexible y más puritano, fué iconoclasta. Refugiándose en el espíritu puro, rechazó las representaciones de la Naturaleza en lo afectivo, como el estudio de la fenomenalidad en lo científico. Y edificó iglesias desnudas. Si no, véase como Italia, Francia, España, países artísticos, son católicos. Inglaterra, Prusia, Suecia, Noruega, Dinamarca, son protestantes, y como es consi-

siguiente el arte plástico no ha brillado en ellos.

En los países mixtos, como Alemania y Suiza, puede verse lo mismo. Baviera, país católico, es sumamente artístico: Lo mismo Colonia y otras ciudades renanas; y lo contrario puede decirse, en tesis general, de las comarcas protestantes. En Suiza pasa algo de lo mismo. Lucerna es un cantón católico.

No es que queramos excusar al Catolicismo. En principio fué peor que el Protestantismo, pero por su misma represión extremada hizo que la razón, no ejerciéndose sobre el dogma, se ejerciera sobre la Naturaleza é indujera sus leyes. Fué beneficioso porque, siendo un Cristianismo antirracional, provocó el anticristianismo; mientras que el Protestantismo, uniendo la razón al dogma, atenuó á éste é hizo que aquélla funcionara *in vacuo*. Además, produjo la sequedad del alma, á fuerza de virtud cristiana y de moral abstracta, en su prurito de purificar el espíritu. Si no, véase la frialdad y dureza puritanas en Inglaterra, y la crueldad calvinista en Suiza y Alemania. Al fin y al cabo Calvino quemó á Servet en Ginebra por investigar é inducir directamente de la Naturaleza y

no aprisionar su razón dentro las afirmaciones del dogma.



El Cristianismo ha sido un efecto de decadencia, un resultado de la descomposición de las civilizaciones antiguas, un producto de ciertas condiciones poco favorables á la Vida, pero como un producto de convergencia que era, llevó en sí los restos de la Civilización griega, y de ahí el que haya tenido algo que lo haya hecho aceptable. ¿Qué fué este algo? El *Amor.*

No nos metamos ahora á discutir, para los efectos prácticos, la existencia real del Jesús evangélico: veamos sólo el Jesu-Cristo de la leyenda canónica.

El Dios único fué concebido, no como una sublimación de la Naturaleza, una Supernatura, sino en oposición á ella, la cual era su desecho ó su residuo. Así todo lo natural fué aborrecible. Su hijo, al bajar á la Tierra, lo hizo por su inmenso amor al Hombre, que tenía una partícula divina, *el Espíritu,* y fué para salvarle

éste, no su cuerpo, y esto arrostrando el sufrimiento, el martirio. Este es el símbolo evangélico tal como nos comparece después de Nicea. Pero, aunque la leyenda católica sea de confección judaica, como se sirvieron entre otros, de materiales greco-alejandrinos, lo cierto es que lo único de humano que se encuentra en Jesús es el Amor, la *filantropía*, lo cual es de origen griego. Los mismos judíos que contribuyeron en el primer siglo á la tendencia cristiana filantrópica, los *esenios* y los *terapeutas*, eran judíos helenizantes. En el Antiguo testamento nada se ve de análogo. Jehová es cruel, duro y vengativo. Este *sursum corda*, esta elevación del corazón, esta corriente de simpatía universal que le vino de Grecia, fué la que hizo aceptable el Cristianismo ante la desgracia universal y ante la dureza romana.

Y aquí hemos de hacer una observación, y es que la tal dureza romana ha sido horriblemente exagerada por los Cristianos. Los tormentos de los mártires han sido bordados y recargados en la Edad media. Precisamente los Césares, que la Iglesia dice que fueron sus perseguidores, eran los más humanos y los mejores. Trajano, Diocleciano, Vespasiano, Marco

Aurelio y todos los antoninos fueron Emperadores buenos y justos. En cambio los que apoyaron los Cristianos eran Africanos ó Asiáticos, crueles y supersticiosos. Juliano, que era Griego y filósofo, reaccionó contra el Cristianismo ya establecido y por esto le llaman *el Apóstata*.

Los castigos que imponían á los Cristianos eran los mismos que imponían á los demás ciudadanos que faltaban á las leyes; y se les imponían como delincuentes, no como cristianos. Sabido es lo que éstos hacían, entrando á saco en los templos paganos, derribando los aras, rompiendo las estatuas, apaleando á los que allí se hallaban y pegando fuego á los edificios. El Cristianismo nació ya destructor é intolerante. Una sed de martirio, un delirio de sufrir, una voluptuosidad de tormento, se apoderó de ellos cual epidemia contagiosa, y ellos mismos provocaban para que se les castigara, hasta en los casos en que los Césares ó sus funcionarios rehusaban hacerlo.

Pero volvamos á su elemento Amor, elemento esencialmente helénico. Este fué el que hizo aceptable, esta religión nihilista, á las masas heterogéneas del Imperio romano. Éstas, compuestas, en su mayor parte, de orientales, de

africanos, de libertos, de gentes que habían estado siempre sujetas á las disciplinas duras, á las religiones sanguinarias de los Imperios orientales; gentes inferiores que si bien, reconocidas por la ley romana, eran miradas con desdén por los patricios verdaderos que, con razón, se consideraban de una superior raza; éstos aceptaron en seguida la *Buena nueva* de un Dios de Amor que les declaraba á todos iguales.

Eran esclavos, débiles, ignorantes, gente que sufría y que no podía aguantar el sufrimiento, y pedían á voces un *Salvador*, alguien que sufriera por ellos.

El Hombre fuerte no teme el sufrimiento: tiene un gran caudal de energías, una suma de resistencia que le hace sobrellevar el dolor con heroísmo; á veces aun le sirve de aguijón para marchar adelante. El débil, al contrario, se espanta, y pide protección, compasión, misericordia, salvación, amor, porque ante el dolor se siente perdido. Así la preponderancia de la sensibilidad dolorida, del sentimiento de pena, fué lo que dió el triunfo á esta religión que se titulaba de Amor universal. Y Jesús llegó á ser un Dios cosmopolita, pero de las masas inferiores; el dios de los débiles, de los enfermos,



de los locos, de los pecadores, de los criminales, de los siervos, de los esclavos, de los inútiles, de los perezosos, de los insignificantes; en una palabra, el dios de la plebe.

Desde aquí los instintos de los sometidos, las aspiraciones decadentes, los odios de los oprimidos; todo esto fermenta y sube á la superficie. La higiene, la salud, la Belleza, el pensar, son desechados, y se van á fondo. El tipo humano desciende al grado más inferior de la especie. El pensamiento de por sí ya es declarado culpable. La *opinión* (heresis) por sí sola ya es un crimen.

La crueldad se manifiesta primero siéndose cruel para consigo mismo y luego para con los demás. Así se persigue á muerte á los disidentes, se atormenta á los que no son ortodoxos, se destruye todo lo que sea símbolo de Vida y de Naturaleza. Aquellos cristianos como habían sufrido, querían hacer sufrir á los que alcanzaban algún goce, aunque éste fuera sólo del Intelecto puro.

Es una muy mala escuela la del martirio. Los mártires fácilmente se vuelven martirizadores. Se necesita ser muy Héroe para sufrir y no hace sufrir á los otros. La sangre mancha

muchas causas. Es preciso no temer el sufrimiento, pero no buscarlo. El sacrificio indispensable diviniza, pero como institución es funestísimo. El derramar su sangre no es prueba de verdad alguna; por las causas más funestas se ha derramado voluntariamente. Los Civaitas de la India se hunden puñales en las carnes; los fanáticos del Islam se hacen destruir á millares. Lo mismo los que se hacen matar que los que matan, por este solo hecho, nada tienen que ver con la Verdad y la Vida.

Pero la sangre es un medio de dominar, lo mismo derramando la propia que la de los que se quiera que sean dominados. Por lo primero se excita la compasión, y por lo segundo se rebaja la resistencia.

Cuando vinieron los Bárbaros, enérgicos, fuertes, pero salvajes, que no eran el hombre decadente, agotado, de los países greco-latinos, sino el hombre por desarrollar, con todas sus grandes energías latentes; entonces el Cristianismo se esforzó en convertirlos al tipo decaído del esclavo; en no dejarles pensar, en inculcarles la sumisión, la obediencia, la abstinencia, los ayunos, y las guerras de religión: las Cruzadas. La Fe fué el arma más potente

para dominar aquel torrente de energías salvajes, ayudada por la sangría de las guerras santas y por la extenuación de los ayunos. Gracias á los *Infieles* (!) de Oriente, y á los de España, la fuerza de las sangres Germánica y Céltica tuvo un derivativo, una atenuación permanente. La Fiera podía satisfacer sus instintos de lucha y quedaba mermada por las heridas.

El Amor sostenía la Fe. Se le hizo converger al tipo ideal del Cristo, ideal de sufrimiento, de maceración, de angustia, de pena. Para hacerles comprender la nueva Divinidad á los Bárbaros, se empezó por enternecerles clavando al Hombre en una Cruz. Así se logró que las fuertes razas Arias, no decadentes, adoraran un dios Judaico.

Para que el Amor fuese posible, Dios debía de ser personal, y además joven y desgraciado: esto ayudaba mucho. Los cultos de Sabas, Attis, Adonis y Dionissos habían preparado el terreno. Las mujeres estaban ya enternecidas, éstas comunicaron esta tendencia á los hombres. Para éstos, en especial para los jóvenes, se inventó el culto de la Virgen. La madre del Dios hijo, muerto mártir, la mujer angustiada, movió á compasión á los más duros. La castidad,

comprimiendo el deseo no satisfecho, acrecentó el amor, y el cerebro fué preso de exaltación y de delirios. El Amor agranda los objetos de la adoración; la pasión los desfigura y los diviniza. Así todo se soportó; todo sufrimiento pareció llevadero. El Bárbaro estaba ya dominado.

La teoría del Amor del Cristianismo comparece en primera línea en los padres griegos. Discípulos de Platón, ó de los neoplatínicos, todos daban una importancia tal á este elemento, que lo consideraban como la manifestación más genuina de la divinidad misma. Para ellos Dios era Amor y Sabiduría. La Fe era una cosa muy subordinada. Extendían tanto el Amor que lo consideraban como universal en la Creación, y lo predicaban como la esencia del Verbo, el cual era *presidens generationem*. «El Amor da la Vida, el Amor creó los Cielos.» «El Amor es la esencia del Santo Espíritu». Estos eran los conceptos más comunes entre los padres de Alejandría. El *Reino de los Cielos* era para ellos amor puro, un estado del corazón, una intensa simpatía y una benevolencia universal; no algo que estuviera encima ó fuera de la Tierra y que viniera después de la muerte. El Amor que ellos



concebían no era ese amor triste y lánguido, ese amor de ultratumba de los católicos, que llevaba á mortificar, á atormentar y aun á quemar á los Hombres para salvarles el alma: no. En ellos la Justicia de ultratumba no había aún falsificado el concepto de la Vida. Su Amor no era tampoco ese amor compuesto de misericordia, de piedad y de sufrimiento; ese amor casto y estéril de los místicos de la Edad media; no era tampoco el amor, pura fórmula evangélica que á todo se aplica sólo de palabra como un cliché, que han usado los protestantes. Su amor, más que un concepto, era un sentimiento intenso de plenitud del corazón, eso que produce la Vida, que impulsa á fundirse los unos en los otros; el que engendra los seres y renueva la faz de la Tierra; la mejor expresión del Dios Ser, del *Agathos Teleios,* del Bueno infinito.

Y el Cristo impersonal entonces en los misterios cristianos era explicado en una de sus manifestaciones principales como símbolo de la cópula, como el ser perfecto, unión de los dos sexos *Mite arren mite thilu*, ni hombre ni mujer, ó bien macho y hembra á un tiempo *Arseno thilu*, pues suponían que la Divinidad

bajaba sólo á la Tierra (Xristos) por la inteligencia para producir el *Logos*, ó por la unión de los sexos para producir el hijo, siendo así siempre Vida, vida espiritual ó vida orgánica.

La idea del Amor, los primitivos Greco-cristianos la entendían de una manera tan lata que dió lugar á su *Filantropía* y, lo que es más, al amor á todo lo creado. Hasta este amor se hizo extensivo al angel caído, y se tuvo compasión de Satán, y se dijo que Dios le perdonaría al final de los tiempos y que volvería á la patria celeste, de donde procedía, redimido por el Amor divino.

Así de todos los documentos de esta época se desprende que en general los primitivos cristianos helénicos eran buenos; tenían una simpatía universal por todo lo que tenía Vída; querían aliviar á todo el que sufría; querían disminuir el sufrimiento sobre la Tierra. Nada de muerte, ni de castigos, ni de Justicia eterna... no condenaban nada: eso eran bárbaras ideas Judaicas. En lugar de eso, se proclamó el sufrimiento y se le hizo la ley de la moral humana.

Pero los Judeo-cristianos, de espíritu seco y duro, proclamaron el Ascetismo, y con él el



amor estéril, el amor casto para allá en el Cielo: nada de amor terrenal y humano. La familia y la generación, su resultado, fueron considerados como estados imperfectos, y bajo esta tendencia antivital fué cómo predominó el Amor en la Iglesia en la Edad Media.

Los primeros que resucitaron la antigua tendencia fueron los Provenzales y Catalanes con sus *Cortes de Amor*, con sus trovadores, sus Juegos Florales, y con las teorías practicadas por los Albigenses. Luego el Amor, en un sentido altamente humano, hizo su aparición heterodoxa en Italia con los hermanos del Evangelio Eternal, proclamando que la Edad del Padre fué la de la Creación, la del Antiguo Testamento; la del Hijo, la del sufrimiento, del martirio, del Ascetismo, que correspondía á los cuatro Evangelios eclesiásticos; y dijeron: «¡Ha llegado la hora de que reine el Santo Espíritu, y con él el gozo y la Vida sobre la Tierra! ¡El Evangelio es Eternal, esta es la Buena Nueva que aquél nos dicta!»

Con tales teorías Joaquín de Flora y después Fra Salimbene, Juan de Parma, Guillermo del Santo Amor, y otros, conmovieron la Italia, mientras San Francisco, comprendiendo el

Amor en un sentido universal de Vida, y sintiéndolo por todo lo creado, lo predicaba y ejercía al par que para con los Hombres, con los animales y con las plantas.

¡San Francisco! Este es el Hombre real y verdadero que más haya amado: en él se concentra todo el Amor de los alejandrinos y todo el que puede inspirar Naturaleza. Para él, todo lo que vivía, todo lo que palpitaba, era digno de solicitud y de cuidado; era un espíritu panteísta, adorador de la Vida, en la cual él veía el espíritu de Dios sobre la Tierra. Como los Budhas perfectos, no se nutría de nada que significara la muerte de ser alguno; predicaba á los cazadores que la caza era un pecado; y cuando salían á cazar los arqueros del Papa, ó de algún personaje, les pagaba la jornada el doble que su señor para que no hicieran daño á los corzos, á los ciervos, á las liebres, á las aves que volaban por el aire, y que alegres y felices entonaban agradecidas himnos de Amor al Dios de los Cielos que les había concedido la hermosura de la Vida. Hasta los peces eran objeto de su Amor inmenso. No podía ver que los pescaran, y cerca la playa les llamaba ¡*hermanos míos*¡ y les dirigía amables discursos contándoles cuánta era la



bondad de Dios que les había hecho libres en el líquido elemento. Y cuenta la leyenda que las aves se paraban en los árboles para verle pasar y saludarle con sus trinos, y que los peces se acercaban á la orilla y asomaban su cabeza fuera de las aguas para oir su dulce palabra.

Si un Papa inteligente y magnánimo no acoge su amoroso panteísmo y lo consagra, en vez de perseguirle y declararle hereje, Francisco de Asís se hubiera llevado tras de sí á toda la Humanidad occidental fuera de la Iglesia.

El Amor, con la exaltación de la Belleza humana, fué el inspirador del Arte en el Renacimiento. La misma Reforma, austera y puritana, no ya Lutero, ni Calvino, ni el mismo Knox, se atrevieron á quitarle su carácter vital y humano, y á devolverle el carácter tristemente ascético que le habían dado los Católicos de principios de la Edad Media. Al contrario, atenuándolo ligeramente, se sirvieron de él para propagar su Reforma; y Lutero se casó con una Abadesa y se permitió á todos los sacerdotes que tuvieran mujer propia.

Ahora bien: nosotros sostenemos que el Cristianismo desaparecerá ó será relegado á los pueblos semisalvajes. Y es justo que desaparez-

ca, pues en su formación, y en su evolución, histórica desde Nicea hasta la fecha, ha sido sólo una religión depresiva, antihumana, antivital, perpetuadora de la pobreza de ánimo y de cuerpo, enemiga jurada de la Ciencia y de toda expansión verdaderamente humana. El Cristianismo observante sólo ha producido naturalezas enfermas y almas de esclavo. Ha de desaparecer su teogonía judaica, ha de desaparecer su disciplina romana, su moral mortificadora, su teología y su metafísica: todo, todo está condenado á morir delante de la nueva era vital y superhumana en que va á entrar el siglo xx. Todo se irá, excepto una cosa, el Amor, el Amor que es resultado de la plenitud de la Vida, el Amor que es en el Hombre lo que en los astros la gravitación, en la Química la afinidad, en la Física la atracción; el Amor, que es el desdoble del ser, la extensión de la Vida misma; ese Amor que el Cristianismo romano ha hecho imposible con su excisión de cuerpo y alma, de Tierra y Cielo, de Dios y Naturaleza, proclamándolo para otra vida, y condenándolo en la presente, en cuanto no se sujetara á sus reglas y á sus prescripciones.

Al individuo, la propia organización, la ple-



nitud de su egoísmo, le obliga al Amor transformándose en *altruismo*. Y, en el terreno de la especulación, el individuo no se completa, ni desarrolla su intelecto, sin el *tuísmo,* como sentó Fenerbach, es, decir, sin otro individuo al menos con quien controvertir ó comparar sus concepciones. Así como la Creación material proviene de la unión de dos cuerpos, la espiritual proviene de la de dos ó más inteligencias. Si no existiera el *tú*, el *yo* no se reconocería.

No hay duda alguna que el altruísmo tiene su origen en el instinto de generación. El egoísmo más rudimentario acrecienta el individuo por la nutrición: así conserva y da fuerza á la vida individüal, la plenitud de ésta tiende al desdoble, y aparece el Amor, forma sublime del altruísmo. Si esto lo llevamos al terreno de la inteligencia, será el *tuísmo*, es decir, la expansión, cambio é irradiación de ideas. El egoísmo, el individualismo, no es distinto del altruísmo ni del tuismo: estos son sólo su prolongación, debida á su crecimiento: es, en una palabra, el producto de la expansión de la Vida.

No es que queramos asignar un fin á la Vida; no es que queramos imponer el Amor como un

restó de dogma teológico ó como un deber imperativo, no: sólo hacemos constar una ley y afirmamos que es el resultado del crecimiento de la Vida, el provocador de la Belleza, la más fundamental de las leyes sobre la Tierra, lo que ha caracterizado todas las altas Civilizaciones humanas, habiendo hecho posible hasta el movimiento cristiano, antivital en sí y antinatura. Esto es lo que quedará de él, y la Humanidad le estará reconocida al Cristianismo helénico por haberle salvado del naufragio del Mundo antiguo y por haberle servido de vehículo á través de la enorme decadencia del bajo Imperio y de la Edad media, transmitiendole, hasta las edades nuevas, el Amor como estado superior del corazón humano.





NOTAS

(1) Este estudio fué enviado á *El Liberal,* de Madrid, en forma de artículos. El primero salió el 28 de Marzo de 1887. Á los pocos días recibí una atenta carta del que era director entonces, diciéndome que no podía continuar publicando estos estudios pues le producían bajas en la suscripción. Y hay que advertir que hacíamos preceder estos ensayos de una nota en que decíamos que nuestro objeto era sólo el dar á conocer los últimos resultados de la Ciencia exagética. ¡Qué atraso el de la pobre España!

(2) *Evangelion,* en griego, significa *Buena nueva.*

(3) Otros Judeo-cristianos pretendieron que significara *el Ungido,* esto es, el Rey, ya que el Mesianismo era su reino.

(4) Véase la importante obra del Dr. Gabriel Mortillet *Le Signe de la Croix avant le Christianisme* (Paris: Reinwald, éditeur). Puede consultarse también la obra de Malvert *Science et Religion* («Société d'éditions Scientifiques», Paris), y el trabajo del Dr. Phené *Prehistoric customs* (Londres).

La cruz con las cuatro aspas iguales, encuéntrase ya en los monumentos del *período de la piedra pulimentada.* Hállase en un sepulcro de esta época en Brizé (Maine et Loire, Francia), y en estaciones lacustres del lago del Bourget; y vese grabada en hueco en varios vasos de barro, tal cual la que figuró, millones de años después, en las monedas cristianas de Louis d'Outremer, en 940.

(5) En el Museo de Parma puede verse una vasija de barro de la edad del Bronce, procedente de los te-

que se designa la *cruz suplicio* en el Nuevo Testamento, significa *poste;* y el mismo sentido tiene en Tito Livio la palabra *Crux.* El nombre hebraico que designa la cruz significa literalmente *madero.*

(9) Confundióse ya desde muy antiguo *agnus* con *ignis*, y el fuego *agni*, entre los Arios, fué representado por un cordero; y como éste es un animal que se inmolaba, de aquí lo de que *agnus* significara *víctima.*

Esta es la figura más primitiva del Cristo. Luego ya se pone un joven con un cordero, y por fin el joven con la cruz. El cordero sale de la confusión de *agnus* con *ignis.*

(10) En ninguna pintura de las Catacumbas existe imagen alguna de la Pasión. Sólo en los sepulcros de los Santos Julio y Valentín, que son del siglo VIII, se encuentra el primer crucifijo, y aun muy distinto de los actuales.

(11) Mr. Malvert.

(12) Véase Ganeval, *Jesús n'a jamais existé devant l'Histoire,*

(13 Véase el estudio anterior, *El Ascetismo en la Tebaida.*

(14) La perspectiva de una inmortalidad de ultratumba, *La Jerusalén celeste,* y en consecuencia el milenarismo fué lo que sostuvo la fe cristiana, entre latinos y germanos.

(15) Como probaremos en otro estudio, la Materia es un concepto puramente teológico ,que proviene de la escisión que hicieron en cuerpo y alma, Naturaleza y Dios, Espíritu y Materia, etc., y veremos como los primeros científicos al negar el espíritu en sí, reconocieron ese substractivo metafísico esa substancialización de las energías naturales.



EN EL PRIMER 1.° DE MAYO

Barcelona
1891

de San Pedro fué el solio de otro Imperio universal, y la Jerusalem celeste tan deseada no bajó del Cielo, ni vino el fin del mundo, ni el final juicio del Eterno, ni bajó Dios á recoger sus elegidos, y la igualdad y la mansedumbre pasaron á ser una pura fórmula retórica. Y vinieron los Bárbaros del Norte y dieron fin á todo.

Análoga ó casi análoga época es la que, al parecer, atravesamos á fines del siglo XX. En lo mejor de las contiendas entre monárquicos y republicanos, liberales y absolutistas (¡aun los hay!), preséntase un nuevo factor que amenaza cortar la contienda dando fin á todo, cual corta la vida de un cuerpo organizado una enfermedad mortal intercurrente.

Los que olvidan que la Humanidad, aun cuando tiene períodos parécidos en su historia, nunca se repite, se figuran que la Civilización actual va á desaparecer, que el anarquismo se levantará triunfante sobre las ruinas de las actuales sociedades mesocráticas, y que, sobre el anarquismo, una nueva irrupción de bárbaros va á producir otra Edad Media, matando la contienda entre latinos y germanos, cual el anarquismo habría cortado ya antes la disputa



entre republicanos y monárquicos. Hasta hay quien señala ya las hordas que han de venir á poner fin á la actual civilización moderna. Quién cree que serán los Eslavos; quién, yendo más allá, señala los Mogoles y los Chinos. (1)

Y desde luego se añade que nada, casi nada, se verá realizado de los ideales humanitarios del moderno socialismo, y los autores de tales apocalipsis exclaman: «¡Dios sabe si en tal estado ni un lejano renacimiento será posible!»



El gran problema estriba en si es posible, con éxito, una nueva invasión de Bárbaros de la raza amarilla que venga á acabar con las contiendas internacionales y las luchas entre revolucionarios y conservadores del continente Europeo, como pusieron fin á los disturbios del Imperio romano los Bárbaros del Norte cayendo sobre los países latinos. Para prever con pro-



babilidades de éxito lo que pueda suceder aquí, lo preciso es tener conocimientos sólidos de antropología y de etnografía; es decir, saber lo que de sí puede dar cada raza.

La raza amarilla, y en especíal la mogola, tiene sobre la Europea en general la inmensa ventaja primero del número y segundo de que tienen el espíritu, el alma del esclavo. La libertad, el progreso, el libre pensamiento, que constituyen uno de los caracteres esenciales de la raza Aria, producen el individualismo, es decir, que cada Hombre tienda á ser una réplica constante, una rectificación permanente de todo lo que existe. El Hombre más civilizado es inactual para crear el porvenir; é inventa, modifica, crea, hace revoluciones, rompe dogmas, y sólo concibe el estado ó nación como un conjunto convergente y progresivo de individuos diferenciados. Así, su acción á veces resulta débil por la multiplicidad de motivos que la orientan. El chino es todo lo contrario: pertenece á una civilización antigua, que fué y que ya pasó; mide las cosas en su conciencia rudimentaria como las miden los esclavos ó los seres de la última especie. Todas las cosas que duran, por el mero hecho de durar, ya están para él justi-



ficadas; todo lo que tiene la ventaja inmediata de no obligar á un nuevo esfuerzo, resulta justificado también. Así la rutina y la tradición, la inmovilidad de los dogmas, las castas con la obedencia pasiva, son la gran fuerza de la raza amarilla. Además, ven la Naturaleza y el Hombre de distinta manera: la personalidad humana entre ellos no tiene el valor que entre nosotros tiene. La llaman legión. Y esto es lo que hace temer por el porvenir de Europa.

El Europeo, que es un *esprit fort* ó libre, á primera vista resulta débil al lado del Asiático que no tiene necesidad alguna de basar su conducta sobre motivos de razón, pues tiene demasiados puntos de vista, demasiadas dudas para obrar de una manera fatal como una masa inconsciente. Además, habiendo tenido la raza amarilla una gran civilización ya pasada y degenerada, ha heredado, como todos los decadentes, la ingeniosidad, la habilidad, la minucia detallista; los procedimientos se le han hecho instintivos, el genio creador ha desaperecido; pero les ha quedado el genio imitador, y pueden imitar todo lo que el europeo tiene como medios de defensa.

Así, la raza amarilla resulta temible por su

masa, por su obediencia pasiva y por su habilidad y espíritu de imitación.

Pero en esto estriba el que no sea la destinada á triunfar sobre la raza blanca, Aria ó Indo-germánica.

Echemos una ligera ojeada sobre la Historia. En el último período de Roma, ¿por qué triunfaron los Bárbaros? Porque eran una raza nueva y una raza superior á un tiempo. Eran Arios, eran fuertes, no habían gastado sus energías y llevaban en su seno el espíritu potente de la individualización, que hace que cada uno valga por muchos; y cayeron, no sobre los romanos fuertes de la República, sino sobre los degradados de los últimos tiempos del Imperio, en que el Cristianismo, con sus teorías ultramundanas, les había enseñado á despreciar todo lo de esta vida y á renunciar á la lucha.

Más tarde, cuando las invasiones enormes de Atila, de Tamerlán y de Gengiskán, la Europa Germánico-latina, ya más robusta, supo bien acabar con ellas. Las mismas invasiones Árabes y Sarracenas fueron echadas del continente, y en especial de los países Arios, como Francia, Cataluña y las montañas de Asturias, en bien poco tiempo. Véase también cómo un puñado



de Atenienses, con sólo su estrategia, destruyeron aquel ejército de millones de hombres de la Media y de la Persia, que se les vino encima. Y esto que sus recursos no eran tan superiores como los de los europeos actuales enfrente de los chinos.

Hoy por hoy los Chinos son un pueblo decadente; los europeos, en cambio, son, en su conjunto, pueblos progresivos. El secreto de la fuerza de estos pueblos superiores para vencer á un común enemigo, es el de saber unirse y converger ante el común peligro, como lo fué el de los griegos antiguos y el de los pueblos europeos de la Edad media en las invasiones asiáticas á africanas.

Y aquí hay que considerar dos factores importantísimos y beneficiosos á la causa de la civilización occidental. Primero, la civilización á la europea de los Japoneses y su progresión ascendente, es una garantía de seguridad para Europa, pues ellos por interés personal deberán tender siempre á dominar á las razas amarillas del Asia para imperar sobre ellas, como nación superior. De otro lado, la Rusia, con su civilización creciente, con sus millones de habitantes acostumbrados á un régimen autorita-

rio, raza guerrera y fuerte que aun no ha entrado de lleno á predominar en lo moderno, es una garantía de triunfo para Europa. Con sus teorías humanitarias del Cristianismo griego, ha sabido hacerse simpática á los pueblos del Asia, y, por su entrada ascendente en el camino de la civilización industrial y científica, á los de Europa. Ella y el Japón son las destinadas á civilizar verdaderamente el continente asiático, y ella en especial á servir de vanguardia á Europa para hacer imposible toda invasión de la raza amarilla. Ya los Eslavos ayudaron á salvar de los Turcos la Europa en el Renacimiento. Ellos por tierra y los Españoles por mar, los acantonaron en el extremo oriente de nuestro mar greco-latino. Lo mismo creemos sucedería hoy entre Europeos y Chinos. Rusia, ayudada por el resto de Europa, con hombres, armas y dinero, puede detener, y aun meter en cintura, á tantos millones de chinos que amenazan en estos momentos ser un gran peligro. Europa tiene demasiada inventiva y demasiados medios para que pueda ser vencida. Al menos estas son todas las mayores probabilidades.





Estos vaticinios son superficiales y exagerados en extremo.

La actual Civilización europea y americana tiene la inmensa ventaja de ser esencialmente difusa. El ferrocarril, el vapor, el telégrafo y la imprenta la han llevado hasta el corazón de los países más salvajes.

Apenas hay una comarca en que no haya un centro civilizado á la moderna. Los tiene la Oceanía, el Africa, toda América. Gran parte del Asia y toda la Europa está civilizada de una manera compacta, uniforme y diferenciada á la vez, es decir, orgánica. La actual cultura no reconoce castas; no está vedada á nadie.

La cuestión es sólo económica. Hasta en el caso, casi imposible, de una irrupción de la raza amarilla, que tendría que pasar primero por encima de Rusia (cuya misión es la de ser la barrera que proteja nuestra Civilización moderna y el vehículo que la extienda al Asia), hasta en este caso, decimos, nuestra Civilización sería asaz viva y enérgica para asimilarse estos nuevos bárbaros que cayeran sobre ella.

Sin moverse del Extremo Oriente, el Japón en masa la ha adoptado.

Tales temores provienen de la ignorancia

conservadora. Estas exageraciones nacen entre gentes cuyo único mérito es tener dinero; los que las propalan son los que creen que la vida es un negocio. Nosotros, que creemos en el progreso, nada tememos; al contrario, mucho esperamos de la próxima y urgente revolución ó evolución social futura.

Es necesaria y es justa; no puede menos de ser beneficiosa.



¿Qué pide en suma el obrero á través de continuas exigencias, de súplicas mal formuladas, de manifestaciones abruptas?

La extensión de la vida intelectual á todos, no en el sentido de que todos trabajen únicamente en dicha esfera, sino en el de que todos participen de los resultados de la labor científica. La unión noble de la cultura del espíritu con el trabajo, hasta con el de las artes más mecánicas.

Esto que Grecia alcanzó, ¿por qué nosotros no hemos de alcanzarlo?

En Atenas podía llevarse la vida más noble y más distinguída, siendo un obrero, viviendo del trabajo individual, manual ó mecánico. Ammonio era un faquin, Socrates esculpia casi mecànicamente imágenes de los dioses, á precios módicos. Otros filósofos eran forjadores de metales, repujadores, etc., etc.

Los periodos falsamente aristocráticos y jerárquicos que hemos atravesado, han torcido nuestras ideas. Para ciertas gentes una profesión manual es aun hoy casi una ignominia. Cada uno se define en la actual sociedad burguesa, no por lo que es, sino por lo que le da de vivir y por lo que posee. Así, se es banquero, rentista (!!!), (2) tendero, cerrajero, hilador, etc., etc.; mientras que en una verdadera civilización las gentes se definen por lo que son en sí y por lo que producen fundamentalmente.

Así, en Holanda, Spinoza no era un óptico, sino un filósofo, que para vivir fabricaba y vendía anteojos, pues esto era el accidente y lo otro lo principal.

Lo que tiene de embrutecedor y de innoble el actual oficio (y contra esto es contra lo que

protesta el obrero) es el que absorbe completamente al individuo que lo practica, viniendo á ser todo él, haciendo de él, no un Hombre, sino una parte de hombre que no ve más que un rincón mínimo de la Vida, haciéndole perder el conjunto á fuerza de especializarle. Efectivamente, salvo en raros casos, la palabra zapatero, sastre, tejedor, cerrajero, albañil, etc., y aun muchas veces las de farmacéutico, médico, abogado, etc., indican la esencia, el alma del ser que así se denomina, no siendo nada más que aquello, á excepción de la bestia humana que come, duerme y se reproduce. Mendelshon, vendiendo sedas en la tienda de sus padres, no era un tendero; como no lo eran los legisladores Holandeses, ni los Catalanes que redactaron los *Usatges* y el *Código de mar:* el tener tienda era un accidente. Los nuestros de hoy día son tenderos y nada más.

¿A qué es debido esto? A la explotación, cada día creciente; al acaparamiento del capital.

¿Qué tiene, pues, de horrible lo que piden los obreros, si es á la vez justo y benéfico, si es base de toda civilización, condición sin la cual la actual no puede salvarse? ¡Libertad! ¿Puede haberla sin condiciones de existencia? ¿Dónde está

la libertad del que tiene que pasar doce ó catorce horas en un taller ó escritorio para no ocuparse más que de detalles de cosas cuyo conjunto no comprende ni comprenderá jamás, pues está especializado en una casilla, paralizado dentro de un molde?



Esta libertad, esta instrucción, esta creación del *Hombre completo* aun en el que ejerciera el oficio más manual y hasta más rústico, exige dos condiciones: un número de horas de trabajo relativamente corto y otra organización del capital. Objétase que con ocho horas de trabajo no habría lo suficiente para producir todo lo que el consumo del Hombre civilizado exige para sus múltiples necesidades. ¡Error gravísimo! En una sociedad sabiamente organizada, en la que todos los hombres trabajaran de los quince á los cincuenta años; en la que no hubiera pérdidas de tiempo en cosas inútiles ni superfluidades impro-

ductivas; sociedad en la cual las máquinas se emplearan, no para servirse del obrero ó explotarlo, sino para aliviarle la fatiga y economizarle horas de labor; en esa sociedad con muy pocas horas de trabajo servil habría lo suficiente para que cada cual cubriera sus necesidades físicas, intelectuales y afectivas, aun las más refinadas. Con cinco, la sociedad y el individuo continuarían armónicamente su marcha hacia la perfección indefinida, quedando el resto para la inteligencia, el descanso y el goce.

Así lo entrevió Aristóteles cuando afirmaba que, si un día por una fuerza desconocida pudiera hacerse que la lanzadera tejiera sola, el arco tocara la cítara sin el brazo que lo impulsa, y así de todos los instrumentos, la esclavitud desaparecería y los trabajadores forzados no serían necesarios (3).

Si Grecia llevó una noble Vida, en la que todos eran sabios y artistas, políticos y pensadores, dícese que es porque las funciones inferiores las ejercían los esclavos. Pero hoy, que la máquina las ejerce, ¿por qué no ha de ser verdad tanta belleza?

El fin de la Humanidad es realizar la más alta cultura posible en los individuos, la mayor



suma de salud y de Vida, el mayor goce sin perjudicarse. *¡El fin de la Vida, el de su moral, es el placer!* De Stuart Mill á Spencer, de Hertzen á Renan, todos lo reconocen.

El Arte, en sus diversas formas, no es más que causa y efecto de ese estado superior de la sensibilidad, de esa intensidad vital que se traduce por un bienestar del espíritu. La Ciencia nó es tal sino en vista de procurar el sublime placer del cómo de las cosas, la ley de los fenómenos; y ésta es la que á su vez proporciona bienestar y vida bajo las mil formas de industrias diversas, de Ciencias económicas, de Ciencias médicas, etc., etc. Hasta en el hacer bien, el fondo es el placer, placer noble y reflejo, pero placer al fin.

Esta cultura elevada no es posible en medio de la barbarie; para realizarse bien, todos deben participar de ella; el goce no sería perfecto sino fuera mutuo, no sería duradero sin tradición: así debe de ser general y continuada. Cada uno tiene derecho á participar de ella proporcionalmente á sus facultades. Lo que el Catolicismo hizo en la Edad Media, lo que la Religión realizó, hoy debe de realizarlo ese nuevo estado, pues él es la Religión moderna.



Todo Hombre debe encontrar en la sociedad, por lo que toca á lo moral é intelectual, lo que encuentra al nacer en la madre por lo que toca á lo corporal: el alimento adecuado.

Y como tal perfección exige un cierto estado de bienestar material, el Hombre tiene derecho á que se le ponga en condiciones de tenerlo; en una palabra, tiene el derecho al desarrollo de todos los elementos de Vida que en sí lleva al venir al mundo, desde los gérmenes de la vida orgánica á los de la vida genial y heroica. El *Derecho á la evolución individual* es el más fundamental de todos los derechos, pues de él derivan todos.



La condición de ese derecho, la condición de esa superior cultura, la condición de esa Vida noble, está en la no división del capital y del trabajo. Hoy el capital lo es todo; el trabajo casi nada. Un ejemplo: un escritor compone una obra; ha de sucumbir ante un editor, es decir, ante un capitalista que explota á la vez al cajista

y al autor, y recibe beneficios cien veces mayores a los que representa su trabajo del giro de libros de los corresponsales, etc. Y lo mismo en toda clase de trabajos. Dentro de una organización social sabia, nada de esto pasaría.

¿Qué remedio hay? ¿Cómo hacerlo? ¿La revolución? No se hacen reformas tan capitales con exabruptos. El medio lo divisamos en lo que hoy hacen las sociedades de crédito, en lo que predice el socialista de *L'Argent*, de Zola. Estas inmensas organizaciones mercantiles é industriales son la base del nuevo estado social que se prepara. Estas hoy son maléficas por dar los beneficios á unos pocos explotándo los más, por no repartirlos proporcionalmente á la calidad y cantidad de trabajo con que cada uno contribuye á la obra. El día que el capital sea colectivo ó asociado, en provecho de los asociados trabajadores, veremos realizarse aquel milagro de las Catedrales construídas por ángeles al son de músicas celestes, cantando himnos al Altísimo.

Ya la renta en los países civilizados disminuye: si la legal en Turquía es el 7, en España es el 6 con tendencia al 5. En Francia el 5. El 3 en Inglaterra y Holanda. Los Municipios, por medio de Bancos de la Producción y de Cáma-

ras sindicales del Trabajo, pueden ir preparando el terreno. Su fin no es sólo administrar en el sentido estrecho de la frase, sino modificar lo existente. A los Municipios toca el ser agentes de evolución, el proporcionar al pueblo el desarrollo de su inteligencia dándole todos los elementos de instrucción y de superior cultura, procurando el engrandecimiento progresivo de la ciudad, esa entidad que ès la base sociológica del Estado. Y lo que no puedan los Municipios aislados han de poderlo los Municipios federados, por la mutua compenetración de sus energías.

No creemos que lo puedan todo, pero creemos que pueden mucho y que son la base del nuevo estado social que se prepara. La evolución lenta y progresiva producirá un fenómeno análogo al que se produjo con la alquimia y con los viajes legendarios. La alquimia dió la química: los viajes fantásticos dieron la América, las Filipinas y las Islas de Africa.

El socialismo, el libertarismo, con sus teorías absolutas, ciertas en el fondo de sus aspiraciones, erróneas á veces en su formulación absoluta y manera de aplicarse, producirán la solución del problema; solución que hoy día sólo se entrevé velada por los vapores de las pasiones

personales. Inútil es que los monárquicos y conservadores de todas procedencias intenten suprimirlo para resolverlo. Este problema tiene su resolución fatal é inevitable en el curso de las cosas. Su solución llegará con la ley ó fuera de ella: casi todas las grandes ideas se han realizado á pesar de las leyes.

El acto de romperlas se llama *Revolución*.

Cuando un río viene impetuoso y lleno, inútiles son los diques: el agua va subiendo, subiendo, aunque se le opongan muros, aunque se reparen los desperfectos de éstos; el río que viene de más alto, pasa por encima y lo arrastra todo, ó, dando la vuelta al dique, comparece por vías imprevistas á inundar los campos que antes quisieron preservarse. Para evitar los desastres, lo mejor es hacer que la evolución se verifique sin obstáculos y dentro de las leyes. O evolución ó revolución: tal es el terrible dilema. De cuerdos es evitar la segunda, facilitando la primera.





NOTAS

(1) La actual sublevación de los *boxers* de la China contra los Europeos, y la manera cómo se arman y resisten, nos ha hecho pensar en lo que ya preveía, hace muchos años, todo el que tuviera un conocimiento claro de lo que son las razas humanas y de su lucha por la vida en el terreno de la Historia. El mismo emperador actual de Alemania dijo, hace algún tiempo, que las naciones continentales de Europa tenían que aprestarse, más que á luchas intercontinentales, á poder rechazar el *peligro amarillo* que nos amagaba desde el horizonte asiático. N. del A. en 1900

(2) Aquí referiremos una anécdota. Un propietario de una casa de alquiler citó ante un Juez á uno que ocupaba un quinto piso y no le pagaba. Al comparecer el dueño de la finca, preguntóle el Juez su oficio, profesión, etc., y respondió: —Propietario.—Luego, dirigiéndose al otro, le preguntó lo mismo, y éste responde: —Inquilino.—Eso no es profesión,—replica el Juez,—Tampoco lo es el ser propietario y V. lo admite,—responde el otro.

(3) Aristóteles: *Polític.*, lib. I., cap. II.



DISQVISICIONES FILOSÓFICAS SOBRE EL PROBLEMA SO-CIAL

Barcelona
1893

La tendencia á la cual corresponde el Socialismo, es la verdadera; los medios qne se proponen para resolver el problema son erróneos.

. . . .

La solución del problema vendrá por donde menos se espera. . . . .

. . . . , ...

E. Renan.



¿SOCIALISMO?



s el Socialismo consecuencia lógica del espíritu moderno, el fin á que tienden todos los esfuerzos y todas las actividades verdaderamente pensadoras desde que se proclamó la libertad y la igualdad, esas dos concepciones metafísicas rusonianas de los legisladores del 93?

Sí, si se atiende al espíritu, al sentido profundo de lo que la palabra *socialismo* significa.

No, si se atiende á la definición antigua y estricta de la palabra. Socialismo significaba predominio absoluto de la sociedad sobre el

individuo; el derecho incondicional y permanente de la sociedad para administrar, regir y aun amoldar el individuo á lo que á ella se le antojara. Esto, que es la más grande de las tiranías y la mayor de las utopias, hoy día lo rechazan los pensadores y las masas de consuno, porque sería volver á los conventos, á la sopa negra de Esparta, al régimen de los cuarteles. Es tan utópico como aquel individualismo absoluto, soñado por los sociólogos ingleses, en que el individuo tenía todos los derechos incluso el de fastidiar al prójimo, ó el egoísmo puro individual sobre el que Max Stirner funda su Filosofía.

Todos estos errores vienen de la psicología antigua que aun conservan el común de las gentes que de la cosa pública se ocupan. Nada peor ni más falso que esa lógica matemática, mecánica exacta, en el sentido literal de la palabra, que se ha querido aplicar al Hombre y á sus agrupaciones superorgánicas, como si el funcionalismo anímico humano fuera simple y geométrico como una cristalización, recto y sencillo como la caída de un cuerpo en el espacio.

«O la Sociedad es superior al individuo, ó el



individuo es superior á la Sociedad.» Este es el dilema simple que se han puesto los políticos, dilema que es una imbecilidad de tamaño natural. Es como decir: ó blanco ó negro, como si no hubiera tonos intermedios en intensidad y en color, efecto de la descomposición de la luz por el prisma.

Si el individuo fuera absolutamente perfecto, el individualismo inglés tendría razón, y lo lógico sería la Anarquía, no como la sueñan los anárquicos de hoy, sino absoluta, es decir, sin acción colectiva de ningún género sobre ninguno de los seres humanos: sin jueces, sin guardias, sin mayordomos, sin directores de taller, sin presidentes, sin arquitectos, sin estrategicos, sin ingenieros, sin nada ni nadie que imperara en lo mas mínimo. Pero como no lo es, se sueña sólo, y con razón, con una cierta anarquía relativa, es decir, con la abolicion de la máquina política y gubernamental: pero se desea de la colectividad que haga EN PRO DE TODOS LOS INDIVIDUOS todo aquello que éstos no pueden obtener por sí solos, y que sí obtendrán, no en virtud de ningún Estado, sino por la mera convergencia de sus energías. Así es que los pensadores modernos, ante las antiguas clasificaciones ó

encajonamientos, presentan la falta de lógica de ser socialistas é individualistas, á la vez, y tienen razón en serlo.

Los sistemas son para los Hombres, y no éstos para los sistemas, como se ha creído en Alemania en general. Si un sistema, á fuerza de ser lógico, es contrario á la Humanidad, vale más apartarse de él, ó rechazarlo por completo, y esto es lo que pasa con el socialismo sistemático, que dando como principio la superioridad, y por tanto, el derecho de intervención del Estado, lo hace intervenir en todo, sin ver que lo natural es tan sólo que la colectividad intervenga sólo en pro, no de sí misma, sino del propio individuo en aquello que él no se baste. En lo que es antihumano no hay derecho de intervención, y ésta disminuye á medida que el individuo avanza y es más potente.

El Estado, ó la colectividad, no puede exigir el sacrificio del individuo en su favor, nunca; sólo algunas veces en favor de los demás, lo cual no es lo mismo. Así á la luz de este criterio, comparecen absurdas las religiones de Estado, las doctrinas oficiales, y aun las teorías de la mayor parte de los socialistas alemanes.

El fin de la Humanidad y por tanto el ideal

de la colectividad, debe de ser el de realizar la más alta suma de cultura humana en todos los ramos de la actividad natural, en una palabra, el mayor grado de exaltación de todos los funcionamientos superiores que son en el Hombre. Y esta cultura, así como debe de ser lo más intensa concebible, debe de ser al mismo tiempo lo más extensa que se pueda. Por tanto, esta cultura sería inútil si se hallara reducida á un pequeño número ó fuese estancada en favor de una clase, de una raza, de una secta, de una casta, etc., etc. El verdadero ideal de la Humanidad no se habrá realizado mientras que todos los Hombres no participen de esta perfección.

¿Qué ha de procurar la sociedad al individuo? ¿En qué somos socialistas?

Todo Hombre tiene un derecho fundamental de todos los demás, y esta teoría la hemos sostenido en varios trabajos. Este derecho es el DERECHO Á LA EVOLUCIÓN de todos sus gérmenes vitales ascendentes, de todo cuanto traiga en su organismo que tienda al crecimiento de la Vida. La Sociedad, pues, le debe, desde que nace, los medios de desarrollo de todas sus aptitudes intelectuales, morales y afectivas.

La Sociedad le debe á su alma lo que la ma-

dre al cuerpo: el primer alimento. La madre le da el alimento primordial, que es la leche; la sociedad debe de dárselo con la instrucción adecuada para el desarrollo de todas sus actividades vitales superiores. Y así todos podrán partir de un fondo igual, y asimilarse lo que sus cualidades les permitan, para llegar á distintas alturas, en diversos planos, y con direcciones diversas.

Y como esta perfección intelectual y afectiva no puede subsistir sin un cierto bien estar material, la Sociedad le debe al Hombre la Justicia, es decir, la garantía de que se le dará íntegra la equivalencia de lo que produzca, sin que nadie tenga el derecho de detentárselo bajo ningún pretexto. Este atentado al valor de la producción individual es el ataque más feroz que se pueda cometer contra la misma propiedad que de justicia existe, y ésta se la debe de garantizar la colectividad. Hoy día, bajo mil pretextos, el que produce con su esfuerzo, más ó menos intelectual, más ó menos muscular, es explotado, expoliado, robado por los que á sus expensas se mantienen y aun acumulan riquezas, gentes que el Estado protege en sus agios y que la opinión pública considera como honra-



das. Esto es lo que ha de desaparecer, esto es lo que motiva los movimientos majestuosos de la masa trabajadora en el 1.° de Mayo, la única que tiene el verdadero sentido de la justicia.



La sociedad ò la colectividad le debe al Hombre la posibilidad de la Vida en toda su extensión y con toda su intensidad. Y no entendemos por este derecho á la Vida el mal entendido derecho al trabajo, al que se tratò de dar fòrmula práctica el 48 con la utopia de los talleres nacionales; ni el derecho á unos míseros bocados de pan; nada de esto. El derecho à la Vida, que proclamamos, es el derecho á la evolución de todos nuestros principios vitales en la proporción en que cada uno los tenga. Y á cambio de ello el Hombre le debe sacrificar sus actividades, su vida, á la colectividad.

Nada más sujeto á disputas, y hasta á desas-

tres, que esos nombres que cual etiquetas marcan de una manera absoluta y definitiva los sistemas en las Academias sociales. Los verdaderos filósofos no aceptan nunca ninguno de estos nombres, pues que un nombre es un límite. Así, por lo que al socialismo toca, hacemos constar, como lógico, que no puede ser tomado é impuesto como un sistema en que la sociedad ó el Estado sea omnipotente, teniendo derechos absolutos que prevalezcan sobre el individuo siempre y en todo. El movimiento moderno de emancipación, comprendido entre dos nombres tan diferentes como los de SOCIALISMO y de ANARQUÍA, nace de fuentes que nadie podrá estruncar, nace de la necesidad que tiene la Humanidad de organizarse con arreglo á la Justicia. Que para ello predomine la colectividad en un momento, ó se supedite en otro, eso es secundario: la cuestión es el fin, y este es el desarrollo integral de las facultades de cada uno, y la seguridad de percibir el equivalente de lo que produce. Llámese á esto Socialismo ó Libertarismo, el nombre es indiferente, pero la cosa no; y esto es lo que ha de ser y será.

Lo que constituye la fuerza del socialismo es que es el resultado de la tendencia más legí-



tima del espíritu moderno, y, en el fondo, es todo su desarrollo. La obra empezada ya en Provenza y Cataluña en los siglos XII, XIII y XIV, y continuada luego por el Renacimiento, en el orden literario, científico, artístico y político, se resume en lo que podríamos llamar la exaltación creciente de la persona humana. Esto ha producido diversos movimientos: el de reivindicación de los derechos de los sentidos, el de reivindicación de los derechos de la conciencia, el de reivindicación de los derechos de todas las manifestaciones externas, comprendidos con el nombre de libertad. Pues bien: aun no se han reivindicado los derechos de la inteligencia y del sentimiento, ni los de la propiedad. No hay más propiedad que la que nace de lo que uno produce, y esto nos es robado, con una sabia organización de la burguesía, bajo la protección de las leyes, y de una manera inconsciente la mayor parte de las veces por parte de los que nos roban, los cuales se figuran pertenecerles de derecho lo que no les pertenece.

Todo comerciante se creerá que legítimamente le pertenece la diferencia que va del valor real de una cosa al valor exiguo por el cual él la adquirió gracias á las condiciones premi-

sas en que se hallaba el que la produjo. Ninguno verá en ello un robo, un crimen, y no obstante lo es. Todo lo que sea cobrar sobre un objeto más de lo que representa el esfuerzo que el comerciante hace en procurar el cambio, robo es; y, no obstante, este robo legal es la base de la mayoría de las actuales fortunas.

El problema no deja de ofrecer grandes dificultades. De una parte hay que conservar todas las conquistas de la civilización, y por otra hay que hacer participar á todos, en la proporción que con su trabajo obtengan, de estas mismas conquistas.

La solución que se impone cada día de una manera más imperiosa, tendrá que apoyarse en dos extremos: en la mecánica, que cada día emancipará al Hombre más y más de las fatigas materiales; y en el capital colectivo, junto con los grandes medios de trabajo.

Hoy por hoy la mecánica lo que hace es sumir un sin fin de obreros en la miseria. Ahorrando trabajo ahorran manos á los grandes explotadores, y así las máquinas sólo sirven de instrumento de ganancia particular y de embrutecimiento de la masa. No será así cuando sean de todos, pues entonces producirán un

verdadero ahorro de gasto de energías, y por tanto un descanso y economía de fuerzas que podrán dedicarse al desarrollo intelectual y afectivo.

En cuanto á la organización del capital (lo tenemos dicho en otro artículo), éste será por el estilo de las grandes compañías por acciones ó de las grandes cooperativas. Hace sesenta años, los que afirmaban que se podían hacer grandes cosas con la convergencia de pequeñísimos capitales, eran tratados de utopistas. Fourrier, Saint-Simon, Proudhon, han dado lugar á las grandes compañías, á las Exposiciones Universales y á otras maravillas de la asociación.

Así no nos preocupa la nueva organización. Ellá saldrá, y será con arreglo á justicia, obteniendo cada uno en proporción de lo que haga. Al principio podrá ser algo defectuosa; pero se perfeccionará, pues los intereses de la Humanidad toda entera están en ella.

¿Cómo se obtendrá? Lo ignoramos. Sólo sabemos que se obtendrá: esto nos basta.

Un país (y esto cada día más), cuanto más civilizado está, menos es en él el interés del capital. La renta viene más gravada, y así el que trabaja lo es todo, y el ocioso es casi nada. Pues

á la supresión de la renta, del interés y de la herencia, es decir, á la abolición del ocioso que vive sobre todos los demás, es á lo que deben de tender todas las leyes y todos los esfuerzos, y á la exaltación del que produce, á la dignificación del trabajo inteligente, superior.

En la época actual estamos en un equilibrio inestable. Obtener el reposo, un equilibrio estable, es imposible hasta que este gran problema esté resuelto. Sólo los hombres de partido creen hallar solución á ese conflicto, sin resolver el gran problema.

Los unos proclaman la fuerza, los otros la libertad. Así para los primeros los que abordan problemas sociales son criminales ó locos. Y, no obstante, de Espartaco á Juan de Leyden y de éste á Bakounine, los que han visto el fondo de las cosas son los que han intentado resolver el problema social. Toda revolución política ha creado un orden social nuevo. Sólo la Revolución del 93 ha dejado subsistir el antiguo; pero lo que ha de ser será, y de aquellos principios proclamados por la constituyente francesa los que sean vitales producirán por la misma lógica de las cosas el nuevo orden social que ha de venir á regirnos.





Es necesario que aquí hagamos notar una cosa, y es que, mientras el capital pueda acumularse en pocas manos, por un mal entendido principio de libertad individual, los Estados están perdidos, ó mejor, en ellos el Hombre será víctima de la esclavitud y la miseria.

Todos los períodos que han precedido al hundimiento de las sociedades han presentado este fenómeno. El Estado se ha vuelto venal. El pobre, desesperado, ha odiado la Ley, de la misma manera que el rico opulento se ha burlado de ella.

Esparta sucumbió cuando todo el territorio estuvo en manos de cien familias. Roma cayó cuando hubo millones de proletarios enfrente de unos miles de propietarios que disponían de riquezas tan considerables que, como cuenta Craso, cada rico podía levantar y mantener un ejército.

En la Italia del Renacimiento pasó lo mismo.



La libertad del Pueblo fué destruída por la oligarquía del dinero y por la indigencia del proletariado. En Florencia el banquero más rico acabó por llegar al poder absoluto, al tiempo que en Génova la Banca de San Jorge se tragó ál Estado.

No es que queramos indicar que las grandes acumulaciones del capital no sean beneficiosas, pero no, perteneciendo á unos pocos. O el capital ha de pertenecer á todos, por la asociación, como ya hemos dicho, ó se han de suprimir los medios de concentrarlo en pocas manos, y favorecer los medios de su división, al par que los de su acrecentamiento. Estas son las lineaciones bajo las cuales creemos que en el porvenir se resolverá el problema.





EPÍSTOLA Á UN ANTIGVO CONDISCÍPVLO

París
1893

La tolerancia es una flor del alma.

. . . .

. . . .

Para el ser verdaderamente religioso, el pecado no existe.

. . . .

. . . .

La Amistad y el Amor son el signo de la personalidad infinita, de la libertad creatriz, de la presencia de de la Divinidad en nosotros.

NOVALÍS.



EPÍSTOLA

Á UN

ANTIGUO CONDISCÍPULO (1)

Sr. Dr. D. José Torres y Bages, Pbro.

Barcelona

Mi querido amigo:



QUÍ, en esta brumosa Cosmópolis que atraviesa el Sena, mientras está cayendo la nieve que todo lo cubre con su blancura, como si borrando el color del paisaje sólo dejara el dibujo confuso de unas formas fofas, al amor de la lumbre y á la luz de una lámpara eléctrica, leo el excelente artículo que V. me dispensa el honor de dedicarme, á la par de Renán, con quien V. me compara.

Es *La Veu de Catalunya* la que lo lleva, y siendo V. su portavoz, ésta me llega al alma como un eco lejano de las primeras creencias, de aquellas que me inculcó mi santa madre en mi niñez, cuando me mecía en sus brazos.

Sí, su trabajo de V. me ha llegado al corazón, como todo lo que es grande y noble, como todo lo expresado leal y francamente. Su artículo está lleno de erudición, y, lo que vale mucho más aún, lleno de fe, y de una fe verdadera. Me combate V. y hace V. bien, perfectamente bien; obligación tiene V. en ello juzgándome, como me juzga, heresiarca; y por tal debe de tenerme siendo V. sacerdote y de profundas convicciones católicas.

Además de todo lo dicho, encuentro en el trabajo de V. una nobleza, una caballerosidad y, sobre todo, un suave amor al prójimo, que raras veces se encuentra en quien combate desde el campo de la Iglesia al enemigo, cuyas tendencias para él significan la destrucción del dogma. Mil y mil gracias: créame V. que le quedo profundamente agradecido.

Después de tantos años, se ha acordado V. de mí, y por mi parte debo decirle que



tampoco yo le he olvidado, á pesar de tanto tiempo transcurrido. Ahora mismo le estoy viendo á V. tal cual era cuando estudiábamos el latin y el griego en el Instituto, lo mismo que si le tuviera ante mi presencia.

En aquel entonces, yo, como los demas, tan solo era un muchacho alegre, que me aprendia la leccion de memoria, esperando con ansia la hora de la salida de clase para ir á correr y a jugar al patio del claustro, ó al jardín botanico. Usted de mas edad, tenia ya en aquel entonces más juicio y parecia usted todo un hombre serio: y debo confesarle que siempre le miré con cierto respeto, acompañado de admiración, por lo modesto y estudioso que V. era. Más tarde, al cursar cada uno distintos estudios, le perdi de vista, viniendo mucho después en conocimiento de que había V. abrazado la carrera eclesiástica; mas como sea que yo, al tener la desgracia de perder á mis queridos padres, me fui al extranjero, no le he vuelto á ver más a V. ted, y si le he visto no le he reconocido.

Así es que su artículo me ha causado una verdadera alegría, tanta que me ha conmovido. Créalo V.: me ha conmovido tanto

que no le quiero contradecir. Sin ninguna intención, podría ofender sus creencias y me pesaría el saber que le he causado la más leve pena. Además, V. tiene razón. Sí, señor; toda la razón, dado el punto de vista desde el que debe V. de mirar la cuestión esta. Y, al fin y al cabo, los dos no estamos tan lejos uno de otro como V. cree. Usted mismo ha dicho que yo soy un espíritu religioso. Si por religión entiende la adoración de la Suprema Bondad, de la Sublime Belleza, de la Sabiduría Infinita y de la Eterna Justicia, es verdad, también yo soy un religioso, porque, como V., también yo sirvo á este ideal desde que tengo uso de razon, con todas mis fuerzas.

La diferencia consiste en que V. cree que eso existe emanando de un Ser Supremo, Eterno, Infinito, Omnipotente, y que ha existido siempre y que está por sobre de todo, presidiéndolo todo; y yo creo que todo eso va realizándose gracias al espíritu humano; que lo tenemos delante nosotros, y que vamos acercándonos á ello de día en día, gracias al esfuerzo progresivo de nosotros mismos; esfuerzo que al fin y al cabo, como nuestra existencia misma, sería temerario negar que no procediera del Ser en si *in quo*



sumus movemur et ſimur. Es como si dijéramos que la Justicia, la Belleza, la Bondad, la Sabiduría, para nosotros, es la razón de ser de la progresión constante. Ambos queremos lo mismo, pero lo apreciamos desde dos visuales distintas. Resulta, como diría un artillero, que, disparando al aire y apuntando alto, ambos tomamos una misma puntería, pero, debido al lugar desde el cual disparamos, nuestras trayectorias se desarrollan en dos planos diferentes.

Lo que está distante de nosotros, lo que es nuestro común enemigo, son los seres egoístas que no creen en nada superior; los escépticos prácticos, que se moían de todo lo que es elevado y grande; los que todo lo sacrifican al momento y al dinero; los que piensan que la Humanidad es sólo una materia explotable y el talento una fuerza para producir ganancias; los que viven tan sólo para fines inmediatos, para sus instintos nutritivos y genésicos, procurando así satisfacerlos lo mejor que saben. Y de éstos, créame V., los hay lo mismo Católicos que Protestantes, Judíos ó Librepensadores. Nosotros dos no somos contrarios más que en la apariencia, y distintos en el traje: en el fondo pensamos lo mismo, y somos lo mismo, solda-



dos de un mismo ejército, pero con diferentes uniformes. Tánto V. como yo estamos dispuestos (y no sería la primera vez que lo hiciéramos) á sacrificarlo todo por los ideales superiores. Sólo que V. los adora bajo las formas canónicas y con las prácticas litúrgicas de la Iglesia católica; y yo... yo no antropomorfizo, ni personifico nada de todo eso.

Usted me decía que con Renan predico una religión. Si por tal entiende V. una religión positiva, no lo crea V. Si alguna vez sintiese en el alma la necesidad de tener una religión positiva, volvería á tener la que fué de mis mayores y de la cual V. es tan digno sacerdote. Yo puedo profesar ideas, tener sentimientos, pero no predicar religiones. No he sido jamás proselitista; no he tratado jamás de convencer á nadie; expongo lo que pienso y lo que siento, procuro sugestionar cosas superiores, y esto me basta. En cuanto al artículo de *L'Avenç*, lo hice porque me lo pidieron amigos á quienes no podía negárselo, no me propuse, ni por asomo, hacer propagnnda en Cataluña del modo como Renán pensaba. Sólo traté de describirlo íntimamente y de reivindicarlo, no de la acusación literal de heresiarca, sino de lo que el común de

las gentes cree cuando piensa que un hereje es un malvado, un ser lleno de crímenes y de vicios, una especie de monstruo que se come los niños crudos. Y yo he conocido muchos de esos herejes que eran unos verdaderos santos, y entre ellos el que fué mi maestro. Y aquí tiene V. explicado el por qué escribí mi artículo, que no fué para hacer propaganda anticristiana. En toda mi vida sólo he hecho propaganda de una cosa, y no me arrepiento de ello: de los diez y ocho á los veinte y un años, en los ardores de la primera juventud y de la corriente revolucionaria, hice mucha propaganda democrática republicana, y federalista sobre todo.

Creo en conciencia que obré como bueno, y que hice todo cuanto un ciudadano honrado viene obligado á hacer en bien de su patria. Darle la autonomía plena, y, dentro de ella, dar el derecho á todos; hacer que la región sea regida por los que en ella nacieron, y que en dicho régimen se respeten todas las creencias y todas las ideas; siempre será una tendencia honrada, y, más que honrada, noble.

También me llama V. anticristiano (por más que á renglón seguido añade V. *cristiano aunque le duela)*, y crea V. que de anticristiano, en

el sentido que V. creo que indicar quiere, no tengo un ápice. Denme el cristianismo de San Clemente de Alejandría, de San Panteno, de San Teognoste, y admitiré todo lo substancial que en él se encuentra. Los padres de la Iglesia griega me cautivan y me admiran. Para mí ellos son los únicos verdaderos cristianos. Lo judáico teogónico y lo disciplinario romano, lo mismo que el acetismo oriental, son las impurezas del cristianismo; su Filosofía griega es el oro.

Aquel *Amor*, universal, aquella *Filantropía* que ellos predicaban, haciendo que Dios perdonara hasta al Diablo, créame V. que lo siento como ellos lo sintieron. Hay pasajes de estos santos que yo me honrara mucho en haber escrito.

Por lo que respeta al dulce Jesús, debo decirle que me aproximo mucho más á la opinión de V. que á la de mi maestro. Hace poco que, repasando la *Vida de Jesús* de Renán, me hacia estas reflexiones: «Si Jesús hubiese sido, *Hombre* como Renán supone, haciendo todo lo que los Evangelios relatan, hubiera resultado altamente pretensioso, orgulloso, pagado de sí mismo, y aun, en ciertos momentos un algo ridículo, supersticioso y desatentado.



El mismo Renán reconoce que le faltó Ciencia, Filosofía, un sistema y un plan. Pero, siendo Dios, todo resulta hermoso, todo se comprende. Así es que yo opino como V.; y si se me probase la existencia real de Jesucristo, tal como los Evangelios canónicos, y especialmente el de San Juan, le describen, yo creería que el buen Dios bajó á la Tierra y que Jesucristo era El mismo que había tomado la forma humana para salvarnos á todos.

Así, prefiero yo pensar que los Evangelios son la leyenda del Dios Bueno, escrita por quienes de veras en él creyeron.

Por lo que toca á lo que digo de los Evangelios en mi artículo, no es que ignore lo que éstos dicen, pues los conozco todos, hasta los llamados apócrifos por la Iglesia, habiendo hecho una exégesis detenida del propio *Protoplasta*, extractado en el siglo VIII por Focío. El de San Juan me lo sé de memoria. Lo que yo quise decir es que la escuela exagética moderna, de Ginebra y de Tubinga, opina que eran documentos de segunda ó de tercera mano; es decir que, aunque el que los escriba figure ser San Mateo, San Lucas, etc., era esto sólo una forma literaria de la época del siglo II al IV, por médio



de la cual, á causa de las persecuciones gentilicas, el que escribia hacía ver que lo que exponía había sido dicho por el propio discípulo de Jesús, quedando así el autor ignorado é impune. Así vemos el Evangelio de Judas, el de Kaín, y aun el de Adán; y á nadie se le ocurrirá el que estos personajes reales ó mitológicos escribieran Evangelios. Toda una literatura en el pueblo hebreo, (la de las Apocalipsis), basóse en este sistema; y sobre esto, como dice V. muy bien, pudieran escribirse bibliotecas enteras.

Sobre lo que pasó en Nicea, quise decir que allí se escogieron, de entre los muchos que había, los cuatro Evangelios más parecidos y que más concordasen con la realidad de la *Vida humana* del Cristo, que es lo que allí se trataba de demostrar. De ningún modo quise decir que allí se fabricasen. Pero dejemos de lado todo esto, pues que he prometido no controvertirle á V. su artículo, y sólo he de limitarme á aclarar y explicar lo que decir quise en el mío.

Otra aclaración importante. Allí donde dije *placer* quise decir *gozo*, esa felicidad superior, ese estado de bienestar, espiritual y corporal á un tiempo, que constituye el paroxismo del ser

sintiéndose á sí propio; eso que los griegos llaman *Euforia*, aunque tal palabra se haya aplicado luego en un sentido físico.

En fin, por lo que toca á la moral, crea V. que ésta, como el bien obrar, más que de teorías filosóficas ó religiosas, depende de la naturaleza de cada uno, sin que por esto yo deje de reconocer la alta influencia de la educación y de la enseñanza. Unos nacen con tendencias al bien, otros nacen con tendencias perversas, gozándose en el mal ajeno; hasta los hay (y de entre éstos la mayor parte son religiosos fanáticos) que son crueles para consigo mismos. Yo, que he viajado mucho por Europa, puedo decirle á V. que he visto hacer verdaderas obras de caridad lo mismo á católicos que á cismáticos, protestantes, judíos, turcos, budistas, ó librepensadores. Usted cree que esto sólo se obtiene y se practica dentro de la religión católica, y es porque V. es bueno y dentro de ella lo ha alcanzado. Pero dígame V. con la mano sobre el corazón: ¿cree V. que los actuales judíos *Skenazim* ó *Sephardim* (2) son peores que ciertos comerciantes católicos de nuestra tierra que confiesan y comulgan y se pasan una gran parte del día en la Iglesia? Pues yo preferiría tratar

con un Nathan Maier de Francfort, con un Abraham Golchsmit de Hamburgo, con un Cohen de Constantinopla, y otros, que con ciertos Banqueros de Barcelona, (y dispénseme V. que no cite nombres). En mi desgraciada vida mercantil, aquéllos, los Judíos, cuando con ellos he tratado, nunca me han faltado al trato una vez éste concluído; y personajes bien católicos, en nuestra patria, ¡me han jugado unas partidas!...

En nuestra Barcelona, la católica, la de los conventos suntuosos, lo mismo que en todas partes, existe en el comercio mucha mala fe. Los antiguos ya decían que Mercurio era el dios de los ladrones. Pero en cuanto á explotaciones despiadadas, á no reconocer al talento lo que le es debido, y á la tiranía del capital, me atrevo á decir que es la primera ciudad del mundo. Sí: ahí todo se sacrifica al negocio. La inteligencia humana es confundida con la astucia, y á lo más considerada como una fuerza para producir telas de algodón y otros artefactos que se miden á varas y se pesan con balanza. En cuanto á falsificar, ahí se falsifica todo; y, como á arruinar al prójimo de la manera más infame con las sociedades de crédito,

en Barcelona se encuentran los prototipos de ello, y son católicos, y van á misa, y frecuentan los PP. Jesuitas, y hasta los hay que levantan templos al Señor.

Esto, créame V., no depende de la religión que se profesa; depende del corazón. Muy bueno y santo es el predicar el Amor y la caridad; pero aun lo es más el practicarlo. V. lo practica por el *Cristianismo:* yo por el *Altruismo,* que me hace tender á procurar un estado mejor á todo lo que vive y siente. Mire V.: en esto soy como si dijéramos discípulo de San Francisco: hasta procuro no dañar, y, si puedo, aliviar á los animales inofensivos ó amigos del Hombre. Ya desde pequeño, por esto, tuve horror á la caza, lo cual por poco me cuesta un día un desafío por haber censurado á un Barón alemán que en los Alpes cazaba por el placer de matar pobres pajaritos (3). ¿Qué importa el nombre si la virtud que se practica es la misma? Y perdóneme V. la herejía.

En cuanto á lo que V. dice de la *Oración sobre la Acrópolis de Atenas,* de Renan, estoy con V. No creyendo, como él no creía, en las divinidades antiguas, aquello sólo resultaba una hermosa peroración, un ditirambo de admiración artís-

tica, no una expansión de un alma religiosa.

Una última aclaración. Cuando hablo de los desbarajustes de ciertas civilizaciones pasadas, no quiero decir que los aplauda: al contrario, los condeno como toda persona honrada. De Roma, por ejemplo, no he de leer Tácito, que me lo sé de memoria, como también Suetonio y los demás cronistas é historiadores romanos. Como Tácito, aborrezco la tiranía de los Césares y la inmoralidad de ciertos patricios de aquel entonces, bastante parecida á la que en Madrid reina hoy día. Precisamente sobre ésta hice una crítica acerba en un capítulo de una de mis obras (4). Lo que yo he querido decir en mi artículo es que estos vicios no eran más que la escoria de las grandes cosas que en la Roma antigua, como en la Italia del Renacimiento, se elaboraban, tal como la luz produce la sombra; y que en ciertos estados metódicos, morales al pie de la letra, acompasados, observantes estrictos de las leyes escritas, sin libertad de criterio y de una manera estrecha, en ellos resultaba cohibida la Naturaleza humana, y en ellos nada bueno ni malo se producía, reinando sólo la esterilidad más completa, y por tanto decía que vale más una gran expansión irregular



de la vida colectiva, con todas sus brutalidades y desbarajustes, que un frío encogimiento.

Mil y mil gracias por su preciado artículo; mil y mil gracias por la buena intención y el afecto que V. me demuestra. Crea V. que la fe que en todo él palpita me ha conmovido. Orgulloso estoy de haber merecido tanta honra de parte de quien tanto sabe y tanto vale. El de V. es el artículo de un Santo y de un Sabio, y dichoso es el país que puede contar entre sus hijos con hombres como V.

Ansioso estoy de leer su libro *La Tradició Catalana*, del cual tengo preciosos informes. En llegando a Barcelona será el primer libro que compraré. Y vea V. si nos parecemos: V. defiende la Autonomía de Cataluña en nombre de la Religión, Valentí Almirall lo ha hecho en nombre del Derecho y del racionalismo; y yo partiendo de las Ciencias naturales, apoyándome en la Antropología, la Fisiología y la Psicología, la defiendo en virtud de las leyes orgánicas que rigen el desarrollo de las razas humanas sobre la Tierra. Con distintas armas, y vistiendo diferentes uniformes, todos defendemos la misma bandera; todos somos capitanes del mismo ejército, aunque pertenezcamos a cuerpos dis-

tintos. Y en los días de peligro, que tal vez no estén muy lejos, lo mismo V. que yo sabríamos sostener el puesto de honor que nos fuese confiado hasta perder en él la vida. Venga un abrazo á través de los Pirineos, y crea V. que le quiere y aprecia en lo mucho que V. vale este su antiguo condiscípulo, que es un *hereje*, cuyo mejor placer es el de hacer bien á sus semejantes y cuyas tendencias se cifran en disminuir el sufrimiento y el dolor sobre la tierra. Si alguna vez me encomienda V. á Dios en sus oraciones, hágalo por la intercesión de San Francisco de Asís, de aquel Santo que más profundamente ha sentido el amor por todo lo que vive y alienta en la Creación; porque pienso que si hay otra vida, tal como lo enseña el dogma cristiano, cuando mi última hora sea llegada él comparecerá arrodillado ante el trono del Eterno á pedir perdón por mí, gracias á lo mucho que he amado al prójimo sobre la Tierra.

Es suyo de todo corazón su antiguo condiscípulo POMPEYO GENER.

París 20 Diciembre 1892.





NOTAS

(1) Esta carta fué publicada en *L'Avenç*, (Enero de 1893) á propósito de un artículo del Dr. Sr. D. José Torres y Bages, Pbro., hoy Obispo, de Vich, en el cual contestaba á uno mío sobre Renan publicado en el mismo periódico, y que luego incluí en el estudio que sobre dicho autor publiqué en mi libro *Amigos y maestros*.

(2) Los *Skenazim* entre los israelitas actuales son los Judíos alemanes y rusos, cuyo culto es observante al pie de la letra; y los *Sephardim* son los Judíos portugueses y españoles, cuyo rito es más liberal.

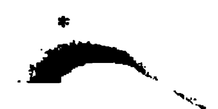
(3) Barón Schropp.

(4) Véase *La Mort et le Diable*, lib. I, cap. VII.



EL PREFACIO DEL EVANGELIO DE LA VIDA

Pirineos Orientales
1897



La Edad antigua fué la del Padre, la de la Creación.

Era de noche y el Cielo estaba cubierto de estrellas brillantes; la Tierra estaba á oscuras.

La Edad del Hijo ha sido la del Martirio, del sufrimiento.

De noche el Cielo iluminaba tristemente la Creación con la claridad débil de la Luna.

La Edad del Santo Espíritu ha llegado; la Edad del goce sobre la Tierra.

Es de día y el Sol alumbra con vigor las cosas, mostrándonos la esplendidez de la Vida.

. . . .

Cada Edad puede escribir su Evangelio. El Evangelio es continuo pues el Santo Espíritu se manifiesta hoy más fiel que nunca. . . . .

. . . .

Evangelio Eternal.

¿JOAQUÍN DE FLORA? ¿FRA SALIMBENE? ¿JUAN DE PARMA? ¿GUILLERMO DEL SANTO AMOR?



SUEÑO



SOÑÉ; y soñé que mi morada era un alcázar en una altura. Desde ella se dominaba el campo, y se veía á lo lejos una cordillera de montañas tapizadas de bosques y detrás de éstas otras, y otras, hasta perderse en ondulada línea violácea en el azul del horizonte. De estas sierras caían cascadas y nacían ríos. En la llanura cercana divisábanse jardines llenos de flores espléndidas, cuyos embriagadores perfumes subían hasta mi estancia. Era el mes de Mayo.

Yo me encontraba en una de las habitaciones de este alcázar, un estudio, que era á la vez Biblioteca, laboratorio y Museo; las paredes estaban cubiertas de tapices flamencos, las que no lo estaban por talladas arquillas ó armarios del Renacimiento conteniendo libros y objetos de arte. Cuadros, mayólicas, fayenzas, armas y trofeos llenaban las alturas de la estancia. Una galería volada, corría alrededor de la cornisa. Veíanse por todas partes bronces, mármoles y estatuas de talla. En el suelo, alfombras persas, árabes y del Turquestán. Apoyados en los arrimaderos, ricos divanes cubiertos de bordados orientales. Grandes mesas con aparatos, libros, papeles, pergaminos, etc.; sillas, sillones y taburetes antiguos. Una grande esfera armilar, y otra terrestre, se levantaban en los extremos de la estancia. Por la parte que daba al precipicio, y sobre los cármenes, tenía esta sala unos altos ventanales con vidrieras de colores simbolizando las Ciencias, las Artes, el Amor, el esfuerzo humano, etc., etc. Como la temperatura era templada, las vidrieras estaban abiertas. Y yo, sentado en un rico sillón de dorados guadamaciles del Renacimiento, contemplaba la naturaleza extasiado. Era de noche; la luna brilla-

ba; una de esas claras y serenas noches de Mayo en que las estrellas parecen vivas y vibrantes en el profundo azul del cielo. Me incorporé para admirar mejor aquel sublime espectaculo. Abalancéme sobre el abismo, apoyado en el ajimez del ventanal, y, allá, á lo lejos, hacia la derecha, donde declinaban las montañas, divisé el mar, que brillaba como si fuera de plata.

De pronto me pareció que la Naturaleza, (que yo contemplaba como si fuera parada, fija, muerta), se animaba, vivía, palpitaba. Los campos se estremecían al soplo de la brisa. Las aguas se esparramaban amorosas, abrazándose á la tierra para penetrarla. Las montañas, unas, me pareció que crecían, mientras otras menguaban y se disolvían. El cielo, el espacio todo, parecíame formado de una substancia viviente. Las estrellas pestañeaban. Los árboles se balanceaban y gemían unos, mientras murmuraban otros. El viento cantaba. El mar formaba un ritmo, un acompañamiento cadencioso, con sus olas, á la universal canción. Y las cosas perdiendo su estado estático, y, casi diré su corporalidad particular, parecían fundirse en un inmenso todo armónico, ó ser sólo accidentes del aspecto multiforme de Un solo Ser, del cual



yo únicamente abarcaba una pequeña porción, ya fuera que mi mirada lo profundizara, se elevara, ó lo recorriera en diversos sentidos. Y, lo que es más extraño, me parecía verlo más en mi interior que fuera de mí: al mirarle me hacía el efecto que miraba hacia adentro. Llegó un momento en que me pareció que El y yo éramos una sola cosa: ó yo estaba en El, ó El en mí, integralmente unidos. Lo que era, no es definible. No era macho ni era hembra; ni era viejo ni era joven; ni animal, ni planta, ni mineral; ni sólido, ni líquido, ni gaseoso; ni singular, ni plural; y era todo esto á un tiempo. Por más esfuerzos que hice nunca le vi por completo. Jamás abarqué de El más que una pequeñísima parte, y aun dudo que la comprendiera, pues jamás llegué á estar seguro de que fuera tal cual la veía. Me parecía verlo mejor con el sentimiento que con el cálculo. El análisis me alejaba de él, y sólo por el análisis podía definirlo un poco. Cuando me valía de los instrumentos científicos llamados de precisión, esta pequeñísima parte me parecía más real y más insondable, pues cuanto más la miraba más se me ensanchaba indefinidamente. Con el telescopio me aterraba el infinitamente grande. Con

el microscopio, el infinitamente pequeño. Y aun otros infinitos, del tiempo, del espacio, del movimiento, de la forma, me desesperaban. Al agrandar la visión para comprenderle, ó al concentrarla para fijarle y definirle, se me desvanecía. Temí volverme loco. En medio de ansia tal, mi conciencia le interrogó, y me pareció que me respondía:

—¿Quién eres?...

—Soy—dijo.

—¿Quién? ¿Qué?

—No tengo nombre, porque los tengo todos. Ninguna lengua puede expresarme. Nadie puede definirme. *Soy incomprensible.* Sobre esa Tierra me llamaron El, en Babilonia, Brahma en la India, Pan en Grecia. Los Hebreos no me nombraban: sólo indicaban mi soplo, mi aliento. Los Escandinavos me llamaron Odin, Wothan, es decir, Movimiento, Fuerza, Acción. Los pueblos de ese diminutísimo planeta, átomo de mis manifestaciones, han personificado y adorado algunos aspectos parciales míos transitorios. Spinoza me llamó Todo. Los dogmáticos me han dado el nombre de El Eterno, el inefable, asignándome aún un resto de personalidad, cuando ésta es sólo la fijación momentánea de

un momento mío. Así se asignan cualidades de finitud al infinito. Se me ha empequeñecido llamándome Dios. Hoy me denominan como *Incognoscible*, pero esto no es más que una definición negativa, y aun no verdadera,pues se me puede conocer, más no comprenderme. Soy *Incomprensible. Soy Indefinible.* No puedo caber en un lenguaje, ni en una inteligencia, pues *no tengo límites*.

Separándome y haciéndome distinto y causa de mis manifestaciones, se me ha llamado *Zeus*, Djaus piter, Demiurgos, *Dios Padre, Providencia.* Algunos han tratado de conocerme y han edificado una Ciencia sobre la palabra *Dios*. ¡Insensatos! No han visto que la Ciencia sólo puede basarse sobre relaciones observables de manifestaciones mías; trozos de serie de mi fuerza, de mi energía. Han querido hacer una Ciencia de lo que no puede ser sabido, y han retrasado la marcha de la inteligencia humana, de mi superior manifestación en el planeta Tierra, moviéndose en el vacío! ¡Comprenderme á mí mismo! ¡qué locura!

Los que me comprenden más son los que no intentan comprenderme. ¡A Mí no se Me comprende! ¡Se Me siente!

Podrán comprenderse de Mí algunas manifestaciones, observando, experimentando, seriando, induciendo; y cada día más. Pero nunca Todo, ni el *en sí* de mi Ser: ¡eso, imposible! Si profundizas demasiado con la razón pura, llegarás á dudar de que exista.

Y, como un rumor lejano que viniera conducido por el Eter de los espacios siderales, creía oir: «...¡El Noumeno... un Nissus profundo ejerciéndose de toda Eterninidad...!»—Y luego creí no haberlo oído, ó haberlo oído imperfectamente en mí mismo.

Un vértigo se apoderó de mi cerebro. Cuanto más quería servirme de la razón, más me parecía que iba á perderla.

Por fin, haciendo un supremo esfuerzo, le pregunté:

«—¿Cuál es, pues, tu esencia? ¿cuál tu manifestación más genuina?

—Mi esencia, ni tú ni nadie puede comprenderla ni aun conocerla. Comprender es abarcar, conocer es sentir adecuado: y tú, una de mis pequeñas manifestaciones momentáneas, no puedes ni abarcarme, ni sentirme de una manera perfecta por completo. Pero te indicaré la manifestación más esencial que de mí conocer



puedes. Se llama *Ser*, Fuerza, Energía, Movimiento, existencia, Vida; y en sus modos superiores es Sentimiento, Conciencia, Pensamiento, GENIO!

Como movimiento que soy, cambio continuamente de manifestaciones. Como fuerza, soy sonido, luz, calor, electricidad, fuerza muscular, fuerza nerviosa, Voluntad, Intelecto, y gravitación, gravedad, atracción molecular, Amor, y otras fuerzas que desconoces: unas que tú no puedes comprender, y otras que irás comprendiendo con el tiempo.

—¡Qué no puedo comprender! ¡que iré comprendiendo!—murmuré atónito.

—Sí, — exclamó, como respondiéndome. — Eres limitado, mas cada día tus límites retroceden, sin desaparecer por esto nunca. Estudia, observa, analiza, experimenta, investiga, pero evita la debilidad de filosofar fuera de esto, es decir, más allá de tu propia profundidad. Y los productos que obtengas, regístralos á beneficio de inventario. Que tu Filosofía sea el resultado de todos tus conocimientos rectificçados, y que esta sea una filosofía de fluxión, de movilidad, de rectificación continua. Ha de ser como una cota de malla, á la vez sólida y elástica, que modele



al exterior las formas de las cosas, sin deformarlas ni comprimirlas cual férrea coraza, ni ser cual débil tul que se desgarra al impulso vital de lo que envuelve. El alma del Hombre ha de ser en lo posible el tipo del universal sistema, mi reflejo más limpio.

No pretendas elevarte más de lo que tu vuelo alcanzar pueda. Y, para subir, apoya tu planta firme en el suelo. Los Santos que han querido volar al Cielo despreciando la Tierra, lo han encontrado pequeño y vacío. Sólo desde la Tierra te es permitido contemplarlo, y aparece grande y poblado. No te detengas en una sola de mis manifestaciones si quieres aproximarte á la verdadera sublimidad del espíritu. Los que han sido prodigios de mera virtud, los ascetas, los espíritus estrechamente religiosos, el homenaje que me dirigían de rodillas al sacrificarse, ha resultado parcial y deforme, perjudicial y feo. La Virtud, la Santidad, para ser perfecta, necesita de la Inteligencia, de la Ciencia, del Diablo, como se le llamó en tiempos de ignorancia. El Intelecto y el sentimiento moral son unísonos. El verdadero Santo es el espíritu justo que mejor conoce la Mundial economía. Un Hombre de naturaleza seria y vigorosa no puede ser



parcial, ni quedarse parado en los detalles, ni en especialidades, ni en actualidades. Tiene necesidad de aspirar al conjunto, de ver, de sentir, de comunicarse, de moverse, de producir, de cambiar; debe de ver los más países posibles, y tratar Hombres de todas las razas, y de todas clases y edades. Debe de comprender todas las culturas, pasadas y presentes. Debe de templarse en la paz y en la guerra, en la abundancia y en el hambre, en el amor y en el odio, en la creencia y en la duda, en el valor y en el espanto. Y debe de sentir el Arte, profundizar la Ciencia, poseer todas las técnicas, para tener la visión clara, para conocerme un poco, de lejos, pero aun muy de lejos. Y entonces, llegado al Cielo del conocimiento por todas las vías de cultura y de grandeza, sentirá el pensamiento generador del Universo, á saber, que las masas de la Naturaleza ondean y viven, y todo es movimiento, cambio, organización y creación continua. El Cosmos es eternamente vivo: no es una dura máquina que ruede matemáticamente siempre lo mismo, cual inmenso aparato de relojería de Ginebra...»

Mi admiración crecía. Llegado á esta altura, parecióme que las leyes mecánicas formuladas



por los hombres como universales, eran sólo minutos de ese no sé qué incomprensible, indefinible, innominable, que continuaba diciéndome:

«Tú, al contemplar mis múltiplesas aspectos, les das un nombre: Universo, Naturaleza; y te quedas satisfecho. Al observar una de mis manifestaciones, exclamas: *¡natural!* ¿Qué te figuras decir con esto? ¿Quieres indicar que todo se pasa de una manera regular, mecánica, prevista, común, fija? Es preciso que lo sepas: no hay nada más sobrenatural que la Naturaleza.

Tú sabes hoy lo que son las montañas y los ríos, y por qué existen; ¿pero y la Vida sobre el planeta? ¿ Y lo que llena los espacios siderales? ¿Cuándo y cómo empezó el tejido de Universos, y cuántos organismos contienen, y de qué clase?

¿Sabes tú qué especies de seres hay en otros sistemas solares, en esos que parece siguen una recta indefinida, ó en esos otros bólidos que hacen curvas al rededor de dos soles, uno verde y otro rojo? ¿Qué seres se crían en planetas que tienen atmósferas densas como la leche, ó pesadas como nuestros metales nobles, y en los que tienen veranos de siglos? ¿Cuántos reinos orgánicos allí hay? ¿Cuántos sexos contribuyen

ducir los seres? ¿Hay conciencia ú otra cosa superior que no conocemos, en estos Mundos? ¿Se manifiesta en alguna parte algo superior á lo que aquí conoces con el nombre de Vida? ¿No te admira todo esto? ¿Y lo que es la luz? ¿Qué es el rayo? «Vibraciones del éter, electricidad», diras. ¡Nombres! ¡palabras! ¡etiquetas que el mezquino del Hombre pone á los fenómenos! ¿Por qué las vibraciones de una amplitud y de una rapidez dadas son calor, y de otras son luz, y éstas aumentando de energía son rayos químicos, y aumentando más otros que tus sentidos aun no perciben, que percibir no puedes? ¿Sabes cuántos mundos orgánicos contiene cada microbio? ¿Y cuántos millones de Universos existen más allá del que conoces? ¿Cuáles les precedieron y qué otros les sucederán cuando éstos se fundan? ¿Cuál es la forma y posición de los átomos? ¿Sabes siquiera si éstos existen? Y de la duración sin límites, que jamás para, sin estación final ni punto de partida, rodando siempre, como el curso de un río sin origen ni fin, moviéndose como el vaivén de las oleadas de un mar sin orillas, del cual salen y en él que se sumergen continuamente los seres,—qué sabes tú de esto? ¿Y de la extensión, también sin fin, for-



mada por todas las actualidades, las coexistencias de las energías?—El espacio, ¿te has parado á meditar si podrían haber otros de más dimensiones que el que tú hoy concibes? Por de pronto el espíritu puede tener varias: elevación, profundidad, amplitud, longitud, y, además, intensidad...

¿Qué sabes de mis manifestaciones? ¿Que soy una fuerza? ¿que todo es fuerza? ¿coexistencia de fuerzas, sucesión de fuerzas? ¿Qué eres tú mismo más que un conjunto de fuerzas, actualidades de la total energía, que van sucediéndose en una directriz que tú mismo ignoras, aunque á veces creas vislumbrar la dirección? ¿No encuentras el Universo vivo, sagrado, mágico, misterioso, sobrenatural? ¿No te parece un Milagro permanente? ¿No sientes que no es una máquina geométrica, de curvas regulares, de engranajes duros, con móvimientos fijos, previstos, y con el Motor aparte? ¿Puedes tú distinguir el Motor de la máquina? ó mejor, ¿no ves tú que no hay tal máquina sino el Ser, manifestándose siempre? ¿No percibes que Soy Todo Uno manifestación y esencia , imponderable, inmenso, infinito, omniforme, y omniactivo, vivo, eternamente vivo, es decir, la Vida mis-

ma? Cuando desciendo, es que subo. Cuando te parece que destruyo, es que empiezo á crear.

Esta es mi ley sobre los mundos: La Vida. Y la Vida intensiva, extensiva, ascendente: hé aquí lo Sagrado. Lo menos vital tiene que ceder el paso á lo que lo es más, ó vivificarse en progresión creciente. El poner límites á la Vida, he aquí el sacrilegio máximo. Propagarla y superiorizarla, hasta llegar al paroxismo en la belleza y el placer. ¡He aquí la Religión que dicta mi soberano esplendor!...»

Extasiado, me parecía que se me revelaba la clave de los mundos.

«¡Sé creador! ¡Conservador, de ningún modo! La mejor manera de conservar es ir avanzando. Haz hijos y sepulta los cadáveres. Conservar los muertos es un crimen; enterrarlos, una religión. Conservar y pararse es destruir, decaer, propagar la putrefacción, extender la muerte. Todos los conservadores son tales por mengua de organización, por degeneración, por afeminación de temperamento: son inválidos que sólo pueden batirse á la defensiva; impotentes que pretenden privar de engendrar á los fecundos. Son el hielo, que le dice al sol... «¡Atrás, que vas á fundirme!»

Los fuertes, los vitales, son revolucíonarios, evolutivos, progresivos, creadores; duros y brillantes como el diamante, inexorables en su marcha hacía adelante, como el proyectil en su trayectoria, como el planeta en su órbita.

Todo es movimiento y lucha. La mejor manera de extender y de elevar la Vida es avanzar luchando. La Paz es el triunfo en la batalla. Envainar la Espada es firmar su esclavitud, sellar su tumba.

Soy la Vida, y siempre tiendo más allá. Pero ese más allá, es sólo por ti, que lo realizo sobre la Tierra. La Supervida, cada día mejor, sólo eres tú quien puede realizarla. Yo no me cuido de esto; sólo soy impulso. No hay Providencia más que de total energía. Tú debes de administrarla y proveerte á ti mismo. Para ello tu cerebro debe de ser paralelo del Mundo; tu voluntad formar parte de la fatalidad misma, y dirigirla.

Destruyo planetas, apago estrellas, hundo continentes, arruino ciudades, hielo la sangre en las venas, propago pestes, marchito los frutos, lanzo rayos, devasto comarcas, degenero dinastías, extingo razas, crío fieras y animales venenosos. La serpiente, la víbora, la araña, el



tigre, el chacal, el cocodrilo, el lobo de mar, y todos los microbios patógenos, y los venenos orgánicos, son mi obra; como las albúminas vivientes, los frutos sabrosos, las flores olorosas, la primavera, el Amor y la Hermosura. La locura, la perversidad, como el talento y la conciencia, son mis producciones; la fealdad y la Belleza, las enfermedades y los medicamentos.

Pero estas fieras, tú debes exterminarlas; estos venenos, tú debes neutralizarlos; estos microbios patógenos, esterilizarlos; estas albúminas vivientes, acrecentarlas; y los animales amigos, protegerlos y educarlos. Propagar la Belleza y proscribir la fealdad, exaltar el talento, sublimar el Genio, afinar la conciencia, ensanchar el corazón, es tu labor. Y si no puedes transformar lo feo en hermoso, lo malsano en vital, lo feroz en amable, lo agresivo en progresivo, destrúyelo, y engendra lo superior, que así abres paso á la Vida, á la Supervida, preparando el reino de lo superorgánico y de su Rey el Superhombre. No tienes derecho de vivir en balde. Ni límites, ni tregua, ni retroceso, ni miedo. Vence siempre, y siempre adelante, y siempre mejor y más; que por ti realizo mi superior manifestación sobre la Tierra.



Escuchando esta voz me quedé absorto: me pareció sentirme armado y librar batalla al mal, cerniéndome en lo alto cual nuevo San Jorge. Y la voz continuó: «Cuando te hayas elevado así, y así estés templado, podrás bajar desde este cielo al mundo de la práctica, y ser virtuoso. Entonces sabrás distinguir lo justo de lo injusto, y podrás bregar con los imbéciles y vencerlos, destruir las opiniones cuadrúpedas de los cananeos y derrumbar sus obras feas y materiales; y harás triunfar las tuyas de la ignorancia y del bajo egoísmo. Nada podrá en contra de ti la Muerte. ¡Crearás el porvenir; serás un Héroe!»

Entonces, en el paroxismo de la fuerza, contemplarás sereno el abismo que existe entre la ambición del Hombre y sus posibilidades, entre la demanda y la oferta de energía que forma la más horrible tragedia de las almas.»

Al llegar aquí la Voz me anonadó por la inmensidad de lo que me sugería. Sentí en mí una especie de terror sagrado. Me faltaban las fuerzas; horribles dudas me asaltaban.

«Sí! esa tragedia es la mía,—dije irguiéndome de repente.—Las atracciones no son proporcionales á los destinos. Las esperanzas so-

brepujan de mucho las satisfacciones. La insuficiencia en poder, la falta de medios de realización, es el peor tormento de mi alma ardiente. Abrasándome el sagrado fuego, acusaría la Providencia de avara y mezquina si creyera en ella. He visto el Cielo y la Tierra con ojos de poeta y mente de filósofo, y esta visión deslumbradora me ha inflamado un deseo infinito de todo. Siento una sed de acción tan furiosa como la del espacio aspirando á llenarse de Soles, de Mundos y de Satélites; una sed como la del vacío de absorber los cuerpos; para satisfacérmela, tan sólo me hallo con un poco de humedad, y á veces ¡ay! bien amarga. ¡Feliz cuando encuentro una triste perla de vital rocío! Y con esa sed infinita, soñando en una copa llena, tan grande como el espacio, ¡sólo me ofrecen un diminuto vaso de leve y frágil vidrio con una gota de vida dentro, que se me evapora!

Cada día me despierto con un hambre tan grande que sería capaz de tragarme nuestro sistema solar como un bizcocho; con una pasión de acción tan sin límites, que quisiera poner mi mano sobre la estrella polar y descolgarla. Sí: quisiera disolver el Sol y hacer otro más luminoso; quisiera jugar con la gravitación y la quí-



mica del espacio; y ¡ay! al primer movimiento que hago para probar mi fuerza, advierto que mis brazos son cortos y débiles, mis piernas flaquean, mi vista resbala sobre la superficie de las cosas, no pudiendo saber si éstas tienen más que superficies; mis sentidos me son infieles ó insuficientes. Soy un Gran Emperador cuyos Estados no obedecen; un Gran General cuyas legiones le han desertado al empezar la batalla. Y con un corto gladio he de matar al monstruo inmenso que está en el fondo del abismo. Todos se me han marchado. Nadie me sigue. Me han dejado solo. ¡Ya puedo silbar! ¡Únicamente á lo lejos me responden cantando sarcásticamente las Sirenas: «*Las satisfacciones corresponden al deseo*». Y el eco me suena cual carcajada mefistofélica que hace estremecer los mundos y oscilar los rayos de los Soles!» Dije, y caí en misillón, anonadado.

De pronto, como un aire suave y fresco vino á mitigar mi ardor y á fortalecerme, y la voz me respondió de las profundidades del infinito:

«En esto estriba *la Virtud perfecta*, *el Heroísmo:* en no espantarse del precipicio que separa la ideal aspiración de la realidad mezquina y de la realización probable. Atrévete y vencerás. El

Hombre que anhela la Verdad no tiene más que abrirle la puerta francamente. Ella pronto ha de venir á su socorro, elástica, expansiva, desbordante, siempre nueva, imposible de ser contenida. Cada día le ayudará con nuevas generalizaciones. Cada día, él, verá más ancho y más justo. Cada día realizará más y mejor. La lección de Vida, la más práctica, consiste en generalizar. Se ha de dar la razón á lo que dicen los siglos, contra lo que dicen los momentos. Se ha de saber resistir las particularidades. Tu personalidad crecerá tanto más cuanto más te desprendas de ella. Lo único que tiene sentido práctico, concreto, es lo universal. Los individuos y sus casos actuales parecen decir una cosa, y las razas, y la Humanidad, dicen otra. Un instrumento solo no es orquesta, ni una sola nota sinfonía. Con notas aisladas no hay ni melodía ni armonía: sólo ligadas constituyen la música. La apariencia es vana é inmoral; pero la realidad, el resultado, es moralidad perfecta. Los acontecimientos, los resultados, parecen aconsejar el pesimismo, justificar el descorazonamiento, proteger á los infames y aterrar á los justos. Y, no obstante, la Justicia avanza por los verdugos y por los mártires. Aunque, á cada

partida social ó política, los malvados ganen y triunfen; aunque la sociedad parezca pasar de una banda de ladrones á una manada de asesinos, y que á cada cambio de institución sigan una horrible serie de felonías; no obstante, los fines de la especie se realizan. Un acontecimiento parece hacer retroceder la Civilización de varios siglos; pero el Progreso atraviesa las tormentas, y, aunque su buque se hunda, él, á nado, llega á puerto. Las leyes contra *la Ley* son impotentes. Para continuar mi progresión de bien sobre la Tierra, á veces me sirvo de los humildes ó de los peores. A través de las catástrofes, á través de las hecatombes de los siglos, á través de las tiranías y de las revoluciones, á través de los fanatismos, las guerras y las pestes, mientras el Sol alumbre y la Tierra gire, una grande y bienhechora corriente de Vida ascendente correrá creciendo sobre el planeta.

Aprende á buscar lo permanente en lo variable y fugitivo; resígnate á la desaparición de las cosas que estabas acostumbrado á venerar sin perder su veneración ni su respeto. Sabe que los que te han precedido, aunque combatiendo con distintas armas y con otras banderas, eran soldados del mismo divino ejército del cual vas

á la vanguardia. Estás en la Tierra para ver; ves para producir; y has de producir, no para ti sino para todos. Combate con valor, que la flecha que lances contra un soldado del mal tal vez destruirá todo un ejército, ó derribará una de sus fortalezas. Ten presente que eres capitán de gentes y que no es por ti que combates, sino por ellos; y que la armadura que te hará más invulnerable, y la espada que te hará más invencible, son la de la clara visión de los hechos, y la del ideal creciente, que hace fructificar todo lo que corta y vivifica al enemigo que hiere. Y, por fin, ten valor; sé fuerte como la fatalidad que ninguna acción se pierde, llegando más lejos cuanto de más alto venga y más intensa sea. Mantén tu plan de progresión de Vida Superior con una energía análoga á la de la gravitación. Sé radiante de idea como un Sol y orbitado como un planeta.

Y, aunque el abismo se abra bajo el abismo, las creaciones se sucederán, que la Creación es continua y Yo el Padre Eterno, pues todas las cosas están precontenidas en Mí, la Eterna Causa, que quiere que la Vida no se extinga nunca, porque Soy y no puedo extinguirme.»

Calló la voz; y, oído esto con beatitud y entu-

siasmo, quedéme fortalecido. Y miré, y me pareció que al azul manto de estrellas del SER se volvía al cielo, que su sobrevesta eran los montes y los llanos, con los bordados y galoneaduras de los bosques y los ríos; y su falda vi que era el Mar.

Y se fué clareando el espacio iluminando la creación de rosados tintes, y apareció el Sol derramando luz y vida por la Tierra.

Y yo, extendiendo los brazos al firmamento, exclamé: «¡Oh energía permanente! *¡Hágase tu voluntad!*»

Y bajo la inspiración del Santo Espíritu empecé á escribir *El Evangelio de la Vida.* (1)

Mayo 25 de 1897.



NOTA

(1) Este *Sueño*, como la *Trilogía* que sigue, forman parte de una obra mía escrita en francés, que verá la luz, probablemente, antes de un año en París.

El *Sueño*, como indico ya, es el *Prefacio* del libro los cantos de la *Trilogía* pertenecen á la segunda parte del mismo.

❧ LA TRILOGÍA DEL EVANGELIO DE LA VIDA ◆ LA SOLEDAD ◆ EL SILENCIO ◆ LA NOCHE ❧ ❧ ❧

París
1899

La Naturaleza es una arpa eólica cuyos sonidos sólo son perceptibles al alma poética: esta no hace más que reflejarnos las armonías de aquélla.

NOVALÍS



I

LA SOLEDAD



ROMETEO ha dado al hombre el Fuego sagrado, la Luz, que es Vida, y le ha acompañado en su marcha ascendente hacia el Superhombre, á través del Mundo de lo viejo, del mundo del momento, poblado por los superfluos y los utilitarios. Al llegar á una meseta situada en una gran altura le hace ver cómo el Cielo de los Dioses está vacío. Y le enseña que el Héroe perfecto no es el que escala los Cielos, sino el que les obliga á bajar sobre la Tierra; y después desaparece.

El Hombre sobrehumano se queda solo, y contempla lo bajo del Mundo de las muchedumbres. Las ciudades le parecen llanas, y divisa en ellas

unos puntos negros. Son los templos que él admiraba por verlos, desde abajo elevarse sobre todas las construcciones humanas, y que, vistos por encima, sólo aparecen como manchas oscuras.

Y, al sentirse en la Soledad y en plena Naturaleza, toma la lira de Orfeo y canta este canto ditirámbico:

«¡Oh Soledad Magnífica, hermana del Silencio! ¡Qué bien se halla en tu seno el que tiene la visión clara, el Hombre de alma fuerte!

¡Que fortificante eres y que fecunda!

Sin ti, ningún sabio de la Tierra habría producido nada, porque tú eres la Madre eterna de las Grandes cosas!

Tú eres la que me has enseñado á ser yo mismo, y á seguir avanzando en mi órbita sin cuidarme de los aullidos de los perros vagabun-



dos que ladran á la aparición de todo astro, como á la de todo lo que luce y se levanta al Cielo!

¡Cómo aumentas mi ser, mi HERMOSA COMPAÑERA! Contigo todo lo veo claro y limpio; mi fuerza crece; y lo que hay en el Mundo y en el Universo, todo lo mido y todo lo peso.

Contigo, en la espesura del bosque, en las altas cimas, ó en las orillas de la mar profunda, lo mismo que encerrado en un palacio, en rica estancia, ó en pobre y mísera boardilla, siempre estoy á mi placer, mi DULCE AMIGA. Y encuentro que la Tierra y el Cielo, y cuanto hay en ello, todo, todo es propiedad mía. Y los Universos, y lo que ya ha sido, y lo que aun ha de venir y que sólo se vislumbra cual nebulosa vaga, y lo de otros espacios; todo me pertenece, todo entra en mí, todo puedo pesarlo con la balanza Superior del Intelecto. Gracias á ti, todo lo veo claro con la luz fija y potente que en mi interior llevo, y que en el Mundo, con la gritería de todos los subhombres, oscila á veces y hasta se apaga. Y me siento Juez Universal presente, y futuro Creador de sueños de aquellos que preceden las construcciones venideras, las organizaciones nuevas; sueños que casi

siempre, más ó menos modificados, se realizan.

Yo me he sentido mucho más solo, mucho más abandonado, en medio de la multitud, ó SOLEDAD DE MI ALMA... sí, mucho más abandonado que en tu seno. Allá, en la multitud, nadie me entendió, ni pudo comprenderme; y algunos que parecía que me entendían, lo hacían ver tan sólo, pero no me comprendían. Eramos demasiado diferentes. Yo no podía caber en ellos. Tenían el alma demasiado estrecha, y el intelecto sobradamente bajo, los que lo tenían. Yo me sentía *Unico*, y ellos querían que sólo fuera *uno más*, uno añadido á los otros. Y se burlaban de mí porque no seguía el camino del rebaño, ya abierto por la vieja rutina. Y porque yo me abría mi camino, me llamaban loco y me tiraban piedras; y hasta querían privarme de que yo viese claro y de que subiera alto á la Gran montaña, pues tenían miedo de que, viéndolos por encima, me diera cuenta de cuán pequeños eran y los dominara. Querían hacerme marchar poco á poco por el camino llano, y que yo también me aplanara... ¡Ay! ¡Me ahogaba!

Pero ahorá contigo yo respiro, oh SOLEDAD LIBERTADORA!

Contigo he atravesado campos, valles y ciu-

dades, y mares, y desiertos. Y he visto el mundo mejor, sin que nadie me falseara la visión torciéndome las imágenes de las cosas, ó me levantase espesa polvareda que me las velara; porque tú eres Diáfana y Conductora, y haces que me comunique directamente con todos y con todo, menos con la impertinencia de los subombres que todo lo estorba y que todo lo aborta. Y tú me has dicho que de cuando en cuando es preciso que vuelva entre ellos, sí, con los del gran número, para ver lo que hacen, si los que se llaman legión bajan ó suben, y ayudarles á subir, aunque no sea más que á una altura material poco elevada. Porque entre el lodo de la multitud se encuentran partículas de oro; pero éstas no son las que más lucen, sino que suelen estar hundidas casi siempre, y hay que adivinarlas y extraerlas, que, levantadas al aire libre, brillarán cual las estrellas.

Contigo, oh Soledad Evocadora he aprendido á ser bravo y bien templado. Tú has hecho qne pudiera sentir sin estremecerme, desde el fondo de mi ser, la voz lejana de mis antepasados, intrépidos marinos, exploradores atrevidos, siempre haciendo vía por la mar en busca de países nuevos; adalides de progreso; perseguidores de

piratas Sajones ó del Islam; soldados de la libertad; nautas de ideas. Y contigo me han aparecido, y me han dado orden de marchar siempre adelante y de luchar siempre sin reposo ni tregua.

Sólo contigo, ¡oh SOLEDAD, oh CONFIDENTA mía! puedo ser franco y expansivo: nada tengo que esconder, todo puedo decirlo, todo puedo revelártelo, hasta los sentimientos más íntimos de mi corazón y los estados más recónditos de mi conciencia. Y puedo soñar tranquilo con todo el corazón y con toda mi alma. ¡Y qué bueno es el soñar cuando uno llega de allá bajo, de la multitud, de la chillería, y sale asfixiado por su atmósfera pesada y baja, con el corazón compungido y la conciencia sublevada!

Contigo respiro un aire más puro, respiro fuerte, y me siento exuberante y presto para la lucha. Y puedo engendrar bien, y tu hermano el Silencio me cría mi concepción tal cual yo quiero, sin que se sepa. Ya volveré á la multitud para desatontarla, echándoles el hijo que contigo he tenido, para que todo lo remueva.

Tú me enseñas á encontrar el sentido justo, la expresión adecuada de las cosas, ¡oh GRAN MAESTRA! Sí, de las cosas que han sido, de las

que son y de las que aun se hallan en la penumbra del presentimiento. Y lo que contigo concibo tiene una tal fuerza, que los ídolos más altos, las estatuas más firmes tiemblan cuando mi palabra cae como un rayo encima de ellas. Porque tú haces que el pensamiento no se evapore, y que la acción no se agote. Y así, en estado latente, las energías se acumulan y se comprimen y se multiplican. Y cuando descargan, todo lo derriban, todo lo hunden, es decir, todo lo que sea viejo, carcomido, vacío, enclenque ó falso.

Y las piedras que la tempestad arroja y que en tus nublados se preparan, silban como balas, estallan como granadas, y tocando á las que todos creían construcciones fuertes, las hacen sonar á hueco y las pulverizan.

Y los muertos, y los fantasmas que allí reinaban, se espantan y huyen. Y la luz viva, que vivifica, hiere los ojos, acostumbrados á la oscuridad, de aquellos mismos á quienes viene á dar más Vida. Porque tú eres MADRE DE LAS TEMPESTADES NECESARIAS que todo lo purifican y renuevan, oh SOLEDAD BIENHECHORA tú eres la COLABORADORA INDISPENSABLE de las grandes ideas que han dirigido el Mundo de los Hombres. Tú

has muerto y echado al viento las cenizas de todo lo que parecía Eterno é indestructible. Y has contribuído á la Creación de las obras más maravillosas. Hasta, según cuentan los Sagrados libros de Judea, Jehová estaba contigo cuando creó la Luz, el Sol, el Mundo y las Estrellas.

Los que no se hallan bien en tu compañía, es que son vacíos, falsos, estériles, ó de aquellos que no pueden tolerarse ni á sí mismos. Pero contigo están á su placer los grandes productores, los fecundos, todos aquellos que llevan un mundo dentro de su alma, ó que tienen un alma que por sí sola vale un mundo.

Estando contigo, lo he visto todo claro hasta de noche y en la oscuridad más profunda. No, y no he necesitado de luz alguna pues me ha bastado con la que yo llevaba dentro. Así, yo he hablado con los que han sido tus amantes, y aun hablo con ellos, y todo me lo cuentan. Los Grandes del pasado me han dicho cómo estando contigo se les ha ensanchado el alma. Gracias á ti, siempre que quiero, con ellos departo.

La pasada noche, conversé con el Emperador Juliano sobre el fin de los dioses de Grecia y Roma, y de la oscuridad que, viniendo de

Oriente, invadió el mundo Antiguo occidental, tan luminoso y bello. Ve si la oscuridad y el tedio fueron grandes, que, según me dijo, hasta el cantar volvióse triste, el Hijo muerto del Dios de Israel vino á reinar sobre la Tierra, y el ideal del Hombre fué el suplicio.

Los Héroes que pasaron, gracias á ti, todo me lo comunican; no tienen para mí ningún secreto, pues estoy contigo tal como ellos estaban. ¡Sí, contigo, la ETERNA! que acoges á todos los heridos de la lucha y les das nuevo aliento, les reconfortas y los curas.

Tú ¡oh SOLEDAD REVELADORA! tú eres la que me has revelado la esencia de las cosas al hacerme ver que todo no es más que apariencia, y que esta es la sola realidad por nosotros cognoscible. Tú me has dicho que la Ciencia no encuentra la Verdad, sino que descubre, más grande que nunca, en último término, después de las series de fenómenos más ó menos comprensibles, el Eterno Misterio, que tanto cuanto más retrocede, más se agranda y se levanta.

Contigo he aprendido á ver que los más grandes tiranos los llevamos dentro. Vencidos éstos, el yo *Unico* vence la Naturaleza, y sólo así puede

ser libre. Y la mayor parte de tales tiranos, cuyo yugo nos oprime, son muertos; nos subyugan por su peso, por la inercia. Nuestro esfuerzo ha de ser sólo para echarlos. Una vez fuera, nuestro ser fructificará con libertad completa. No hay ningún libro en el mundo que me haya hecho pensar lo que tú, oh PROFUNDA INSPIRADORA!

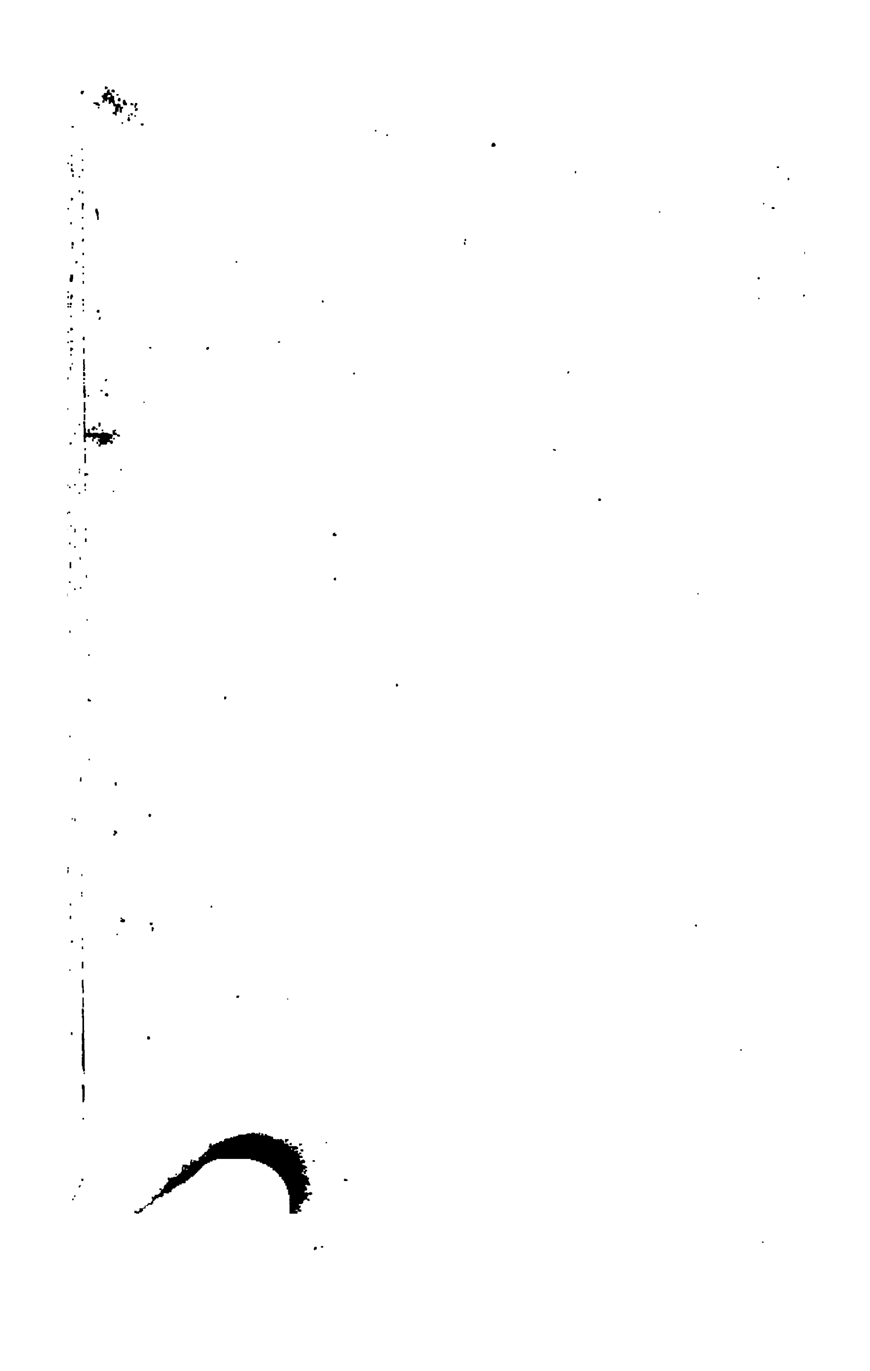
Tú me has mostrado cuál es la fuente de todo derecho, de todo valor sobre la Tierra: tal es la Vida. Y la he visto como energía, instinto siempre creciente de sobrepujarse á sí misma, como impulso de producción, como evolución perpetua. Y he dicho, «¡adelante, y siempre más alto!» Y, avisado por ti, me he lanzado á la pelea en medio de la batalla, creyéndome mucho más fuerte que la Muerte, es decir, invencible, ya que tú me habías consagrado separado de los demás al declararme *Unico*.

¡Qué BELLA eres, SOLEDAD, cuando estoy contigo en la serena noche, con el manto de estrellas todo punteado de brillantes y lejanos soles, con el joyel de la Luna! ¡Sin hablar, todo me lo comunicas, porque todo habla en ti para el que bien sabe escuchar en el gran reposo de tu hermano el Silencio!



Contigo he vivido Feliz: en tu seno he de morir cuando esto sea. Así no desmentiré mi Vida heroica!»







II

EL SILENCIO



L Hombre superior, subiendo la Montaña del Conocimiento, encontró á los que descendían de ella: parecian rebaños conducidos por pastores sin cabeza, ó por lobos disfrazados. Su gritería incoherente le aturdía; trató de dirigirles la voz para que volvieran de camino y le siguieran hacia arriba. Pero ellos le apostrofaron y continuaron bajando hasta hallarse al nivel del bajo suelo. Entonces, él, con el alma dolorida, llegado ya á las alturas, sentóse á la sombra del frondoso árbol

Igdrasil, el árbol de la Vida, y fué presa de las siguientes meditaciones.



«La facultad de sentir el dolor y de dominarlo, para hacerlo desaparecer ó para oponerse á él, hé aquí la cualidad del Héroe. Y hay que ser Héroe para bregar con los insignificantes, con los superfluos, con la subhumanidad, que es la mayoría.

El dolor es y ha sido siempre lo que ha impulsado el Progreso; el dolor, ó sea el grito de alerta que nos da nuestro organismo cuando se siente amenazado de muerte ó de menos Vida, es lo que hace que tendamos á una Vida superior. ¡Ay del que no sienta el dolor, ó del que lo sienta y no reaccione!

Pero la acción que el dolor provoca, es tanto más fuerte cuanto más se incuba, cuanto más se acumula, cuanto más hondamente se elabo-

ra. Lo que se pierde en chispas, nunca explota.

De aquí el que todo gran acontecimiento, todo gran acto, toda grande obra, deba de ser concebida en el silencio y en el seno de la Soledad augusta.

¡Cuando los déspotas, los tiranos, imponen silencio á las ideas, arman y hacen fuerte al oprimido, sin saberlo!

El Silencio es el signo de todo lo que un Hombre verdadero puede llevar á cabo. El Silencio es la más elocuente revelación de la fuerza que llevamos dentro. El Silencio es el elemento en que todas las grandes cosas se han concebido, han germinado y se han hecho, antes de salir á la luz del día. En él se forjan y se coordinan para salir acabados y majestuosos al aire libre de la Vida. El hijo es concebido en el Silencio, y en el silencio del vientre maternal se va formando y se desarrolla. El árbol sale de la semilla en el Silencio del seno de la tierra. Y cuando sale y lo ven, ya hacía tiempo que allí se organizaba. La obra de Arte es meditada y hecha en el Silencio del taller, y la de Ciencia en el Silencio del laboratorio. En el Silencio de la noche se maduran las ideas, que están destina-



das á conmover el mundo al siguiente d
selección más profunda la que elaboran
dad y el Silencio, esos dos elementos sin
les no serían las grandes cosas! Ellos b
malo, derriban lo viejo, preparan lo m
pensamiento no hace su superior labor r
en el Silencio. No en el Silencio de la p
de la Muerte, sino en el de la Vida, late
tro de la conciencia. *«Que tu mano izqu*
nore lo que se prepare á hacer tu mano d
decía Pedro el Grande de Aragón. *«De*
de los habladores que ellos han de perder á
pueblo», había escrito Mahoma. En to
grandes cosas de la Tierra hay un silen
cho más elocuente que ningún discu
que se esparce en palabras, se evapora,
de fuerza. Los tontos hablan hasta de
que no vale la pena de que se hable de
de lo que debería olvidarse. La Historia
dora no nos cuenta casi más que aque
no debería de ser contado lo que no
para nada, para nada que sea Vida. Crí
miserias, devastaciones, dinastías, todo
ha privado de vivificarse el planeta, todo
ha sido obstáculo al gran trabajo human
Vida y el propio trabajo. Si uno co

lo que se prodiga y se pierde en miajas, en palabras sin sentido ó de sentido bajo, ó sobre acciones mezquinas, entonces se apasiona y comprende el Gran Imperio del Silencio.

No os fiéis de todo lo que trinca y suena, al presentarse con sonido de cascabeles, ó como las detonaciones de una *traca*. Es un coche que pasa conduciendo á alguna insignificancia pretenciosa, ó un chiquillo mal educado que se entretiene en asustar á los que trabajan.

Los hombres nobles, callados, dispersos por aqui y por allí, cada cual en su respectivo reino del espíritu, pensando silenciosamente, obrando silenciosamente, sin que de ellos hable ningún periódico de la mañana, ni ninguna hoja de la tarde: estos son los que preparan la Vida Nueva. Son el Oro de la Tierra, que está escondido dentro de la mina. Son el brillante que, siendo todo carbón tal como los demás carbones, no se parte, ni se pulveriza, y brilla en cuanto lo tallan, deslumbrando al mismo que lo talla; porque ha cristalizado en el Silencio de los siglos. Es un carbón inmortal.

Un país que no tiene hombres de estos no es un país. El que los posee, por bajo que parezca hallarse, por caído que esté, está á la víspera de



su engrandecimiento. Un bosque sin raíces no es concebible. Mas en un campo sembrado nadie observa nada, y no obstante, lleva todo un bosque dentro.

¡Desgraciado del Hombre si no tuviese más de lo que decir se puede!

El Silencio, el Gran Imperio del Silencio, más alto que el Cielo, más profundo que la Muerte, el Gran Silencio incomparable, preñado de los gérmenes de la vida... ¡El sólo es fecundo. El sólo es Grande!»







III

LA NOCHE

A Noche iba llegando, y las cosas visibles se iban oscureciendo, perdiendo sus contornos y desapareciendo poco á poco.

El Hombre estaba pensativo. La Luna, como un gran disco de fuego, salió por encima de un bosque de pinos, y, elevándose pausada y majestuosamente, empezó á iluminar con sus rayos débiles las masas de la Naturaleza.

El Hombre levanta la cabeza, respira el aire



fresco, contempla admirado el espectáculo y exclama:



«¡Oh NOCHE! Tú eres uno de los grandes estados pasivos que vivifican. Tú eres la ausencia del Sol, como el Silencio es la ausencia de la Palabra, y la Soledad la ausencia de los Hombres. Pero eres de estos estados pasivos-negativos, en los que se engendra y se germina, en los que la fuerza crece.

Tú haces callar todo lo que nada nos importa oir ni que sea oído. Tú borras las formas feas, importunas, exageradas ó duras y angulosas en demasía; y todo lo suavizas, lo armonizas y difumas. Y el Espíritu, no excitado por la gritería de todo lo que chilla y rebulle y desentona en el mundo que Tú desvaneces, puede entregarse libremente á sus meditaciones profundas y tranquilas.

Así que te presentas, las impresiones que de los objetos recibimos se transforman, ó las transformo yo á mi antojo siempre que quiero;

y mi poder crece y se ensancha, pues puedo hacer que comparezcan sólo aquellas que me convienen, y en el lugar que me place, y tantas ó tan pocas como yo necesite.

El viento sopla y murmura, y se arrastra buscando las cosas que ya han desaparecido; y se lamenta y gruñe quejumbrosamente como si no las encontrara más que como obstáculos.

Pero yo hago que aparezcan mediante la mágica invocación de los Arios, obligando á que venga en mi ayuda el dios Fuego, padre de la Luz divina. Y la Luz me vuelve á crear la Creación, tal como la quiero, del color que la deseo, intensificándome los objetos, que me es necesario que comparezcan en el primer plano de mi visión interna. Y de este presente de un Titán tú ¡oh NOCHE! eres quien me hace apreciar las grandes ventajas. ¡Oh generoso Prometeo! ¡Bendito seas, que gracias á tu don tengo el poder de evocar las cosas! Y ¡bendita seas Tú también, oh NOCHE BIENHECHORA!, porque me suprimes las cosas que me son innecesarias, nocivas ó molestas.

Tú también tienes tus albores, ¡oh NOCHE SERENA! tu claridad suave y tranquila, que mitiga las excitaciones nerviosas. Tú evocas la Luna,

que silenciosa sale á vernos, y que nos envía magnánima la luz que del Sol recibe cuando éste no nos la da directamente, y así nos muestras una creación mucho más idealizada. Y las almas sedientas de poesía salen á respirarla á pulmones llenos y se sienten amorosas.

Y la plácida Luna y los millones de diamantes que palpitan en tu inmenso azul oscuro forman una sinfonía que incita los corazones á que se amen. Y las almas enamoradas se juntan y se confunden; y los cuerpos se enlazan y, en mil besos de fuego, se comunican sus mutuas energías, formándose así, de dos, aquel Ser único de los primeros Evangelistas *mite are, mite thilu.*

Y, mientras tú reinas, los grandes solitarios que aman algo más grande que un ser de la otra mitad de nuestra especie, dejan que su corazón se dilate, soñando en universales armonías, y preparan su *Buena Nueva* del Amor Humano ó del Amor Universal, para los futuros estados, ya que en suma el Universo sólo es Amor y Sabiduría.

Y esta lección de Amor eres Tú, ¡oh Noche Clara! quien nos la enseñas, con tus millones de soles por segundo, y con tus billones de as-

tros, que si se sostienen siguiendo la vía de sus órbitas, si ruedan é iluminan, si tienen organización y vida, es por la gravitación, nombre que los astrónomos han dado al inmenso Amor Divino, que empuja sin cesar los Universos en su ruta infinita.

¡Oh NOHE INSPIRADORA DE AMOR! Tú siempre lo has inspirado á los corazones inmensos. El buen Jesús, cuando tú llegabas sobre la Tierra, oraba por los Hombres, y el dulce San Francisco por los Hombres, los animales y las plantas.

Y, así como infundes Amor, ayudas también á la Sabiduría.

¡Oh *Noche Tranquila!* Todo calla durante tu reinado; todo, menos el cierzo que se insinúa y gime, y las fuentes que borbotonean. Y los espíritus grandes, que son también fuentes, fuentes de creación continua, manan con más abundancia y desparraman más fecunda y profundamente la creación de su alma.

Gracias á Ti, los Genios se comunican, y vienen al mismo tiempo, los de todas las épocas y de todos los países, y se dicen cosas que el común de los mortales jamás ha oído. Y Tú los evocas; y el que elabora el nuevo Espíritu, el nuevo Evangelio, puede penetrarse de su alma.

Tú, ¡oh NOCHE EVOCADORA! eres la
un nuevo mundo, de un mundo fantá
cho mejor á veces que el mundo real
mundo de los Sueños. Y si hay Sueñ
dores y malos, sombras y pesadillas,
son tus ficciones, cuando te vas te
contigo y nos libras de ellos; y si son
ilusión, sueños dichosos, aunque c
desvanezcan, nos dejan algo así como
cia, un aroma, que perfuma todo nu
al siguiente día. ¡Y es tan bello soña
en tu reinado he soñado despierto; l
liz; he hecho mis más grandes cosas.

¡Tú eres la prueba de los corazone
¡oh NOCHE SOLEMNE! Cuando tu rein
miedo y tiemblan todos los que care
ánimo esforzado y una bien templada
cia. Pero los fuertes, los magnánimos
en ellos llevan la luz de la energía ir
se acobardan ni andan á tientas. Lo
dramáticos con que presentas al mun
tasían; tus negruras y oscuridades le
renidad de espíritu y hasta en tus ten
se dilata su pecho y respiran más
hondo, porque tú eres la prueba de l
tes de cuerpo y de alma.

¿Cómo sin ti podrían librarse de los déspotas los proscritos, los que huyen de la persecución y la tiranía, los que urden las libertadoras revoluciones? Si durante tu Imperio merodean los ladrones y los asesinos, como las hienas y los chacales alrededor de los cementerios, también das prudencia á todos y les avisas para que se pongan en guardia y cierren bien las puertas... que al fin la Vida es lucha, y el interior humano fortaleza inexpugnable. Al que pretenda violarlo, mátalo: tienes derecho á ello.

Con tu refrigerante soplo nos calmas el ardor que el Sol nos ha dejado, ese calor malsano y bochornoso, padre de las infecciones, las fiebres y las epidemias; menguas las congojas, la sangre se atempera y viene la calma.

Todos los seres inteligentes, los grandes sensitivos, las almas de artista, encuéntranse en su elemento cuando Tú llegas. Su imaginación se siente más libre, su fantasía vuela tan lejos como le es posible, sin hallar nada que la limite.

Tú haces dormir, ¡oh Noche Reparadora! y traes consejo, y rehaces todos los organismos vivos que en la Tierra palpitan. Y tanto si su trabajo es mucho como poco ó ninguno, todos



los seres descansan en tu seno, y le abandonan nuevos y fortalecidos al llegar el día.

Y á los que no duermen, á los que inspirados velan, para pensar ó amar, en cuanto te vas les dejas como precioso legado el sueño, que, al venir tú, das á los otros. Y así, por ti, el mundo se reorganiza, continúa, crece y se multiplica, ¡oh GRAN MADRE DE LAS GENERACIONES, pues que la mayoría de los seres son engendrados y concebidos en tu reino.[1]

¡Gloria á ti, oh NOCHE AUGUSTA, gloria á ti, que atesoras fuerzas para el nuevo día.





FEDERICO NIETZSCHE Y SVS TENDENCIAS

París

1895-1900

Todos estos peajeros, *y estos Reyes y estos mercaderes, todos estos guardianes de países y de tiendas, todos son mis enemigos.*

. . . .

. . . .

He subido á mi Verdad por diversos caminos. No he montado por una sola escalera á la altura desde la cual mis ojos miran á lo lejos.

. . . .

. . . .

«Este es mi camino. ¿Dónde está el vuestro?» Esto es lo que les respondo á los que me piden «el camino», porque el camino... el camino no existe...

. . . .

. . . .

He aquí lo que he vislumbrado haciendo vía. EL SUPERHOMBRE. *El Hombre es algo que ha de ser sobrepujado, porque el Hombre es un puente y no un objetivo.*

Así habló Zarathustra.

NIETZSCHE.





FEDERICO NIETZSCHE



L gran pensador Federico Nietzsche nació el 15 de Octubre de 1844 en un pueblo del Roecken, cerca de Lutzen, de padres protestantes. Su padre era Pastor. Sus abuelos, los Niëtzky, eran, á lo que parece, unos nobles polacos, que se refugiaron en Alemania á principios de 1700 á causa de su disidencia con la religión de su patria. Estudió en el colegio de Pforta y en las universidades de Borm y de Leipzig. En 1869 fué nombrado profesor de filología clásica en la universidad de Basilea, donde explicó seguidamente hasta 1876, excep-

to el intervalo de la guerra Franco-A

Cuando se declaró la guerra, Nietz llamado á las armas como todos los alemanes de veinte á treinta años. Pc lidad de profesor, y á petición suya, se l como oficial á las ambulancias militare cuales hizo toda la campaña de 1870 Frente de París un casco de granada le caballo, y él cayó al suelo recibiendo lenta contusión en la cabeza, que fué, darlo, el origen de la locura que le at tarde y, por tanto, el de su muerte. Op gunos fisiólogos alemanes que la contu recibiera al caerse del caballo enfren Capital del mundo civilizado, fué, como de San Pablo en el camino de Damasco gen de su inspiración y de su genio. Se lo que se quiera, lo cierto es que su vis sófica especial del Universo se le desar sólo después de esta época.



Desde muy joven demostró ya una te al estudio y al aislamiento. Su pensami

enérgico y apasionado. Era antes que todo franco, leal y directo. Aunque el mundo se viniera abajo, tenía que decir lo que pensaba. No podía tolerar el disimulo, ni la atenuación de las ideas en beneficio de preocupaciones existentes. Tenía horror á todo lo que fuera sacrificar al dios vulgo ó al dios éxito. «Un conde Niëtzky no puede jamás mentir. La sinceridad más absoluta debe de ser su norma, aunque le cueste la vida», decía á su hermana, siendo niño. Dueño de sí mismo, aprende á dominar el dolor y lucha como un estoico contra el sufrimiento físico. Es respetuoso con los demás, porque se respeta á sí propio. No se prodiga. Vive retraído. Tiene pocos amigos, pero éstos son inteligentes y aun geniales. Sus instintos son artísticos y aristocráticos. Es aficionado á la música y á la pintura. Adora con pasión la poesía. Muestra una profunda repugnancia por todo lo vulgar ó nulo, y un gran afán para sobrepujarse constantemente. Posee una voluntad heroica y una inteligencia dominadora. Cuando habla admira, cuando escribe sugestiona. Pocos autores en tan pocos años han hecho tantos prosélitos. Su carácter es de hierro, mas su corazón es tierno y delicado. Sensible á la belleza y á la ar-



monía, repulsivo á toda clase de disonancias, todo lo que desentona le subleva, todo lo inarmónico le irrita.

Antes que todo es un escritor de visión deslumbradora, aunque á veces no continua. Podría comparársele á un Sinaí lleno de relámpagos. A cada centella de su genio descúbrese una perspectiva nueva é ilumina los recodos más obscuros de la Creación ó de la mente.

Su alma es de un temple inusitado. Tiene la finura, la alta inteligencia de un Ateniense, unida á la dureza del Espartano. Él solo se pone enfrente de todo el Universo y reta hasta á los fantasmas de su propia conciencia. Parece un Héroe de la tragedia antigua. Detesta toda debilidad, toda componenda; todo lo mediocre le subleva. Odia la hipocresía y el servilismo como los mayores crímenes. Sigue la trayectoria que le ha trazado su superior naturaleza sin que nada le detenga, y en tal conducta es implacable hasta para consigo mismo; sin temblar sacrifica á sus ideas, su reputación, su bienestar, su vida y, lo que es más, la dicha y la vida de su mujer y de su hijo. Sube hasta lo alto de su calvario sin encorvarse; imprecando al Cielo con el corazón desgarrado y las carnes chorreando

sangre; y no exhala un ¡ay! tan sólo; á lo más profiere la blasfemia heroica, nunca una plegaria plañidera. Es un Héroe á la vez sublime y espantoso, admirable é inquietante. Parece á un tiempo capitán y profeta; las voces que profiere, de tanto en tanto, son voces de mando y vaticinios. Por momentos brilla de un modo deslumbrador y se sumerge luego en las tinieblas.

Hombre de acción, genio comprensivo, tiene un heroísmo superior al de los prácticos. La tensión de su alma es constante; la tragedia no la representa, la lleva dentro. Sacrifica sus más dulces ilusiones, sus admiraciones más caras, sus amistades más fervientes á los imperativos de la razón, limitándose á pensar su pensamiento hasta llevarlo á las consecuencias más extremas.

A pesar de su inflexibilidad estoica, tiene una necesidad de amor, de amistad, de simpatía inagotables. Necesita querer y admirar, por lo que tiene amigos á quienes toma por más de lo que son ellos. Así, algunas de sus amistades terminan en decepciones tremendas, en crueles desengaños. Toma á Wagner por un filósofo y por un Héroe; cree en que su genio exaltará

progresivamente la Vida; y de repente le ve torcer de rumbo y decaer, y proclamar la redención, la renunciación, volverse místico. Y queriéndole entrañablemente, le ataca con el mismo vigor que le había querido.

Ajeno á toda envidia, sólo se para en las cualidades de los que le rodean y les concede más belleza, más grandeza, más carácter, más estilo de lo que en realidad tienen. En el paroxismo de su entusiasmo, cierra los ojos sobre sus defectos, sus debilidades, sus bajezas, para no atender más que á sus cualidades agrandadas por su mente. Hace como los grandes pintores con los retratos: siendo de un gran parecido, les resultan siempre más bellos y más nobles que el propio personaje á quien han retratado.

Así ve á Wagner y á Schopenhauer, y, lo que es más, á algunos pensadores de tercer orden. Es todo lo contrario de los críticos medianos, de las nulidades envidiosas, de esos *dómines* agresivos, ó atenuadores, que no ven más que defectillos de detalle y que se escandalizan de todo lo que sobresale como si el sobresalir fuera un crimen. Él, nada de esto. Adora al genio potente y creador, aun en medio de sus extra-

vagancias. Tiene horror á los eunucos de la crítica y á las almas de esclavo que manejan la pluma sólo para rayar lo intenso. Esos miopes de intelecto, de visión empequeñecedora, son sus mayores enemigos. Y hasta en los geniales combate sólo las grandes decadencias. Si ataca á Schopenhauer, es porque lleva la Humanidad á la inacción y al nihilismo por miedo al sufrimiento. Si se pronuncia contra Wagner en su segundo período, es porque su música ha tomado una dirección que enerva y conduce á los sensitivos á un proceso retroactivo. No ataca á los pequeños ni las incorrecciones menudas. Se bate contra Titanes, y combate sus caídas que aplastan al mundo entero.

Siendo un *hiperbóreo,* como él mismo se llama, sólo del Bárbaro conserva la energía, la actividad, la voluntad constante. Por admiración es Latino y Griego. Adora la antigüedad clásica, que comprende profundamente. Todo lo que es euritmia, harmonía, forma bella, pureza de contornos, elegancia, gracia, aticismo, le enamora; como odia todo lo que es bajo, pesado, feo, desnivelado, vulgar é insignificante. Sueña en los países del Mediodía, en el Mediterráneo de cielo azul diáfano, en la Italia del Arte y del

sentimiento. Así, cuando está enfermo, pasa los veranos en la Suiza románica, y los inviernos en Génova ó en algún otro punto de la costa italiana.

Desde niño, tiene ya gustos aristocráticos, refinados, distinguidos; y esto le aisla de sus camaradas groseros y materialistas que fijan su ideal tudesco en atiborrarse de *choucroute* y de cerveza. Prefiere vagar por los campos en plena Naturaleza; andar solitario y meditativo. La pasión que tiene por la sublime forma bella, que él hace solidaria de la idea justa, le hace admirar el Paganismo, la Civilización Provenzal y Catalana de las cortes de Amor y de la *Gaya Ciencia*, el Renacimiento, la cultura francesa del siglo XVII y del XVIII, la Francia contemporánea vital y humanitaria.

Su odio á la fealdad, á la vulgaridad plebeya, á la decadencia, le inspira: su Anticristianismo, viendo en los apóstoles sólo almas de esclavos; su repugnancia hacia Lutero, en quien detesta la grosería del rústico; su alejamiento de la Revolución Francesa, en la cual ve sólo el triunfo de la injusta igualdad niveladora; su asco al Imperio alemán y á su cultura utilitaria; el desprecio del movimiento feminista, socialista,

anarquista de la época contemporánea, en lo cual no encuentra más que la pretendida superioridad de lo inferior, gracias al número.

Lo que menos perdona es la falta de originalidad, de personalidad, de valor, de estilo. Odia toda transacción, toda atenuación ó tinta indeterminada ó sucia. La distinción, el carácter, el estilo en lo físico, en lo moral, y en lo intelectual; la energía activa ó comprensiva, lo juzga todo signo de nobleza. Si detesta la vanidad es porque considera propio de un alma de lacayo buscar la aprobación en los inferiores que son el público ó el vulgo. No sacrifica en el altar de *Démos*, ni en ningún otro. Antes ataca al Dios Padre de la Biblia, de quien dice que ya es un muerto y que hay que enterrarlo.

Si condena la piedad, es porque un alma noble no debe ir en busca de miserias y conmoverse y así menguarse; ni enseñarlas ó comunicar sus sufrimientos, menguando las energías de los otros. Un Hombre digno debe sufrir por dentro. El orgullo del elegido, del genio, del noble entre los nobles, le preserva del contacto de los indiscretos, de los misericordiosos, de los que le rebajarían con sus limosnas morales ó materiales que él no necesita; quiere tener por

*



derecho, no por gracia. El Hombre fuerte, el noble, debe dar siempre, por plenitud de energía; y en caso de necesitar, debe conquistárselo, debe tomárselo, cogerlo á viva fuerza, si es preciso, para hacer con su presa cosa superior que vuelva transformada á todos. Pero aceptar, nunca. No puede comunicarse más que con los iguales en el dolor. El sufrimiento, el sufrimiento no temido, heroicamente sobrellevado, ennoblece. Este no debe alterar la Vida. La serenidad olímpica debe ser el carácter de los elegidos: hundirse sin doblegarse, siempre con esa dignidad hermosa que ni la muerte vence.

Pero si no hay que temer el sufrimiento, no hay que buscarlo. Hay que evitar lo triste, lo lacrimoso, el miedo. Hay que ser valiente ante todo, y hay más valor en atacar un dogma que en tomar un reducto. Hay que subir á las trincheras al asalto, sin espantarse del número de los enemigos, cantando versos sáficos. Hasta en medio del mal, en el desastre, no se ha de ser pesimista; hay que tener siempre un corazón entero; y entiéndase, entero, mas no duro ni cerrado. Se ha de ser epicúreo, mas no cínico.

El sublime orgullo del Hombre fuerte, del Hombre noble y libre, que no depende más que

de su voluntad consciente, del que ha vencido el sufrimiento y se ha mostrado superior á su destino, esto le ha hecho idolatrar á los Iranios y en especial á su profeta Zarathustra. Como él adora la Vida, como él quiere enaltecerla por la energía y por la lucha. Como él consagra la risa, esa risa llena y franca, sin hiel, la sagrada risa de los dioses, signo de Vida exuberante. Comó él santifica la marcha hacia adelante, la subida á las alturas.

Los antiguos creían que los inspirados llevaban dentro el espíritu de un dios ó de un *démon*, un genio que les daba á un tiempo el don de profecía y la locura. A Nietzsche diríase que una divinidad lo impulsaba para hacer dar un paso más á la evolución humana, convirtiéndole en un órgano sagrado del Progreso. Así, cada eclipse de su razón sólo es el preludio de una nueva profecía. Por su amor al Hombre y por sus instintos superiores, es pesimista de lo actual y profeta del porvenir; por su conocimiento de las leyes de todos los organismos y por su deseo de un mejor eterno, predice la transformación de la especie humana, la aparición del SUPERHOMBRE y promulga el deber de todos de tender á la producción de esa nueva especie.

«Toda especie ha producido su superior; la humana no puede faltar á este principio.»

En Filosofía, es monista. Considera el Universo omniactivo; al Hombre, como á todos los seres, le ve único; la distinción escolástica en dos substancias, cuerpo y alma, materia y espíritu, la rechaza como todos los grandes pensadores modernos. No ve más que fenómenos que tienen sus raíces en lo más hondo y desconocido de la serie de los organismos. Así dice que el yo actual pensante se hunde en las profundidades ignotas del yo orgánico. Por la vía meramente especulativa, y por una intuición maravillosa, llegó á las mismas conclusiones que los sabios que proceden de las Ciencias experimentales. Concluyó lo que Claudio Bernard por distinto camino.

Esta es la filiación y el sistema de su Filosofía; aunque, propiamente hablando, sus escritos no son sistemáticos; más que sistemáticos, algunos son axiomáticos; siempre gráficos y relevantes, siempre con estilo propio; algunos son artísticos y bellos como un poema. Tal su *Así habló Zarathustra*, *El viajero y su sombra*, y otros varios.

En Nietzsche coinciden el pensador de visión

clára, el luchador y el artista, sin que podamos notar lo que en él es más potente. Tal es la personalidad de ese Gran Genio, víctima de una locura que ha acabado con su existencia.



Federico Nietzsche era un pensador genial, elevado y profundo á la vez, que por su temperamento y sus conocimientos llegó á esa unión de la inteligencia y el Arte que pocas veces vemos realizada en un solo individuo. Genial hasta el exceso, y con una fecundidad de pensamientos vertiginosa (al punto de que, para él, pensar era una necesidad y un gusto, y no un esfuerzo), tuvo la intuición de la verdad en muchas de las cosas que no se explicaban bien todavía.

Como hemos indicado, carece de sistema propiamente dicho, y quizá por eso nos gusta; pero inspiróse en las teorías mazdeístas del Avesta

sobre *el esfuerzo de la voluntad y la lucha de la raza Aria contra las razas de esclavos, mestizos, supersticiosos, viles.* Ha tomado las tendencias gnósticas aristocráticas de Valentín, y de todo eso, unido con el *Homo sibi Deus* de Feuerbach y *la lucha por la existencia* de Darwin, ha formado una teoría político-moral. Especialmente tomó de los gnósticos la idea de poner los seres superiores, los *Superhombres*, que él ve dibujarse en lontananza, por encima del Bien y del Mal, conceptos aun demasiado humanos.

Se ha combatido á Nietzsche, por los conservadores de todo lo existente, como si fuera un anarquista, por su exaltación de la personalidad humana hasta transformarla en superhumana, y por su anticristianismo.

Nada más inexacto. Nietzsche aboga por una aristocracia de la organización y de la cultura, una acción libre de las mejores, pero no de todos. El mismo dice en Zarathustra, á sus discípulos, que no le sigan, y pregunta á uno que quiere ser absolutamente libre, qué astros há removido de sus órbitas, qué Universos ha creado.

El hace dimanar la Ley, como Carlyle y Emerson, de la concepción del Genio, que por su fuer- [illegible]ia penetra el Mundo y da las lineaciones

de la futura organización adecuada. Como Ibsen, coloca la razón en cortas minorías, y aun á éstas las halla demasiado humanas, es decir, demasiado en comunicación con las bajezas y los prejuicios del común de los mortales. La ley, para Nietzsche, se impone desde lo alto de la Montaña del Conocimiento, como Moisés la impuso desde lo alto del Sinaí.

En cambio, el anarquismo quiere destruir la Ley, reemplazándola con la voluntad individual, pero de cada individuo, no con la de uno solo ó las de algunos; de tal manera que, siendo todos imperativamente libres, nadie lo es fuera de su persona y del trozo de naturaleza que cae bajo su campo de especulación y de acción. Véase cuán grande es la diferencia.



Aquí, ante todo, se impone una pequeña disquisición filológica. Casi todos los que profieren, ya para alabarla ya para contradecirla, la palabra *anarquía*, ignoran lo que ésta significa, y desco-

nocen también las voces *monarquía*, *oligarquía* y otras, de que forma parte la voz de origen griego *arquía*. Αρχή, en griego antiguo, significa *principio*, *origen*, *fuente*, *fundamento*, *energía*, *construcción*, *creación*, y por extensión *ordenación*, *dirección*, *magistratura*, y en último lugar, *régimen*, *gobierno* y *mando*. Así el mando, la dirección, el ordenamiento de la cosa, pertenecen al que la ha engendrado, ordenado, producido ó sido origen de ella; mejor dicho: el gobernante ha de crear, comunicar energía, superiorizar al gobernado. En otro caso no tiene derecho á ocupar el gobierno. «No se puede ser Demiurgos sin ser el Eterno Padre» decían los gnósticos. Por tanto, el gobierno de quien tiene energía creadora es lógico y justo; y es altamente injusto que gobierne ú ordene el de cerebro ó corazón estéril. Y, en último resultado, esto y no otra cosa es lo que defiende Nietzsche. El gobierno debe ser no solamente ordenador, sino también creador. La sociedad deben dirigirla los Hombres generales, los Genios, los Superhombres. Dígase si en esto hay algo de anarquismo. Es, por lo contrario, la más completa teoría de la *Arquía (mono, poli* ó *pan)*. Pero como el mando imperativo (constituído como insti-



tución, ejérzalo quien quiera), como la autoridad porque sí, resultan de este modo una barbaridad, en España se ha tenido por anarquista á Nietzsche. *Autoridad* significa ser autor de algo; y el que nada ha hecho ¿qué autoridad ha de tener? El que crea una cosa tiene derecho á ordenarla. El Jehová judaico era soberano señor del Mundo y del Hombre, porque había creado el Universo *ex-nihilo*. En esto la concepción israelita, tal como la presenta el poema de Job, es lógica.

Hoy la Ciencia moderna tiende á considerar la sociedad como un organismo en el que todos contribuyen más ó menos á la creación del orden, á la formación del superorganismo vivo, que se llama *ciudad*, *nación*, *raza*, etc., según los casos; de modo que la última palabra de la sociología moderna es el *totarquismo* ó *panarquismo*, esto es, la organización total y adecuada de la Sociedad por la convergencia de todas las energías y libres funcionamientos individuales.

Nietzsche, no es ni un demagogo ni un anarquista. Cabalmente es apologista del derecho de conquista y de la dictadura, ejercido por los mejores por amor al progreso y mejoramiento de la raza humana.



Curiosa es en extremo la marcha del pensamiento en la Humanidad y sus efectos.

Después de la Edad antigua, el monoteísmo, con su teoría de un solo Dios y de un solo Hombre normal que no es nada ante Aquél, suprime por completo la escala de las superioridades humanas y de los derechos *per se*, y crea, por decirlo así, un hombre de munición, *el común de los fieles*. La Libertad, el Progreso, es diferenciación, multiplicidad; la unidad se verifica, en todo caso, por convergencia y subordinación de jerarquías naturales. Por el contrario, la Igualdad es quietismo, llanura, esterilidad, muerte. Así, el Cristianismo proclamó la Igualdad ante Dios; y en seguida, por la fuerza de la lógica y ayudado por varias confluentes que sería largo enumerar (1), se remitió esa igualdad á una vida de ultratumba.

Pero el Yo, siempre activo y potente, no pudo

soportar el renunciamiento, la caída perpetua, el *Domine non sum dignus*, y continuó la tendencia que todo ser tiene á la Vida y por ésta llegó á la reivindicación de sus derechos; entonces vino el Renacimiento y estalló la Revolución. Mas la Revolución, al proclamar los Derechos del Hombre, no rompió el viejo molde de la Igualdad: al contrario, irritada contra injustos privilegios, contra jerarquías artificiales, contra falsos héroes y superhombres ficticios, todo lo aniquiló, haciendo *tabula rasa*. Y ¿qué ha sucedido? Que de ahí ha nacido un sistema funestísimo de organización social, pues la Libertad y la Igualdad no pueden caminar juntas. En tanto que la una es diferenciación creciente, la otra es homogeneidad; en tanto que la una tiende á enaltecer la raza por la producción del Genio, la otra propende á crear la carne de cañón, la gente de pacotilla, los hombres adocenados: por eso vemos en el poder casi siempre á desvergonzadas nulidades.

Por consiguiente, Nietzsche, como Ibsen, Carlyle, Emerson, John Ruskin, y antes que éstos Kuno Fischer, Bruno Bauer y, especialmente, Marx Stirner y el barón de Feuerbach, vieron claro y dijeron que la obra de toda revolución,

si bien que necesaria, es siempre anárquica y destructora y por lo mismo niveladora è igualitaria, aunque de un modo transitorio; ya que toda revolución es solamente el acto de enderrocar ó derribar el viejo edificio social, que sólo sirve de estorbo, y fundar otro nuevo. Y el mundo no puede subsistir sin construcción; y toda construcción es una gradación de jerarquías, una subordinación, una desigualdad. Podrá ser, esta nueva construcción, reclamada por filósofos y artistas de todos los pueblos, libre, flexible, móvil, cambiante, evolucionante y evolucionable, como todos los organismos vivos; pero organización tiene que ser; y la Igualdad no consiente organización alguna: es nivelación perdurable, derriba todo lo que se eleva.

Veamos ahora en qué se diferencia Nietzsche de los demás pensadores, y de nosotros. Carlyle, Emerson, Ruskin, Feuerbach, etc., etc., tienden á la exaltación y á la producción del *Superhombre*, proclámanlo *Primum infer omnes*, como antes se decía, lo consideran como el que forma las nuevas organizaciones, aun las de la conciencia;pero establecen (como demostró Gracián (2) en *El Héroe*) que, así como la planta que da las flores más ricas y los frutos más substan-

ciosos sale de la Madre Tierra, el Héroe, el genio superior, sale del Pueblo, y todo lo que hace debe hacerlo para el Pueblo. No nace aislado como cree Nietzsche: lleva un estado mayor, tiene heraldos que le preceden, profetas que lo anuncian, voces que evocan su nacimiento, soldados que le siguen, discípulos que le continúan. En una palabra, y si me es permitido emplear el moderno tecnicismo sociológico francés: *l'Èlite* brota de *la Foule*, como la planta sale de la tierra. La primera se diferencia de la segunda, la señorea, le infunde su espíritu, la formula en pensamientos y traduce en direcciones sus presentimientos casi inconscientes, indeterminados, confusos; en una palabra, de la pasta de su energía crea su alma. *L'Élite* es al Pueblo lo que es el cerebro al cuerpo humano. Éste, por el crecimiento del óvulo fecundado, mediante la diferenciación de tejidos y por el desarrollo de tal diferenciación, llega á ser sustento del cuerpo, el que le da dirección, fuerza, energía, razón de ser, personalidad, individualismo. Se convierte en distinto y superior, pero no se separa del cuerpo, del que recibe el alimento por las arterias, las sensaciones por los nervios, y él le devuelve las energías recibidas, determi-

nando los movimientos, por las corrientes nerviosas que envía á los músculos, y por la inervación hace respirar el pulmón, batir el corazón, digerir el estómago y el vientre. ¡Ay del cuerpo el día en que se le estropea el cerebro! La separación de la cabeza del cuerpo es la muerte de uno y otro. Sólo ciertos animales muy inferiores pueden vivir, un instante, decapitados ó acéfalos.

No se olvide que si *l'Èlite* es Razón, Pensamiento, Dirección, Portavoz, Espíritu, su pasta ha salido de *la Foule*. Él crea el Pueblo, pero el Pueblo es quien le da la energía á la cual él infunde inteligencia. Tal es la misión de los escogidos de la Naturaleza, que deben serlo de la Sociedad; y esto es lo que les da derechos superiores á los de los demás, porque estos derechos son para los otros, es decir, los de todos los otros concentrados en ellos.

Así lo han establecido Emerson con los *Hombres representativos de la Humanidad*, Ruskin con sus *Capitanes del Trabajo*, y Carlyle con la fórmula de que: la Democracia, si no quiere suicidarse, ha de ser el *gobierno del Pueblo por el Pueblo, pero por los mejores del Pueblo.*

Nietzsche, por el contrario, divorcia *l'Èlite* de



la Foule, separa los Héroes, del Pueblo, considerándolos de otra pasta; en el Superhombre presenta un tirano del Hombre y quiere establecer una casta y una raza. Así llega á decir que los *Hombres heroicos* deben inspirar miedo (si hubiese dicho respeto y admiración habría estado en lo justo), llega á proclamar que *el imperativo moral de la humana Naturaleza es obedecer á no importa ¡quién y durante largo tiempo*, y que *la Sociedad no es libre de existir por sí misma* y ha de ser sólo el fundamento de un pedestal, merced al que una raza de seres superiores puedan vivir libres y felices. De modo que invierte los términos.

El Héroe no es para el Pueblo, sino el Pueblo para el Héroe. No hay representantes de la Humanidad, sino señores de ésta. Y, partiendo de aquí, proclama una aristocracia no hereditaria, pero aristocracia al fin, y absoluta; al paso que los citados pensadores, y con ellos nosotros y toda la juventud intelectual, europea y americana (3), proclaman el próximo advenimiento de una *aristarquía*, ó, mejor dicho, de una *aristia*. Véase, pues, como el anarquismo de Federico Nietzsche es sólo *el reinado tiránico de una casta superior* á la de los demás mortales.

Lo malo de la tendencia nietzscheana tiene seguramente su origen en la raza del filósofo antes que en sus opiniones. Como él mismo dice, *el yo pensante* tiene un fundamento orgánico. Alemán de nacimiento, pero Eslavo de origen, y de punto en que dicha raza se mezcló con la *ugrofinesa* ó *turcoaltaica*, este pensador padece el atavismo conquistador de algunos de los soldados que, sin más derecho que el de la fuerza, vinieron con Gengiskán á apoderarse de Europa. Esta inversión del Héroe nos parece más propia del Turán que del Irán; su origen está mejor en el Altai que en la Bactriana. El Superhombre que Nietzsche juzga rubio no es más que amarillo. Por las venas de su Zarathustra corren gotas de la sangre de Atila.

Á Nietzsche le pasa lo contrario que á nuestro amigo Richepin: éste, siendo un verdadero greco-latino, obstínase en ser Turanio; y Nietzsche, que defiende tenazmente á la raza Aria, es un verdadero caso de atavismo Tártaro. Su pensamiento podrá ser germánico, pero sus aficiones, sus impulsos, sus tendencias, son mogolas. Sus armonías serán Arias, si se quiere, pero la melodía en él resultará siempre turania. Todo lo indica en él desde su figura has-

ta su manera de proclamar el Superhombre. Su afirmación de que cada día irán aumentándose los ejércitos y de que la guerra armada, realizándose con mayor energía y Ciencia, producirá una era dictatorial que los siglos futuros mirarán con entusiasmo; su panegírico del Napoleón Emperador, no del Bonaparte republicano; su admiración de las tiránicas castas privilegiadas del antiguo Oriente; la apología del *animal humano carnicero* sin más ley que sus impulsos; todo eso revela al mogol, que no respeta más derecho que el de la fuerza armada, ni más soberanía que la que ejerce su caudillo desde su caballo con el látigo y el sable.

También la propensión á admirar el mal (ó lo que como mal se considera desde el fin de la Edad Antigua), á glorificar la inmolación de los débiles, á creer necesarios la crueldad y el dolor, son tendencias que presentan los pueblos de la raza amarilla. La religión sivaita, que las consagra, no se desarrolló en la India mientras los Arios permanecieron distanciados de las razas mogólicas (4). Por esto creemos que tales desviaciones del gran pensador, que modifican y hasta anulan sus ideas de Vida, de Progreso y de Superorganización, no son más que resul-

tados de un proceso retroactivo, que le reprodujo lejanas tendencias ancestrales, un verdadero caso de atavismo.



De las obras de Nietzsche se desprenden dos tendencias:

El instinto vital, la tendencia á lo grande, el espíritu de movimiento progresivo hacia un más allá, sin divisar nunca el fin, y un vigor y un instinto de dominación, de crueldad, de imposición absoluta. Esto es lo que en el fondo caracteriza su Filosofía; pero como toda Flosofía es sólo el resultado de un temperamento servido por su organización intelectual, ó sea la sistematización del Universo que en la mente del filósofo se pasa, es preciso advertir que la Filosofía de Nietzsche es sólo la exteriorización de su Yo, ó sea de su constitución fisiológica y psíquica. Y en ella hemos de distinguir dos partes: La más sana, completamente sana y directa; el instinto de Vida, de Progreso, de Grandeza, provinente de su Intelecto, que se identifica con las leyes del Universo; y la de crueldad y

de tiranía, provinente de su enfermedad, de su adaptación y de su atavismo.

La caída de caballo, y por tanto el traumatismo, agravado por la brutalidad de la disciplina militar en tiempo de la guerra, de una parte; y de otra su atavismo eslavo ó ugrofinés (que se manifiesta en su frente, que se echa hacia atrás en su parte superior, y su nariz aguileña, lo cual le da el aspecto de un animal de presa); esto es lo que le determina su tendencia á la tiranía y hasta á la tortura.

El instinto de Vida, de fuerza, de grandeza que le llevó á una marcha vertiginosa para sobrepujarse siempre á sí mismo, le intensifica tanto la glorificación del Progreso indefinido, que le hace desconocer, en vista de su fin, el corolario indispensable y signo, á la vez, de la Vida: *El placer*. «El placer no es el fin del Hombre,—exclama,—pues que el propío Hombre no es ningún fin.»

Y siguiendo las leyes del transformismo darvinista, proclama que la especie humana no puede faltar á la ley de las demás especies y que por tanto ha de producir otra especie superior. Y con la misma crueldad que los espíritus teológicos le señala al Hombre el deber impera-

tivo de tender al Superhombre, sacrificándolo todo á ello, arrostrando el dolor, sin tener el derecho de ir acompañado del placer en tal viaje.

La tendencia vital y la tendencia enfermiza en Nietzsche, se compenetran. La expansión noble superhumana va acompañada de la supervivencia de la represión teológica, y la disciplina militar le da forma. La crueldad en él llega á ejercerse para consigo mismo franca y abiertamente, no para realizar cualquier instinto particular sino, para converger á este deseo de grandeza cuyo fin es elevarse continuamente, sin finalidad, siendo á sí propio su propio fin: el de continuar progresando indefinidamente. Diríase un Judío errante que va subiendo montañas sin parar nunca y que va creciendo á medida que sube.

Así el Superhombre comparece como un símbolo. El Superhombre lo tenemos delante; es nuestra próxima transformación humana en una Humanidad mejor, más fuerte y más noble; y, una vez alcanzado este estado, que es nuestro ideal, ¡en marcha! y hacia otro estado superior, que entonces divisaremos con nuestras facultades, llegadas ya á ser más grandes.



Siempre andando, siempre subiendo, sin llegar á parar nunca! He aquí el profundo sentido de la Filosofía épica de Nietzsche.

Tendiendo á fortificar el individuo, á acentuar y acrecentar su personalidad, como Carlyle, Emerson y Stirner, se diferencia de los dos primeros, en que es más pesimista del presente para ser más optimista del porvenir. Los grandes Hombres, pasados y presentes, los ve demasiado humanos, y prevé estados confusos de grandeza futura muy superior, en que desde ellos se verá que el Hombre y el animal eran aún demasiado análogos.

Y vamos á estudiar ahora en lo que se diferencia de Max Stirner, (del cual puede bien decirse que es el padre del moderno anarquismo), pues que éste que escribió y murió antes que Nietzsche escribiera viene á ser la refutación anticipada de su sistema.

Max Stirner rechaza los imperativos. No quiere que al individuo se le impongan abstracciones, ni ficciones, ni entidades colectivas. En la Edad Medla hubiera sido un nominalista exagerado que hubiera rechazado todos los *universales*. La realidad de Stirner es, no ya la Humanidad ni el Hombre, y menos el Super



hombre (porque no se había aún concebido), sino el Individuo, el *Unico*, que él llama, la única unidad verdaderamente real del Universo. Stirner, discípulo de Fichte, es mucho más radical que el maestro. Se encierra en su *yo* y desde él hace sus incursiones en el Universo, que declara su propiedad absoluta, pues dentro de su yo se pasa y es una representación de su Intelecto. Ni siquiera permite la elevación al concepto de Feuerbach, *la Esencia del Hombre*. «La Esencia del Hombre, — dice contestando á éste, — esa esencia suprema, es *su esencia,*» y no *él*, siendo totalmente indiferente que la veamos en él y hagamos de ella *la Esencia del Hombre*, ó *El Hombre*, ó que la antropomorfizemos y hagamos de ella *Dios*.»

«Yo no soy ni *Dios* ni *el Hombre*, yo no soy *la Esencia Suprema*, ni siquiera *mi Esencia;* y es lo mismo, al fin y al cabo, el que yo conciba *la Esencia* en mí ó fuera de mí. Y, lo que es más, siempre la *Esencia Suprema* ha sido concebida con este doble más allá; más allá interior, ó más allá exterior, pues según la doctrina cristiana, el *Espíritu de Dios* es también *nuestro espíritu*, y *habita en nosotros*... no somos más que su morada.» Así protesta Stirner de todo idea-



lismo, de todo conceptualismo general, de toda abstracción que funcione ó se la haga servir, como realidad, por producir la excisión del ser, y por tanto la tiranía de una entidad huera sobre el individuo real y positivo, el cual sufre de ello. Hasta protesta del *yo* de los filósofos alemanes por ser demasiado abstracto y general, y á este propósito reniega de Fichte, su maestro.

El fin de Stirner es la Vida, como el de Nietzsche; pero muy acertadamente distingue la Vida en abstracto y le añade su resultado distintivo sin lo cual la Vida no es la Vida. Así la Vida proclamada por Nietzsche resulta vana por no ir acompañada de lo que ir debiera, de lo que es ella misma en el Hombre: EL PLACER. Nietzsche sienta que, no siendo el Hombre el fin de sí mismo, el placer no es su propiedad, no tiene derecho al goce. Es como un general que, conduciendo á su ejército, no le dejara divertirse en los pueblos del tránsito, sino que le obligara á proseguir adelante y á marchas forzadas.

Stirner está más de acuerdo con el positivismo científico. Sigámosle, como nos advierte, para que no nos dejemos engañar por el simple nombre de Vida:



«El Mundo (5)—dice—hasta el presente no ha soñado más que en conquistar *La Vida*, su único desvelo ha sido el de *Vivir*. Que toda la actividad tienda hacia las cosas de aquí bajo ó hacia un más allá, hacia la *vida temporal* ó hacia la *vida eterna;* que se aspire sólo al *pan nuestro de cada día* ó al *pan sagrado*, el *verdadero pan del Cielo*, el *Pan de Dios*, que ha bajado de lo Alto y que da la Vida al Mundo, el *Pan de Vida* (Juan, VI, 32, 33, 48); que uno se preocupe de nuestra cara vida ó de *la Vida Eterna;* el fin de todo esfuerzo, el objeto de toda solicitud no cambia en manera alguna; tanto en uno como en otro caso lo que se busca es *la Vida*.» Y añade que todo el movimiento social moderno no reconoce otra causa. «Es preciso—dice muy atinadamente—que las necesidades de la Vida no sean un tormento para nadie.» Y por tanto sienta que todo Hombre ha de vivir su vida real sin vanos cuidados de un más allá. Pero el que se halla preocupado por los medios de vivir no puede casi *gozar* de la Vida. En tanto que su vida no está asegurada, en tanto que pueda temblar aún por ella, no puede consagrar todas sus fuerzas á servirse de esta vida, á disfrutar de ella. ¿Cómo se disfruta de la Vida?



Usándola: tal la luz que se obtiene quemando una vela. «Se usa de la Vida y de sí mismo consumiéndola y consumiéndose. *Gozar* de la Vida es *devorarla*, es *destruirla*». Y ahora viene su corolario, que es el de gozarla para uno mismo, el de que la luz de esa vela que se quema nos alumbre á nosotros. «Y bien,—exclama;—¿qué hacemos nosotros? Buscamos el *goce* de la Vida. ¿Qué hacía el Mundo religioso? Buscaba la Vida, pero era preguntándose: «¿En qué consiste la verdadera Vida, la Vida de la Bienaventuranza? ¿Cómo llegar á ella? ¿Qué *debe* de hacer el Hombre, y qué transformación debe sufrir para llegar á ser un verdadero viviente? ¿Qué *deberes* le impone esta vocación?» Estas cuestiones, y otras semejantes, indican que los que las formulan aun están buscándose, buscando su verdadero sentido, el sentido que su vida debe tener para ser verdadera. «Lo que yo soy no es más que un poco de sombra y de espuma, lo que seré será mi verdadero *Yo*». Perseguir ese *Yo*, prepararlo, realizarlo, tal es la pesada labor de los mortales. ¡Se mueren para *resucitar*, no viven más que para morir, á fin de hallar *su Vida verdadera!*»

Póngase, en lugar de *Vida verdadera*, de *Vida*

Eterna, del *Yo espiritual*, el Superhombre de Nietzsche, y se tendrá la refutación más completa de su teoría, refutación escrita por Stirner medio siglo antes de que Nietzsche la formulara.

Y se comprende. Nietzsche adoró la Vida, como todos los espíritus grandes; vió el perfeccionamiento de la especie, el progreso indefinido y la transformación del Hombre con todos los sabios de nuestra época; pero la supervivencia del pastor protestante, la dura adaptación militar y su atavismo, le prescribieron el ideal como un deber imperativo, como un dogma, como el primer artículo de la ordenanza, sin dejar al Hombre activo, con todos sus defectos, que hiciera vía hacia el Superhombre, tendiendo al placer, al goce. A lo más Nietzsche proclama la danza como un medio de progresión más rápido, tal como á los cazadores en el ejército se les ordena el paso gimnástico como la cadencia en la marcha acelerada; ve fuera de él al Superhombre y quiere volar. Y santifica la risa, como el resultado de esta ascensión vertiginosa al aproximarse á ese más allá que él personifica; y aun esta risa la reserva sólo para el Profeta. Y mientras Zarathustra ríe y las blan-

cas palomas revolotean alrededor de su cabeza, se oye la estentórea voz de Stirner, que desde otra altura, con el pie firme en el suelo, le grita: «Sólo cuando estoy seguro de mí, cuando ya no me busco, soy verdaderamente mi propiedad y me poseo. Sólo entonces me empleo, y puedo vivir y gozo de mí mismo. Pero en tanto que yo crea descubrir mi verdadero yo (mi super-yo), y piense qué debo hacer que lo que vive en mí no sea yo mismo, sino el cristiano, ó cualquiera otro yo espiritual, es decir, cualquier fantasma, tal como el Hombre, la Esencia del Hombre (el Superhombre), nunca podré gozar ni vivir libre sobre de la Tierra!»

Efectivamente, hay dos maneras de considerar el problema de la Vida: ó el de buscarse á sí propio, es decir, el de sacrificarlo todo en busca de un yo ideal, que no es el que vive y siente; ó el de librarse del fin (como dice el propio Nietzsche), poseyéndose á sí mismo y haciendo de su propio yo lo que uno puede hacer de toda otra propiedad suya cualquiera: aumentarla, embellecerla, gastarla, disfrutarla. Por la primera idea el ideal externo, de encima ó de delante, nos sujeta y tiraniza con el Deber. En busca de la Vida no tenemos la Vida, sólo

la perdemos. Por el segundo vivimos sin temblar, «nos prodigamos». Somos libres. La verdadera cuestión no está en conquistar la Vida, sino en tenerla, en gastarla y gozar de ella. No se trata de hacer florecer el Yo en otros tiempos ó en otros espacios, sino en que cada cual haga su vendimia y se embriague con el mejor vino de su cosecha. «¿Qué es el ideal, sino el Yo, siempre perseguido y jamás alcanzado?—dice Stirner.—¿Te buscas? Pues aun no te posees. ¿Te pides lo que has de ser? Pues no lo eres. La Vida no es más que una larga y apasionada espera; durante siglos el Hombre ha suspirado mirando al porvenir, y ha vivido vanamente de esperanza. Se ha de vivir de goce». *¡Il faut jouir, frère!»*

Para vivir se ha de gozar, cada cual según la cantidad y la calidad de su Vida. La vida en sí ya es placer. Si Nietzsche hubiese sido biólogo, no habría caído en la contradicción de negar el placer al Hombre. Su Zarathustra no habría encontrado esa sociedad civilizada, formada por hombres pequeños y felices en el sentido vulgar de la palabra, (6) sino que hubiera hallado que los Hombres, poseyéndose á sí mismos, más sabios, más nobles, más potentes y menos aza-

rados, proseguían su lucha para dominar la Naturaleza externa y para embellecerla, y que habían crecido extraordinariamente siendo más robustos y mejores. Hé aquí en lo que diferimos de Nietzche. Creemos en que el Hombre marcha al Superhombre, es decir, á la producción de una especie superior; creemos, y esto lo hemos formulado ya hace muchos años antes que Nietzsche escribiera sus teorías, que esta progresión de la Humana especie se efectuará, como en las demás especies, por medio de un desdoble, y naturalmente, sin que para nada intervenga la idea del deber.

En la lucha para la Vida, los más inteligentes, los superiores, los geniales, irán triunfando y desarrollándose, y adquiriendo un grado de diferenciación portentoso; mientras que los de pequeñas miras, los de espíritu estrecho, los del momento, irán quedándose atrás y aun degenerando. Al desaparecer el Hombre desdoblaráse en Superhombre y, en subhombre, que sólo será la supervivencia de aquél. Así del *antropoide* primitivo se formaron el Hombre, su su superior evolución, y por regresión el mono, que es sólo el antropoide degenerado.

Parecerá al que no profundice que la afirma-

ción positiva de Stirner destruya la marcha ascendente del Hombre al destruir el imperativo en la tendencia al Superhombre de Nietzsche, y no es así. Lo que no aceptamos ni podemos podremos aceptar nunca, jamás, es esta tendencia impuesta como deber y sin placer. Así, al proclamar la Vida, al considerar el Hombre único, al rechazar los que maltratan la carne, los predicadores de ultratumba, al consagrar la danza y la risa, lo cual está muy bien, contradice todo esto por esta sola interdicción del placer, por ese imperativo, por ese deber que nos impone cual una ordenanza militar en la marcha progresiva humana. Y el Superhombre se realizará y tenderemos á el por esta fuerza interna nuestra, de plenitud, de Vida, que nos empuja al desdoble. Y nuestra virtud está en marchar de acuerdo con la Naturaleza y en no oponernos al desdoble futuro; en formar parte de la fatalidad misma y en dirigirla.

El Superhombre sea como sea, se obtendrá sólo perfeccionando el Hombre, el individuo real y positivo; no, viendo flotar en lontananza un vago fantasma formado por los vapores de todo lo superior de la humana especie, y marchando sin goce ni placer alguno para llegar á alcan-



zarlo, quién sabe cuando! Este despojamiento de nuestro egoísmo, este sacrificio de nuestra vida que haríamos al fantasma sobrehumano nos alejaría de él. Si ha de venir, y ser de carne y hueso, ha de ser llevando nosotros una vida fuerte y dichosa, y acrecentándola de día en día. El Superhombre de Nietzsche visto así se parece demasiado al Dios que reclama víctimas vivientes. «¡Desgraciado, has dado fe de la muerte de Dios, has oído á los sepultureros cavando su sepultura, y Él resucita y te comparece bajo la forma de Superhombre, y te impone el sacrificio. Y tú no lo reconoces y lo adoras! y pontifícas en su nombre!

El sacrificio humano en Nietzsche, no ha hecho más que perder la forma bárbara, no ha desaparecido, y en su altar predica la inmolación del Hombre, como si el Superhombre no debiera de ser el hijo de éste. «Teniendo un acreedor al cual debamos nuestra vida, nosotros no tenemos ningun derecho á gastarla para nosotros mismos» dice Stirner, y con razón sobrada.

Nietzsche ha hecho decir á Zarathustra: «Yo he libertado á la Naturaleza del fin». Y no hace mas que libertar á la Naturaleza de él para po-

nérselo como un yugo al Hombre. Nietzsche ha destruído la idea de moral, y aquí la impone bajo otra forma. Y es que en Nietzsche, como hemos dicho, hay dos tendencias: la principal es la vital, la progresiva, la sobrehumana; pero esta viene marcada con el pecado original de su enfermedad y de su herencia, viene atenuada y hasta casi anulada por esta última tara ó supervivencia de pasadas formas.

No, esta vida que tenemos no se la debemos á nadie; podemos emplearla como mejor nos plazca. Todo en mí, el pensar, el sentir, el querer, mis energías, mis actos, mis esfuerzos todos, me pertenecen, no se los debo á nadie, ni á ninguna personificación, ni á ningún fantasma, ó concepción impuesta, llámese Virtud, Deber, ó Superhombre. Mi transformación se verificará por mi plenitud de energía, por mi libertad, por mi perfeccionamiento progresivo, por mi instinto de sobrepujarme y de expansionarme, por mi compenetración con los demás y mi multiplicación de energías, por mi lucha con la Naturaleza; y por la retrogradación de los que no tengan fuerzas para seguirme y la destrucción de los que me pongan vallas en mi marcha, ó riendas para que marche. Así es como



se transformará la Humana especie, en el placer de gastar su vida, y luchando alegres y vitales sin imposición alguna, sin finalidad, sin sacrificios. No quiero ni que me levanten ni que me obliguen á levantarme: quiero levantarme yo mismo; y si me faltan fuerzas, en el momento en que me falten, ya pediré ayuda.

Esta *tara* filosófica de Nietzche es la que, en vez de conducirle á una Aristia, le conduce á una Aristocracia con todos los defectos y todas las tiranías de cualquiera de las odiadas aristocracias antiguas.

Considera á la Humanidad dividida casi en dos castas, como si se hubiese hecho ya el desdoble; ó, mejor, considera toda la Humanidad baja, tendiendo al placer; y la nobleza la vé sólo en perspectiva; y á la primera sólo le asigna el deber de sacrificarse á esa futura Superhumanidad fantástica.

No ve que si la mayoría de la Humanidad hoy por hoy, está constituída por cerebros obtusos, ó mediocres, en ella hay muchos que están a diversas alturas, Así desde el salvaje negro más inferior en la escala humana hasta el tipo superior en inteligencia generalizadora del civilizado Europeo; y en las naciones civilizadas,

desde el estúpido por regresión ó por atrofia, hasta el Genio, hay una escala, que, si bien la formáramos, veríamos que fácilmente se pasa de unos tipos á los otros. Además, el Genio, el talento sobrehumano, el Héroe, no son más que el Hombre promedio de una raza superior, desarrollado en alto grado por acumulación de energías heredadas. Por lo tanto, nosotros oponemos en lo sociológico y político nuestra teoria, más natural y más justa, á la de Nietzche, y más de acuerdo con la de Carlyle, de Emerson y de Ruskin. El Héroe, el Hombre sobrehumano es el que ha de ir al frente de los demás. Se le ha de reconocer el ser *primum inter omnes*, pero para guiar á los otros, para conducirlos. Vale por muchos, pero á estos muchos no tiene derecho ni á oprimirlos ni á destruirlos, en cuanto no le destruyan ó no se le opongan en su superior evolución, pues tienen también cada uno su derecho proporcional á su organización y á su funcionamiento, es decir, á la intensidad y extensión de su Vida. (7)

La aristocracia militar, ese Napoleón de los siglos futuros al frente de ese ejército inmenso en que él sueña, sería tan funesto á nuestra especie, y por tanto á la aparición del Superhom-

bre, como la Igualdad absoluta de los comunistas y demócratas cristianos, esa forma nueva del Igualitarismo que sienta que todos *están llamados* á todo.

Así, aquí podríamos decir, resumiendo, como aquel aragonés del cuento: Nietzsche dice lo primero, los Igualitarios dicen lo segundo, y yo opino lo contrario.

Y, efectivamente, en lo contrario estriba la libertad y la Vida, y el placer que es su consecuencia. ¡Qué dichosos serían los humanos haciendo cada cual lo que quisiera, sin molestar á los demás, y según sus propias tendencias, siguiendo la directriz de su propia vida, la expansión de su ánimo, en vez de estarse quietos, todos alineados en un mismo banco bajo, ó de danzar al son que les toque un arpa cualquiera, aunque esta sea la de Zarathustra!

El Hombre no *debe* tender á nada que le sea extraño. La Flor que abre sus pétalos y esparce sus perfumes, la mariposa que revolotea y luce al sol los hermosos jaspes de sus alas, el ave que canta en los aires, no obedecen á deber, ni á ideal estético ó moral alguno, y no obstante son bellos y vitales, son la alegría y el placer mismo. La planta chupa tanto jugo como puede

á la húmeda tierra para transformarla en flor, en su hermosa substancia propia y mañana en frutos. El ave canta gozoso porque ve el Sol que le da vida. La mariposa revolotea juguetona y chupa la miel en el cáliz de las flores. El Hombre no tiene como ellos, ni vocación, ni deber, sino energías, que se manifiestan de una manera más ó menos superior, según sea su organización, porque no pueden dejar de manifestarse, según la impulsión propia y el medio ambiente; y en esta manifestación está el placer, la Vida; y si dejaran de manifestarse, ya se disolverían y la Vida humana cesaría. Las energías humanas (como todas) son ya de por sí activas; lo de ponerles un orden externo es ya su disminución, un atentado contra la Vida. Y advirtamos que lo de fuerza, ó energía, no es más que un nombre con que se designa *el movimiento*, y el movimiento ya de por sí es placer, es Vida.

El defecto más morboso de la teoria de Nietzsche, es, pues, uno que va ligado con lo que ya hemos expuesto, este es: *La Crueldad.*

Nietzsche sostiene, objetivando su temperamento, ó mejor, sistematizando su sufrimiento interno: que hay que sufrir, sobre todo ¡cuando



se es inferior, ó cuando se está destinado á un superior fin, propio ó ajeno. Para sobrellevar su dolencia, empieza por quererla, así se hace la ilusión de que si pena es porque quiere penar, y luego hace extensivo este procedimiento á los demas mortales.

La crueldad es para él el distintivo del Hombre fuerte que no se cura de lo que destruye, de lo que hace sufrir. La crueldad fué, según él, la inseparable compañera del *bello animal rubio hiperbóreo*, del bárbaro antecesor del Sajón y del Germano. Acostumbrado á la disciplina de los ejércitos germánicos, hijo de un sacerdote reformado observante, Nietzsche cree que la represión cruel es el medio de comprimir las humanas energías para que se proyecten con mayor fuerza. Así llega hasta á admirar á los ascetas y á los cenobitas no como fin, sino como medio, como prodigios de autocompresión llevada al paroxismo.

Precisamente es todo lo contrario.

La crueldad es cualidad inherente á la degeneración ó al atraso. Cuanto más el Hombre se aproxima al carnicero, por regresión ó por falta de progreso, más cruel es. Hasta en los pueblos salvajes, según han hecho constar varios sabios

investigadores, las razas crueles son las que no tienen una organización tan perfecta como las demás, ó son tribus que alcanzaron un estado superior y degeneraron, es decir, que volvieron á la bestia fiera.

En los mismos animales carniceros, según las atentas observaciones del explorador Holandés Saint Pol-lias, los que atacan al Hombre son los hambrientos, ó los que el calor ha vuelto locos. Asi me decía en 1893, que en la India cuando se presenta un tigre que ataca á los Hombres, todos lo conocen y le llaman *el loco*, y salen á cazarlo.

Los Griegos, sociedad humana superior, si las hay, no eran crueles, sino humanitarios, *Filántropos;* ellos introdujeron el culto del Amor Universal en el Cristianismo. Los Egipcios, Imperio fuerte y Civilización superior en su tiempo, eran vitales y de corazón magnánimo. En cambio los Judíos, después de la época eloista, ó sea con el predominio del monoteísmo, fueron fanáticos, proselitarios, crueles. Siempre estaban sedientos de sangre y de venganza; sus maldiciones horrorizan. Véase los desastres que enviaba su Jeovah, sus arbitrariedades, su odio, sus carnicerías, su espí-

ritu estrecho; todo va unido en ellos. El Dios corresponde á la raza.

Los Persas de en tiempo de Zarathustra, son buenos hasta para con los animales y las plantas. El mismo principio del *Mal* y de la *Muerte*. Su *Angra-manius* (Arimanes), dicen que se convertirá en Bien al final de los tiempos. Para ser duros y crueles tienen que llegar á mezclarse con los Medos, y en vez de guerras de defensa, emprender guerras de conquista, ó más tarde pasarse al Islamismo.

Antes, los Fenicios y Cartagineses, pueblos piratas y comerciales, que desprecian las Ideas, las Ciencias y el Arte. Son tan crueles que adoran un Moloch que continuamente pide sangre y sacrificios, y lo imponen por doquier con el hierro y con el fuego. En Roma los Emperadores crueles son los Asiáticos ó Africanos, ó los degenerados como Nerón y Calígula.

Los Arabes, en Andalucía son humanos y tolerantes: sólo son crueles los Moros, los Sarracenos, los bárbaros africanos. En tiempo de los Califas de Córdoba era popular aquel probervio que decía: *Sé como el sándalo, que perfuma hasta el hacha que lo parte*.

En la Edad Media, la crueldad corre parejas

con la inferioridad, el fanatismo y la barbarie. Véase, si no, el humanitarismo de los nominalistas y la rabia y furor de los ortodoxos. Véase el Amor inmenso de los hermanos del Evangelio Eternal y de los franciscanos. Véase el Amor florecer, con las costumbres intelectuales y expansivas en Provenza y Cataluña, y la crueldad de los Cruzados de Monfort y de los frailes dominicos devastar el Mediodía de Francia.

Véase en el Renacimiento dominar entre los Humanistas un carácter dulce, y la negra ferocidad otodoxa exterminar los sometidos á Felipe II y á sus descendientes, con la Inquisición y las brutalidades de los tercios españoles. En el 1600, en Francia, Enrique IV era un Rey humano, que llegaba á mandar víveres á los contrarios á quienes combatía. Más tarde, en los tiempos de Luis XIII y de Luis XIV, las teorías humanitarias de los epicúreos corren parelas con la *politesse Francaise*. Los nobles liberales y los enciclopedistas, son los que más combaten por el pueblo en el siglo XVIII.

Aun hay más, en nuestro siglo lo hemos visto. Los liberales en general han sido humanos, y los absolutistas feroces, duros y sanguinarios. Y en la nación española, en la cual la crueldad

abunda, ésta se ha acentuado hasta llegar á ser inquisitorial en los períodos reaccionarios; y es lo característico de las comarcas más atrasadas. Las comarcas más avanzadas, y las comarcas que marchan al unísono con la Civilización europea son humanitarias, hospitalarias y benéficas.

La crueldad es propia de los degenerados, de los regresivos, del Hombre que se aproxima á la fiera.

El Hombre fuerte es humano, benévolo, filántropo. No teme el sufrimiento pero no lo busca y menos lo impone. En la crueldad hay instinto de dañar, placer de muerte, regocijo en ver disminuir la Vida de los demás, ó bien la propia, si la crueldad se aplica para consigo mismo. Uno de los estigmas de los criminales natos es la insensibilidad: por esto son crueles. Al cruel le falta algo que es una eflorescencia de las almas superiores: la sensibilidad refleja, el poder de representarse los sufrimientos y los goces de los otros como si fueran los propios.

Schopenhauer, alma grande y generosa, considerando que la lucha para la Vida engendra la destrucción de muchos seres, y su sufrimiento; apiadado del dolor universal, concluye como los Budhistas, con la anulación de la voluntad

para evitar el penar contínuo, y por amor á todo lo que vive llega á falsear el sistema del Universo!

Nietzsche, al contrario, quiere imponer el dolor, y empieza por petrificarse. «¡Volveos duros!» dice su Zarathustra.

La Naturaleza sería cruel si tuviera conciencia. Por esto rechazamos la idea de un dios bueno y Providente como el mayor de los sarcasmos. Pero proclamamos que el único providente es el Hombre, y éste lo es tanto más cuanto más fuerte inteligente va volviéndose. Este es el dios bueno, y su bondad no deriva de ningún deber sino, de la exuberancia de su propia individualidad potente, que encuentra placer en dar, en desdoblarse, en extender su acción vivificadora, en satisfacer necesidades, en calmar el sufrimiento! Y esto tiene más mérito, pues es por placer y no por imposición alguna.



Ahora, establecida la diferencia entre las tendencias de Nietzsche y las tendencias vitales mo-



dernas, cúmplenos decir que hallamos justas, y por lo mismo admisibles, todas sus demás tendencias. La preparación de una Humanidad superior, el enaltecimiento del Yo, la pretensión de que los mejores deben marchar á la cabeza de la civilización, la dignificación de la Naturaleza y el aprovechamiento adecuado de todas las energías humanas, la continuación, en una palabra, de la obra de la Antigüedad Griega y Romana en el punto que la interrumpieron las corrientes de misticismo, de menosprecio de la Vida y de renunciamiento derivadas de Oriente; esta tendencia superior y superiorizadora, contraria á todo pesimismo, ascetismo, mortificación, dualismo, y á todo lo quecontribuya á rebajar al Hombre, la creemos muy saludable y de consiguiente necesaria en una época como la nuestra, en que se nos presentaba como una perfección y un remedio la anulación de la voluntad, con una Filosofía de convento disfrazada en Rusia y Alemania con la túnica oriental del Budhismo Índico.

De todos modos, Nietzsche ha sido el pensador más genial de este último cuarto de siglo. Él ha formulado la verdadera tendencia del siglo XX. A pesar de su crueldad, de sus impera-

tivos, de comprender la desigualdad humana de una manera tiránica, ha visto claro en el problema de la Vida, ha profetizado el advenimiento del Superhombre, ha controvertido los antiguos valores sociales fundados en virtudes antivitales, antihumanas, apoyados en la religión de ultratumba que se ha llamado el Cristianismo.

Él ha proclamado los nuevos valores, la fuerza, las energías vitales, la voluntad de sobrepujarse á sí mismo, la lucha heroica para progresar indefinidamente, la vanidad de la Moral absoluta impuesta por las religiones todas y las metafísicas que de ellas se derivan.

Êl ha reivindicado la personalidad íntima del Hombre y sus orígenes, que se hunden en lo ignoto de la ascendencia. El ha contribuído á la concepción verdadera del Hombre, destruyendo ese *Yo* simple, todo de una pieza, de la Filosofía alemana, substituyéndolo por la concepción científica de los funcionalismos heredados, es decir, de los instintos que en nosotros coexisten. El Hombre (y esto lo hemos dicho hace ya mucho tiempo) puede considerarse como una colonia de almas, como un centro de supervivencias, de maneras de ser de antepasados suyos.



Unas débiles, otras fuertes; unas latentes ó durmiendo, y que sólo se despiertan cuando viene una provocación externa; otras activas. Según la que triunfa y domina á las demás, es el Hombre. Si un proceso interno, enfermedad ú otro, atenúa ó destruye unas, las otras predominan, ó bien el medio ambiente ayuda á las unas y perjudica á las otras. Así observamos que se presentan los atavismos según los casos en un mismo individuo.

Además Nietzsche ha sentado que la Filosofía debe de ser activa, que el filósofo debe de sacar la consecuencia de todas las Ciencias para sugestionar mejores estados vitales y activos á los Hombres, presentándoles siempre un Universo que les interese por sus últimos aspectos.

En cambio, el estado contemplativo lo ha dejado para el Arte, que él calcula que es moralidad suprema, por ser la flor de la exuberancia de la Vida.

Así desarrolla su teoría del *Arte Órfico* como Arte sereno, tranquilo, contemplativo, bello. Y la del *Arte Dionisiaco* como Arte activo, heroico, hermosamente fuerte, desafiando la Fatalidad y haciéndose superior á ella. Tal es el Arte trágico (8).

Por fin, haremos ver que tal vez sea el único filósofo que no ha querido imponer sus teorías. El sigue su camino, pero advierte que aquel es su camino, y que cada cual debe de hacerse el suyo, puesel camino no existe. Así Zarathustra aconseja á sus discípulos el despedirse de ellos, que no le sigan y que le olviden, ya que tal vez, y sin saberlo, puede haberles engañado.



En resumen, á las teorías de Nietzsche fáltales tan sólo una cosa, esencialmente humana y greco-latina, que él no supo formular en las costas de nuestro Mediterráneo, por más que viniera todos los inviernos á respirar sus tibias brisas; y esta cosa es el Amor, la ley universal del Amor, la más universal de las leyes, que es gravitación en los espacios siderales, gravedad en los planetas, afinidad en las moléculas, atracción en los animales, amistad, cariño, estimación, pasión, en la Humana especie; ley origen

de la Vida, y que ha hecho del Cristianismo y del Budhismo las más universales de todas las religiones, aun imponiendo estrechas disciplinas y cosmogonías atrasadas, y dirigiendo sus especulaciones al no ser, ó á una vida de ultratumba. Nietzsche lo sintió como toda alma grande, y su Amor unido á su ideal superhumano, hizo que no se aplicara al Hombre en concreto, sino á la transformación del Hombre en pespectiva. Si Nietzsche hubiese tenido el corazón de San Francisco hubiera sido el más gran profeta que han visto los siglos. La figura de este Santo, que amaba al Hombre tal cual era, bueno ó malo, y que á la filantropía unió el amor á todo lo que tiene vida, siempre será colosal tanto más, cuanto más de lejos se la contemple. Un San Francisco con la voluntad de Pelagio y el cerebro de Spinoza sería el máximum del ideal del Superhombre.



NOTAS

(1) En nuestra obra *La Muerte y el Diablo,* libro I, cap. *La Decadencia* y siguientes, y en los apéndices exponemos todas las causas que hicierón prorrogar la igualdad para un más allá, en otro mundo.

(2) Véase cómo las teorías de Carlyle, de Emerson *y* de Nietzsche estaban ya precontenidas en el *Tratado del Héroe,* de Gracián. Dicho autor, á mediados del siglo XVII ya las apuntó y aun desarrolló en el indicado libro.

(3) Cada día recibimos eartas y publicaciones de diversos puntos de las Américas latinas adhiriendo á estas tendencias. Entre las últimas recibidas hay algnna que no deja de ser bastante notable.

(4) Véase la importante obra del Dr. Kernn de Leyden, relativa á Los Cultos de la India, y en especial á los de las sectas adoradoras de Siva.

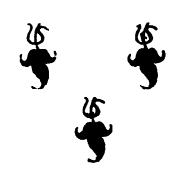
(5) Véase Max Stirner, *El Único y su propiedad.*

(6) F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra.*—Cap. *De la virtud que rebaja.*

(7) No hay que crear casta ó raza de Hombres superiores ó de Héroes. Estos nacen de la multitud. La Humanidad tiene en la multitud el arsenal de sus energías y en ella descansa tcda gran inteligencia. Las montañas, ccmo los árboles se elevan dcsde el suelo. Así las monarquías hereditarias y la nobleza de linaje son un error que ha producido la degenera-

ción de las naciones y por tanto la de las razas civilizadas. Tampoco debe establecerse un oficio, una carrera ó un empleo de Superhombre. La Iglesia con sus obispos, canónigos, cardenales, no ha hecho más que esto, y por esto es un organismo muerto. De que es menester educar el talento y el genio, y de que con la educación adecuada se desenvuelve, se ha deducido que la educación intelectual por sí sola es fuente de facultades, origen de superior producción. Así se creyó que, estudiando retórica y poética, y gramática se era escritor y poeta, y que estudiando filosofía se era filósofo. Hacer del Superhombre un cargo ó institución que se ha de proveer con quien se presente, es y ha sido siempre el origen de la ruina de los Estados. En esto se comete el disparate de tomar el contingente por el contenido, atribuyendo honores de Eminencia al que sólo ocupa el cargo, sin tener en su persona eminencia de ningun genero.

(8) Para darse cuenta de estas tendencias artísticas de Nietzsche, véase: *El Origen de la Tragedia, Wagner en Bayreuth, El caso Wagner, Nietzsche contra Wagner.*





EL HIPERPOSITIVISMO

París
1900

Cada uno sigue su carácter al escoger su Filosofía. Un sistema filosófico no es una cosa sin vida, y está animado por el alma del que lo ha creado: son sus lineaciones.

FICHTE.

Todo se reduce á la impresión.

HUME.

La inteligencia humana sólo puede conocer el fenómeno: éste es toda la realidad cognoscible.

COMTE.

La claridad es la buena fe del filósofo.

VAUVENARGUES.

La obscuridad de los filósofos proviene siempre de la vaguedad en la comprensión y en la meditación de los filosofemas...

La claridad perfecta es en la Filosofía lo que en la Música la frase pura.

. . . .

Nada tiene valor si no es bien observado.

SCHOPENHAUER.



HIPERPOSITIVISMO



ON el positivismo podemos decir que vino á ponerse en boga el método entrevisto ya por los Griegos, en la Antigüedad, y sobre todo por Roger Bacón en la Edad Media: el método inductivo. Augusto Comte, con su gran talento, formuló las bases de este método, hizo una jerarquía de las Ciencias, y, al fin de su vida, al terminar su obra, quiso coronarla, en lo que toca á lo social, con un plan religioso humanitario, y, saliéndose ya de su sistema científico, cayó en desviaciones *San Simonianas*.

Después de la muerte de Comte, los discípulos de éste dividiéronse en dos escuelas. Los unos, al frente de los cuales estaba Laffitte, sostuvieron la religión social de la Humanidad, llegando á tener la pretensión de formular hasta una liturgia y de redactar un santoral y un calendario positivo. Los otros, al frente de los cuales marchaba Littré, acogieron del maestro sólo la Filosofía, pero la mayor parte de ellos mostráronse rehacios á reducir las categorías de las Ciencias, las unas á las otras. Así no podían conceder que de los fenómenos mecánicos se pasara á los químicos, y de éstos á los biológicos. Tampoco querian admitir, más que á título de hipótesis, la teoría de la Evolución, que ya venían formulando y probando los sabios ingleses, los cuales eran discípulos y continuadores del gran Lamark. Este grupo era el de la *Revue Positive*.

Ambos grupos han quedado anulados por su ortodoxia, por querer formular dogmas, lo cual en materia de Ciencia, como en todo es la muerte. La Ciencia es serie, progresión constante: cada día se descubren nuevas cosas, *cada día más y mejor*. Tal es su divisa. Parar la Ciencia es la mayor de las barbaridades: es como querer parar el Sol.



¿Qué ha sucedido? Que el positivismo inglés, más libre, más de acuerdo con los verdaderos principios experimentales, se salió de la cuadrícula que había trazado Augusto Comte y que querían mantener cerrada algunos de sus discípulos.

Además, en Alemania, el Materialismo, tomando un desarrollo enorme, perteneciendo á él los primeros hombres de Ciencia, (que aunque apoyándose en la suprema hipótesis de la Materia, construían induciendo de las experimentaciones seriadas), preparaban materiales para la elevación de la futura Filosofía. Y salían Hæckel confirmando la evolución, Virchoí explicando los organismos con su teoría celular, Gegenbaur con la Zooquímica demostrando el paso de la Química á la Biología; y tantos y tantos otros que, al darsus conclusiones inductivas, ensanchaban el campo de la especulación filosófica.

Así un gran número de sabios y de pensadores, lo mismo en Francia que en las demás naciones europeas, no queriendo seguir la tradición metafísica, han acogido libremente el Positivismo, entendiendo sólo por tal el método experimental, ó inductivo, que Augusto Comte

reivindicó. Mas después de haber rendido homenaje á tan gran filósofo y de adoptar el método que él adoptara, no se han curado del sistema que han hallado estrecho, y han pasado á engrosar las filas del libre ejército de la Ciencia sin sistema, pues en ella los sistemas no caben más que provisionalmente y á beneficio de inventario.

Uno de estos sabios ha sido el ilustre Claudio Bernard, el creador de la Fisiología, el autor de la nunca bien ponderada *Introducción á la Ciencia experimental.* Con sus trabajos sobre el funcionalismo de la Vida humana ha abierto nuevos horizontes á la Filosofía, y nos ha dado el principio para formular toda una teoría moral política y sociológica. Después de él, el derecho ya sólo puede fundarse en la Vida.

Con Claudio Bernard se ha inaugurado un determinismo científico en el terreno de las Ciencias biológicas, que ha sido adoptado por todos los sabios de los países civilizados.

Aunque la Ciencia haya rechazado el aparato sistemático excesivo de Augusto Comte, de todos modos á él cabe el honor de haber formulado y puesto en boga el único método posible para hallar la Verdad, y, lo que es más, el es el que nos



ha demostrado que esa verdad, siempre creciente, siempre seria relativa, fijando así las verdaderas leyes del conocimiento que no habían sabido fijar los metafísicos de la razón pura. El ha demostrado que la razón pura, si bien era buena para destruir las teologías, y aun las metafísicas, era impotente para crear nada que no fueran vaciedades antológicas, es decir, conceptualismos puros. Así puede considerársele, con justo título, como el padre de la Filosofía Moderna.

Partiendo de él, hoy, la Filosofía, ante todo, hace la delimitación de lo que es cognoscible y de lo que no lo es. Lo que no es cognoscible es lo que no cae en la serie de fenómenos observables ó experimentables por nosotros. Esto no puede ser jamás objeto ni siquiera de sus hipótesis; eso se deja para la fantasía pura. En cambio, todo lo cognoscible, es decir, todo lo observable, todo lo experimentable, esto cae bajo el dominio de las ciencias, las cuales se ocupan sólo de series fenomenales. Consecuencia: la Filosofía debe de ser el resultado, la síntesis, la cúspide de la convergencia de todas las Ciencias. Así la Filosofía resulta una Ciencia Sintética, ó, mejor, un idealismo realista; es la con-

secuencia de todas las experiencias, el resultado de todo lo que se sabe en una época, la Ciencia de las Ciencias, el espíritu de la fenomenalidad, que no puede hallarse en una Ciencia especial. Como todas las Ciencias progresan, la Filosofía no podrá ser jamás acabada, jamás podrá formular un sistema definitivo. «Sólo en el sistema completo de todas las Ciencias la Filosofía será por primera vez visible», decía Novalis hace ya más de un siglo.

¡Enseñar Filosofía, qué quimera! Hoy ya no puede ser enseñada la Filosofía más que como historia. La mejor manera de enseñar Filosofía es enseñando todas las Ciencias: lo demás lo da el genio, ó el talento individual. El mejor filósofo será el que sea más sabio y más genial á la vez. Desde aquí las cuestiones metafísicas de causa primera, órigen y esencia del Universo, es decir, el *en sí* de las cosas, queda relegado al olvido en el terreno de lo incognoscible, de aquello que no podemos saber si es ó no es. El gran Novalis ya dijo: *el Principio es un concepto posterior*. Y, efectivamente, es una idea que sólo puede referirse, como la de *Fin*, á un momento de cualquiera de las series de los fenómenos, no á los extremos, á los orígenes, que se

pierden en lo que jamás podrá alcanzar nuestra inteligencia.

Los mejores filósofos, después de Augusto Comte, han sido los que con más cuidado se han mantenido en el terreno científico de la observación. Así las dos ramas derivadas del positivismo, en Francia y en Inglaterra, han dado al Mundo los primeros filósofos y pensadores, y éstos han sido naturalistas, hombres de Ciencia. Hasta de Alemania, la patria de los sistemas metafísicos, el que ha resultado más genial en estos últimos tiempos ha adherido á todas las conclusiones del determinismo científico más estricto, presintiendo como nosotros la base de la futura sociedad, la Vida, y el desarrollo de la especie humana gracias á la lucha, por la existencia, viniendo á producir, como en las demás especies, según la ley de Darwin, una especie ó subespecie superior; *el Superhombre.*

En la propia Francia, el mismo Taine y todos sus discípulos, aunque ocupándose sólo de ciencias de las llamadas morales, han adherido al sistema, evitando todo desarrollo metafísico ó de razón pura. Así, hoy, Mr. Binet ha montado en la Sorbona un notable laboratorio de ciencias psicológicas, y Mr. Robot ha creado toda una



escuela documentaria para el estudio de las facultades que antes se llamaban del alma, y de sus enfermedades.

En lo que acabamos de exponer, concuerdan hoy lo mismo los discípulos de Littré que los de Claudio Bernard, de Taine, de Darwin, de Spencer, de Stuart Mill, de Bain, etc., y que todos los naturalistas alemanes.

Pero aquí hemos de detenernos sobre un punto muy importante, y es el siguiente: los filósofos que procedían de las Ciencias naturales en Alemania, aun venían apoyándose en lo que podríamos llamar una tara, un residuo metafísico ó teológico: LA MATERIA. Así eran los más difíciles de entrar de lleno en el riguroso método inductivo.

Habían destruído ya la idea de dualidad de substancias. Habíase por tanto desvanecido *el espíritu en sí*, sentando que el espíritu era sólo una función. Pero al objetarles «¿de qué?» habían respuesto: «*de la Materia*, de su organización, de su complicación de fuerzas». «*No hay fuerza sin materia, no hay materia sin fuerza*», había dicho Büchner; y así se habían metido otra vez en la cuestión de la causa primera incognoscible.

Los Teólogos, tomándolo de la Filosofía anti-



tigua, habían explicado el Universo por dos principios: *Espíritu* y *Materia*. Partiendo de que Dios (el dios judaico) es exterior y anterior á la Naturaleza, esta Naturaleza sensible era materia pura, emanación inferior de la divinidad, que se espesó al caer y alejarse de Él, como decían los gnósticos. Así, con la materia, Dios había formado los cuerpos, y el Alma con el Espíritu, una de las categorías de las esencias suprasensibles. Esto era todo un sistema que lo explicaba todo. Dualista, pero con él se daba cuenta el Hombre de toda la fenomenalidad; como con él sistema astronómico geocéntrico, de que el Sol daba la vuelta alrededor de la Tierra, se calculaban bien los eclipses y otros varios fenómenos siderales; ó como en química nos hemos explicado perfectamente las reacciones con el sistema dualista antes de que Wurtz nos enseñara el unitario. Toda la cuestión estribaba en que se hicieran bien los encadenamientos seriales, los desarrollos naturales lógicos.

Así, estudiando la filiación del concepto de Materia en la historia, vemos que tiene su origen en la Teología, y antes en la Filosofía alejandrina; y que los materialistas no se han parado á examinar á fondo lo que ellos tomaban

como la única realidad existente. En cuanto un profundo análisis ha venido, esta realidad se ha desvanecido sin dejar residuo alguno, como todo concepto metafísico. Materia supone Espíritu. Es la otra mitad del Todo que se dividió como si dijéramos, en blanco y negro, en bueno y malo, en vivo y muerto, en activo é inerte, en superior é inferior.

La Materia es esa mitad inferior oscura, mala. El haber destruído el Espíritu sin destruir la Materia, es una falta de lógica en los Filósofos materialistas, pues no puede suprimirse el primero sin suprimir la segunda; es la sombra de la luz. Más razón hubiera tenido una escuela metafísica que hubiese sostenido que sólo había Espíritu. Materia y Espíritu, esos dos conceptos, forman todo un sistema y son inalienables, inseparables.

¿Qué es la Materia?

Demócrito y Epicuro, entre los antiguos; y entre los modernos Gassendi y Hobles. De la Mettrie y d'Holbach, Moleschott y Büchner, nos dan ideas contradictorias é insuficientes sobre este supuesto elemento primordial de todas las cosas. Para unos la Materia es el principio universal de la Vida; para otros se



reduce al substractum del movimiento, ò bien se resuelve en una colección de átomos (meras hipótesis); otros dicen que está formada por los átomos en movimiento, ó la presentan como la substancia junta á la fuerza, ó la idealizan con el nombre vago de Naturaleza, llegando alguno á asignarle hasta la facultad de pensar. Por fin hay quien la define «todo lo que nos entra por los sentidos»; y como nada hay de lo que conocemos cuyos elementos no hayan sido sensoriales, declaran la Materia universal é infinita, y llegan á substituirla á la concepción de Dios.

¡El Dios Materia! Hé aquí el último de los dioses, el último de los ídolos teológicos, refugiado en el campo de la Ciencia. Pero la fe inocente en la existencia real de la Materia, se desvanece ante la lógicapositiva; y la Ciencia, al perder la idea metafísica, para nada se retrasa en su majestuosa marcha ascendente, por haber tirado este lastre que aun llevaba. Al contrario, más libre, ha volado más alto y con rapidez mayor, cual el globo que, al remontarse á los aires, suelta sus sacos de arena para llegar á las capas superiores de la atmósfera.

Cuando se define la Materia como el átomo

en movimiento, no se analiza lo suficiente para ver que lo único real es el movimiento, y que el átomo es una pura hipótesis. Los átomos mismos, hoy día sólo son considerados como centros de movimiento, de modo que esto es basarse en una abstracción tan ideal, como el punto matemático. No ven que estos términos de Materia y de Fuerza, son dos suposiciones bajo dos puntos de vista distintos, el de la extensión y el de la duración, ó sean tiempo y espacio, que son á la vez dos conceptos subjetivos, dos modos del Intelecto humano.

La idea misma del átomo, al cual en último término han dicho que se reducía la Materia, no es un resultado de experimentación, ni de la observación, es decir, de los sentidos. Ningún instrumento científico nos lo hace ver, ninguna reacción nos lo presenta. Las reacciones químicas nos demuestran tan sólo proporciones, relaciones constantes, movimientos de transformación, no átomos: éstos nos sirven sólo como una hipótesis. Y sobre esta hipótesis han basado su sistema los sabios materialistas, ellos, que han sido los primeros en invocar la observación y la experimentación como único criterio de certeza posible. Así se ha con-



fundido una abstracción teórica, una hipótesis metafísica con la realidad pura.

Pero «¿qué es la realidad, la realidad verdadera?» se nos preguntará ahora.

En último término, la realidad se reduce á la sensación inmediata, ó sea á la representación á la apariencia, y sus encadenamientos, y la evolución de éstos; y de nada de esto resulta directamente el concepto de Materia.

Si analizamos bien, encontraremos que este concepto deriva más bien del concepto de extensión suministrado por el tacto. «El tacto, es el sentido universal» sentó Aristóteles. «Las cualidades que el tacto percibe son cualidades primeras», ha dicho Descartes. Pero las representaciones que á la mente sugiere el tacto son sólo resistencias de un lado, y coexistencias de otro. Es decir: oposición á nuestro movimiento muscular, transmitido al cerebro por nuestros nervios; oposición que supone un movimiento ó una energía contraria; y la coexistencia de estas oposiciones, cuya representación, llegada á la conciencia le suministra la idea de extensión, ó sea de espacio. Esto ha sido el fundamento de la hipótesis MATERIA. Así, todo lo que ha sido considerado bajo el aspecto de la extensión ó de

la coexistencia, abstracción hecha de los movimientos que coexisten, ha sido llamado *materia* y por extensión, *cuerpo*.

Todo lo que se ha llamado *materia* resuélvese en movimiento; es la cantidad constante de movimiento y nada más. Y, si no, analicemos: Lo que se llama atracción molecular es sólo movimiento centrípeto, como lo es la gravedad. La luz propia, reflejada, ó refractada, es también sólo vibración, movimiento. El calor, también son vibraciones de distinta amplitud y de velocidad distinta, es decir, movimiento. La impenetrabilidad, no es más que un movimiento de repulsión considerado en el sentido de la extensión ó de la coexistencia; y así de todas las demás propiedades de los cuerpos. Los átomos, ya hemos visto que eran centros hipotéticos de fuerzas, última expresión del movimiento. ¿Dónde está, pues, la materia? ¿Dónde la substancia?

Para el sabio sólo existen movimientos, movimientos que á nuestra conciencia se presentan como simultáneos, ó que á ella se presentan como sucesivos. Spencer ha demostrado que la *sequencia* es la cualidad fundamental del movimiento, ó sea de su representación en nuestra mente. He aquí todo.



Si existe algo bajo el movimiento, si la relación ó el fenómeno supone algo que no sea relativo ó fenomenal; si hay un *substractum* de la fenomenalidad; esto la Ciencia lo ignorará siempre: jamás Hombre alguno podrá afirmarlo.

La hipótesis de una CAUSA, de un PRINCIPIO, nada nos resuelve. Novalís lo dijo: «*El principio... esto ha venido después.*» Efectivamente, viendo el encadenamiento de los fenómenos, se llama principio de un fenómeno, al fenómeno anterior, y fin al que le sucede: de ahí lo de *no hay efecto sin causa.* Pero esto, que en la serie fenomenal es verdad, aplicarlo en absoluto al origen de las cosas es absurdo, pues este no cae dentro del terreno de nuestra representación limitadísima. Nosotros sentimos el movimiento en nuestra conciencia limitada; pero no podemos afirmar si fuera de ella existe algo, que no sea movimiento, como causa de éste y origen de las cosas, es decir, que la realidad verdadera externa sea otra cosa distinta del movimiento que percibimos.

Cuando consideramos el movimiento y el objeto en movimiento, no hacemos más que una abstracción de uno de los varios movimientos que se pasan en nuestra representación inter-

na, dejando los demás como residuo llamándoles *objeto*. Así, por ejemplo, al decir *el movimiento de una bola* lo que hacemos es considerar sólo su traslación; y al peso ó sea su gravedad, al color ó sea luz, á la dureza ó sea resistencia al calor, á la electricidad, etc., etc., á esto le llamamos *la bola* (1). Así, el nombre *cuerpo* significa sólo un conjunto de movimientos percibidos. De modo que el elemento primordial á que el filósofo puede reducirlo todo es el Movimiento. El Hombre de Ciencia sólo esto puede evaluar, sólo puede ponderar transformaciones, y debé de prescindir de ir en busca de causas finales, ni del en sí de las cosas. Para él, el fenómeno es la única realidad cognoscible.

La explicación monista, dinámica, es decir, la explicación científica positiva, en el fondo se reduce á la relación, al fenómeno, al movimiento; y como de éste no nos damos cuenta sino en cuanto se pasa en nosotros; todo se reduce á la sensación, á la representación, á la apariencia. Esto es todo.

Así vienen á ser idénticos *real* é *ideal*, pues que sólo de lo que llamamos *cosas* conocemos las representaciones de nuestra mente, y las ideas que de ellas se derivan en nosotros. Las



cosas, los *objetos*, estas palabras no corresponden más que á las ideas que de las sensaciones nos formamos.

La última consecuencia que ha dado el método positivista ha sido este *hiperpositivismo* al entrar en la psicología. El mundo que nos es dado conocer inmediatamente es completamente ideal (1), es decir, compuesto únicamente de representaciones cerebrales.

De Descartes á Schopenhauer, cada día se ha ido depurando más la idea de realidad á que correspondía. Descartes, con su *Dubito, cogito, ergo sum*, ha sido el padre de la Filosofía moderna. Los Griegos no habían partido nunca de la duda. Creían en el Universo real y existente de por sí, y en esto se basaban.

Pero los modernos se han planteado el problema de otra manera.

En nuestro cerebro, han dicho, se forman, imágenes no provocadas por causas internas, sino por lo exterior. Estas imágenes de las cosas son nuestro conocimiento inmediato. ¿Qué relación puede haber entre estas imágenes y los objetos que existieran enteramente separados de las imágenes? Y luego añadimos: Y ¿qué seguridad tenemos de que los dichos objetos existan ó no,

más que estas imágenes mismas? Y, en el caso de que existan, ¿qué nos enseñan, estas imágenes, de la constitución íntima y real de las cosas?

Antes de esto, los Filósofos cristianos demostraban la realidad de Dios partiendo de la realidad indudable de las cosas. Una vez puesta en duda la realidad de las cosas, del mundo exterior, del Universo, Descartes, que aun se sentía cristiano, á pesar de haber formulado la duda, vino, al revés de los otros, á concluir la realidad de las cosas de la realidad de Dios admitida *a priori*. «El Mundo debe de existir,—exclamó,—porque Dios no puede engañarnos.» Así, después de haber formulado el problema, lo deja sin resolver.

Tampoco lo resuelve Malebranche, creyendo que *todas las cosas las vemos en Dios*, único principio que obra en ellas.

Leibnitz se atreve á más: quiere resolver el problema, y no halla otro medio que el de hacer una hipótesis. la *Mónada*. Las mónadas de Leibnitz són, á la vez, puntos matemáticos, átomos materiales y almas (ó lo que hoy diríamos unidades de energía, centros de fuerza). De ahí parte Shelling para formular su sistema de

identidad; pero cae en el absurdo con la afirmación gratuita de sus *armonías de los mundos preestablecidas.*

Spinoza cree, con Malebranche, que todo lo que hay de activo, de real en las cosas, es Dios. Concepción muy poética, pero que nada resuelve, por referirse como primer término á un principio desconocido. Dado el principio, sí, todo resulta lógico; pero en cierto modo es una solución como la de Descartes. Explícase el Universo por Dios, lo cual nada explica, pues Dios es incomprensible, y el partir de lo incomprensible no explica lo real; nada resuelve. No obstante, Spinoza declara que esto no es más que como cuestión de origen, pues *sólo el fenomeno nos es accesible.*

El primero que se atreve seriamente con el problema es Berkeley. Sienta que la realidad no existe más que en nuestra representación, y que por tanto es absurdo el conceder una existencia real á las cosas fuera de nuestra representación, es decir, independiente del sujeto, ó sea por sí mismas. Por lo tanto no tiene razón de ser la afirmación de una materia primordial que exista de toda eternidad. No obstante, siendo sacerdote cristiano, no sabemos si para cu-

brir las apariencias, concluye dando como primer principio á Dios, origen y fin de todo lo existente.

Así Berkeley hizo adelantar un paso el problema de lo *real*, pero no acabó de resolverlo por no haber evitado toda hipótesis *hiperfísica*, ó sea basada en lo *hipersensible;* pues, estando ésto fuera de nosotros (caso de que exista que no lo sabemos), nada nos explica.

El verdadero padre de los materialistas modernos es Loke. Éste, para resolver el problema de la realidad del Universo, admite *la Materia* como fundamento de todo; y, no parándose aquí, para ser lógico llega á asignarle la facultad de pensar. De él dimanan todos los materialistas alemanes del presente siglo, los cuales, estudiando los fenómenos, han hecho dar grandes pasos á la Ciencia, pues con la observación y la experimentación por guía, las series fenomenales por ellos establecidas han sido exactas; pero, en cuanto al *en sí*, se han equivocado, pues la *Materia*, esa hipótesis admitida por Loke, no tiene realidad alguna. Ese *en sí* no ha sido más que el fenómeno, como sus llamadas propiedades primarias, *extensión*, *impe*[illegible]*bilidad*, *forma*, etc.;de modo que han querido

explicar el fenómeno por el propio fenómeno.

La *Extensión*, á la cual Loke da gran importancia, no es lo opuesto de la representación, sino un modo. Es lo que uno se representa en un momento dado; es sólo *simultaneidad:* lo otro es *sequencia*. Y la extensión es, por tanto, una representación pura, como la sucesión. El Mundo como representación y el Mundo en el Espacio son una misma cosa; en esto Kant estuvo justo al determinar que *Tiempo* y *Espacio* eran sólo formas puras, modos, del Intelecto humano.

Tras de Loke, David Hume, vino á darnos la lección suprema de la experiencia. Él fué el primero que, al sentar que no había ninguna Ciencia verdadera en sí misma, nos indicó que la verdad absoluta no era objeto de la Ciencia.

Loke había dejado subsistentes las nociones de *causa* y de *substancia*. Hume se propuso examinar la realidad de estos conceptos, y examinándolos halló que no tenían más fundamento que el de una mera hipótesis. De un solo golpe destruye la fe en la realidad de un mundo exterior, y la fe en la realidad de un mundo suprasensible. No admite más existencia probada que la de los fenómenos que en nosotros se suce-



den, ni más ley que la de su sucesión. No admite más que impresiones y pensamientos, siendo los segundos el resultado de la complicación de las primeras. La impresión es lo primordial. Así reduce la experiencia á la observación sensible, y la Psicología á la Fisiología y ésta á la Física.

El *Yo*, para Hume, es sólo un haz de impresiones. «*A bundle of perceptions*», y esto lo hace derivar del *nullum est in intellectum quod prius non fuerit in sensu*. Las nociones del Intelècto son, pues, hechos, ó relaciones de hechos, esto es, Ideas. Las relaciones de estas relaciones, es decir, de Ideas, dan lugar á la Geometría, al Algebra, á la Aritmética, y á todas las proposiciones que son ciertas, ya sean tenidas por intuición, ya lo sean por demostración. La razón aprueba estas Ciencias sin demostrar que ellas correspondan á la *realidad en sí*. La realidad es sólo una relatividad determinada. Las relaciones en que se apoyan, estriban en el *tamaño* y en el *número*, que á su vez son meras relaciones, es decir, cosas abstractas.

«Las cosas,—añade,—están muy lejos de tener esta evidencia demostrativa, que creen los ignorantes, la evidencia de las Ciencias

exactas. . . . .

. . . .

Los objetos sólo procuran una certeza contingente y de probabilidad.»

«La experiencia sensible es la única madre de todo conocimiento humano, y esta sólo da verosimilitudes.» Y partiendo de aquí, destruye la idea de substancia y la de causalidad (2), reduciéndolo todo á la impresión, su primordial elemento.

Después de Hume, ya poco se ha adelantado en el problema de la realidad de las cosas.

Schopenhauer, apoyándose en lo de Kant, que el *tiempo* y el *espacio* son sólo modos ó formas puras de nuestro Intelecto, sentó que á tales concepciones vacías, era preciso que las penetrara *algo activo* como causalidad. Así, pues, ya que la materia es sólo causalidad, y que su concepto se apoya principalmente en el del espacio, ésta no puede tener realidad absoluta, y resulta sólo la forma bajo la cual la inteligencia concibe la causalidad. De esto hace resaltar, con razón, que las cualidades primarias de Loke no son más que las condiciones de nuestra concepción, es decir, lo inmediato de nuestra organización íntima. Y está en lo justo. La ex-



periencia no puede darnos más que el encadenamiento, la sucesión ó *sequencia* de las cosas, pero no más. Nada puede decirnos sobre las verdaderas causas primeras y los efectos finales, ni lo que son en sí las relaciones necesarias sensibles, inmediatas.

Esto motivó el que Kant encontrara que la causalidad es una mera forma subjetiva, como el tiempo y el espacio. Así, si por lo *real* entendemos la cosa en sí, el Universo, fuera de nuestro *yo* y en sí mismo, esto nos es, no sólo desconocido, sino, lo que es más, incognoscible. La única realidad para el Hombre es su representación interna; resultando lo de que el fenómeno viene á ser la apreciación de una Impresión ó sea una Idea, y por tanto *lo real es lo Ideal.*

Schopenhauer cree haber llevado la cosa al último principio explicativo inmediato, reduciéndolo todo á dos elementos de nuestra percepción interna, de nuestra conciencia, límite después del cual no puede haber ya otro principio explicativo, pues es el más inmediato y por tanto el último.

Partiendo de que la única realidad indudable es nuestro *Yo*, ó lo que es lo mismo del *«Pienso, luego existo»*, de Descartes, ha deslindado *lo*



Real de *lo Ideal* dando una definición de cada grupo de fenómenos y separándolos completamente, para mejor así poder estudiarlos (3).

De lo que llega á la conciencia, como acción, como tendencia, como *Voluntad*, ha deducido *lo Real.* Y de lo que llega á la conciencia como impresión, como imagen, como *Representación*, ha deducido lo *Ideal.* Lo Ideal comprende todo el Mundo visible, todo lo que se ha llamado lo objetivo perceptible, comprendiendo en ello nuestro propio cuerpo, que conoce y siente, y el *Espacio* y el *Tiempo*, y la *Causalidad*, con *la Substancia eterna* de Spinoza, y *la Materia* de Loke. Todo esto es *representación* pura, ó sea *lo Ideal.*

Lo sólo real es para este filósofo *la Voluntad*, la proyección del Yo, resultado de la representación, y del pensamiento, ó sea, de las combinaciones de ésta en nuestra organización cerebral.

Así *Voluntad* y *Representación* son, pues, distintas, aunque la una derive de la otra, y ambas lo explican todo y nada dejan fuera de ellas.

Pero ahora venimos nosotros, y, viendo que esto son sólo dos aspectos de los fenómenos

del Yo, dos modos de explicarse el Universo, y que *Real* é *Ideal* son dos meros nombres, preguntamos: ¿Qué nos importa saber lo que es lo real y lo que es lo ideal? La *cuestión primordial*, la más fundamental de todas, está en saber bajo *qué forma se nos presenta el fenómeno primitivo de conciencia.* Esto Hume lo ha dicho: lo elemental es la *impresión*, sea que esta se presente como viniendo de nosotros mismos, ó sea que se presente como llegada de fuera; sea que la evaluemos como intensidad, ó sea que la evaluemos como coexistencia. Así *Voluntad* resulta intensidad, actividad, secuencia (lo cual no deja de ser una representación en nosotros, representación que modifica las demás, pero representación al fin). *Representación* es coexistencia, pasividad, impresión de extensión. Así se reducen estos elementos de intensidad y extensión, á sólo los dos aspectos del *Movimiento.* Hé aquí el último elemento á que todo se reduce: lo real y lo ideal, la voluntad y la representación, el Tiempo y el Espacio: todo es movimiento movimiento puro.

Un movimiento interno latente en nosotros mismos, que se pasa en las células grises del cerebro, esto es la representación. Un movi-



miento activo percibido como intensidad, y que por los nervios se comunica á los músculos: hé aquí la Voluntad. En último resultado siempre hallamos *el Movimiento;* y este es el último elemento cognoscible é indescomponible, fuera del cual ya no hay nada.

No se nos venga ahora con lo de que movimiento supone cosa movida, pues más arriba ya lo hemos indicado: esto es un error, es aplicar el principio de causalidad al Todo, pues lo de efecto y causa, el principio de causalidad, no se puede aplicar más que á movimientos parciales, ó trozos de una serie fenomenal. Es una forma de nuestro intelecto, que no se puede referir al último elemento cognoscible, al cual se reduce la realidad del Todo.

Tampoco es admisible como nada real la idea de Fuerza, considerada causa del Movimiento, como lo quiere Spencer, sino á título de pura hipótesis explicativa. Y la de energía, á que podría reducirse, no es causa sino ponderación de movimiento, y por tanto indica el movimiento mismo, es decir, una impresión ó composición de impresiones, relatividad pura.

Así, la Filosofía hoy por hoy se reduce á un dinamismo superior, producto de la conver-

gencia de todos los dinamismos fenomenales de todas las Ciencias particulares, pues el elemento primordial á que todo se reduce en nuestra conciencia es El Movimiento.



Todo se pasa en el Mundo, que el sabio estudia, como si ningún pensamiento, ninguna conciencia se encontrara en el fondo de la realidad de las cosas, más que la conciencia y el pensamiento propio. Una Conciencia, una Inteligencia, un Pensamiento, claro ú oscuro, intermitente ó continuo, sería también, en verdad, *Movimiento;* pero este movimiento, esto sólo lo hallamos en los animales superiores, y en primer grado en el Hombre, y en especial en el civilizado. En el fondo de lo que se llama Universo, en ninguna de las manifestaciones que conocemos, hallamos nada de esto: sólo en ellas reina la Inconsciencia, lo que ha hecho

que Hartmann, personalizando el Todo, lo llamara EL GRAN INCONSCIENTE.

La finalidad á la que se ha creído que obedecían las cosas, se ha visto que era un efecto puro, una atribución gratuita de nuestra mente, un falso modo de ver el Universo. La Mente humana había supuesto una intención productora allí donde había sólo productos.

El que haya quien no se conforme con la fenomenalidad, con la propia realidad cognoscible, que aspire á un más allá del Universo, á un mundo infinito, del cual el mundo fenomenal no sea tal vez más que la misma cosa vista del otro lado; el que haya quien se desespere porque se le aperciba de que jamás podrá llegar á ello, esto es, á los orígenes, al fondo de las profundidades de donde el Ser y la Vida dimanan; nada de esto arguye en contra de la Ciencia, nada en contra de la Filosofía. Ellas se ocupan tan sólo de lo que puede sernos explicable, definible, cognoscible: lo demás será siempre patrimonio vago de los espíritus poco precisos, capaces sólo de emoción, de vibración dramática. Esta emergencia de lo desconocido, ese querer atribuirle el carácter de *infinitud*, ese querer darse cuenta de ello, contentándose con

nombres, que al fin y al cabo corresponden sólo á meros antropomorfismos; eso es lo que produce el llamado sentimiento religioso, que en más altos y más nobles grados es admiración profunda por ese indefinido incomprensible, omniactivo, eternamente vivo, en sí inexplicable.

Pero en los intelectos capaces de dar forma, ó de sentirla, ese sentimiento produce, no la Religión, la religión positiva, sino el Arte, en su modo activo. Y, en su modo pasivo, la contemplación estética del Universo, la inmersión de nuestro espíritu en el universal drama de la Naturaleza.

El alma serena del Hombre moderno, llegado ya á un alto grado de comprensión científica, no puede interesarse por unos misterios que sabe ya de antemano que son impenetrables, y que todo lo que de positivo se haya querido fundar sobre ellos no ha hecho más que contrariar la Vida y el superior desarrollo humano, subyugando el Hombre al Todo incomprensible. La Ciencia le ha enseñado que la fenomenalidad no se tuerce ni se endereza como los ritos de adoración ó las plegarias dirigidas á las personificaciones del Todo. Sabe que la única



manera de modificar esa fenomenalidad que tanto le ha aterrorizado, no es prosternándose, sino estudiándola y reaccionando directamente sobre de ella. Sabe que el *Yo* no es más que uno de estos fenómenos, y que por tanto su ingerencia ó su dominio sobre los otros es justísima, pues él dimana de lo mismo que ellos (caso de que en último término dimanen de algo), y les es superior en jerarquía orgánica, En fin, sabe que la conciencia clara y progresiva en él se manifiesta, en el más alto grado sobre el planeta Tierra. Así, en lugar de levantar pesadas construcciones que le aplasten, al impulso del estupor que le cause el Eterno Misterio, otra tendencia nace en él más natural y más vivificadora. El entusiasmo que le causa esta fenomenalidad omniforme, omniactiva, esa Naturaleza siempre variante, siempre nueva, siempre sorprendente, siempre espléndida; le produce el sentimiento estético, que, cuando pasivo ó simplemente sensitivo, produce el placer de la Contemplación de la Belleza de los fenómenos de la Vida; y, cuando activo, es Arte, ó sea la suprema manifestación de la Vida misma.

Lo inexplicable, bajo el punto de vista de la

razón, eso incomprensible á la Inteligencia, eso que aterroriza á las mentes y á los corazones débiles, eso inspira admiración al Hombre fuerte de Intelecto, como representación total Suprema, eso le produce el sublime sentimiento de la Belleza. A aquel que ha alcanzado un alto grado de comprensión ya no le aterra el enigma. No teme la esfinge. La respeta, pero sin dejar que le devore, y admira á distancia las bellas formas bajo las cuales se le aparece.

El Sentimiento de la Belleza es el que surge en el humano espíritu como último resultado de la representación superior del Universo, por él adecuadamente sentido. Cada civilización, al llegar á su desarrollo máximo, después de haber dado grandes pensadores ha dado grandes artistas, y con ellos un gran público capaz de sentir el Arte y de formarles atmósfera que los sostenga. La Belleza es la sensación que resulta del ejercicio del conocimiento, del comprender adecuadamente la representación del Universo; es el resultado más alto de la Vida, y por tanto el Supremo placer para los Hombres.

Así Nietzsche resulta ilógico privando al Hombre del placer, en su camino hacia el Super-

hombre, y proclamando al mismo tiempo el Arte Apolónico ó Dionisiano, como el único que puede hacerle alcanzar un grado superior de Vida, y considerando la Vida como fenómeno esencialmente estético.

En esto último están de acuerdo Nietzsche y Schopenhauer: ambos miran la Vida como un fenómeno estético; solamente que para Schopenhauer el sentimiento de Belleza, el máximum de placer posible, resulta del descubrimiento de su intelecto, que la Vida, esta Vida llena de dolores é injusticias, es sólo una representación pura, una ilusión, la *Maia* de los indos. Por lo tanto predica la renunciación como remedio de que pase esa ilusión dolorosa, esa terrible pesadilla, para alcanzar en el *no ser* el estado perfecto. Nietzsche, al contrario, cree como Schopenhauer en las penas de la Vida, pues el dolor lo sentía en lo más íntimo de su propio organismo; cree en la lucha precisa y en el sufrimiento necesario, y se endurece para luchar mejor. Así el Intelecto convirtiéndose en espectador de la lucha de la Voluntad, y aconsejándola y aun dirigiéndola, da al individuo, en el espectáculo de su propia acción, el sentimiento supremo de la Belleza. Así el Hombre fuerte, si

sufre como actor, goza como espectador de su propia grandeza. Este es el sentimiento de lo Trágico. Y cuando se es sólo espectador de una acción no contrariada, de una acción tranquila y placentera, entonces viene el sereno goce del Arte Apolónico á coronar los esfuerzos de la Vida.

Para Nietzsche, como para nosotros, el sentimiento estético compensa, en el que tiene alma asaz grande para sentirlo, de todos los sufrimientos padecidos en la acción dramatica de sus instintos vitales.

La Belleza es la redentora del Dolor. Ella sólo es moralidad perfecta.

El Cristiano como el Budhista, para librarse del dolor, se refugiaban en Dios, en el *no ser*, querían desaparecer lo más pronto posible de la representación de esa Tragedia; no se sentían con bastantes fuerzas para llegar á su natural desenlace y, en su catástrofe final, caer con dignidad, dejando en pie su protesta, como caían lós Héroes Griegos. Y es que el Griego, en esa sagrada embriaguez de la Vida, había sentido la identidad de su yo con todas las formas del Universo; había presentido que todo estaba contenido en su alma, que él era el Universo y



tenía derecho á dominarlo. Y esto, que se le enseñaba en los Misterios dionisíacos, le daba un goce superior, que derivaba del conocimiento de su propia inmensidad. El Arte dionisíaco añade al Arte Apolónico la conciencia, en el Artista, de la identidad del espectáculo y del espectador; un alma común envuelve al público y á la escena. Así el verdadero Héroe afronta la realidad, por cruenta que ésta sea.



Esta sublime posesión de la Vida como fenómeno estético, no es posible más que después de haberse libertado de la finalidad. Y hay que notar que la revelación de la irrealidad ó sea de la idealidad del fenómeno, en una raza débil como la de la India después de mezclada con sangre amarilla, condujo al suicidio, como en las razas decadentes y mezcladas de elementos semíticos del fin del Imperio las condujo á re-



nunciar á la Vida; mientras que hoy, en las naciones de occidente, en las actuales razas Americanas y Europeas (Arias), provistas de una gran abundancia de energía y de una gran organización comprensiva, esta clara visión del Universo, ese descubrimiento de la Unión perpetuá, son el pretexto de una vida nueva, y producen la adoración de la Vida por su belleza suprema.

Allí donde el Bien en sí y la Verdad absoluta han naufragado, el Arte se salva, y erige sus hermosas construcciones; y el Hombre goza de sus magníficos espectáculos como un placer supremo, porque el Arte, el sentimiento de la Belleza, ya sea activo, ya pasivo, son la manifestación más genuina del paroxismo de la Vida.

FIN





NOTAS

(1) Véase en nuestra obra *La Muerte y el Diablo,* en el capítulo II del libro primero, *El Cuerpo y el Alma,* la exposición de toda esta teoría.

(2) Véase *Tratado sobre la Naturaleza Humana,* y *Ensayos sobre el entendimiento Humano. Diálogos sobre la Religión natural.*

(3) Véase Schopenhauer, *El Mundo como Voluntad y como representación,* y también *Parerga y Paralipomena, De la doctrina de lo Real y de lo Ideal.*



ÍNDICE

